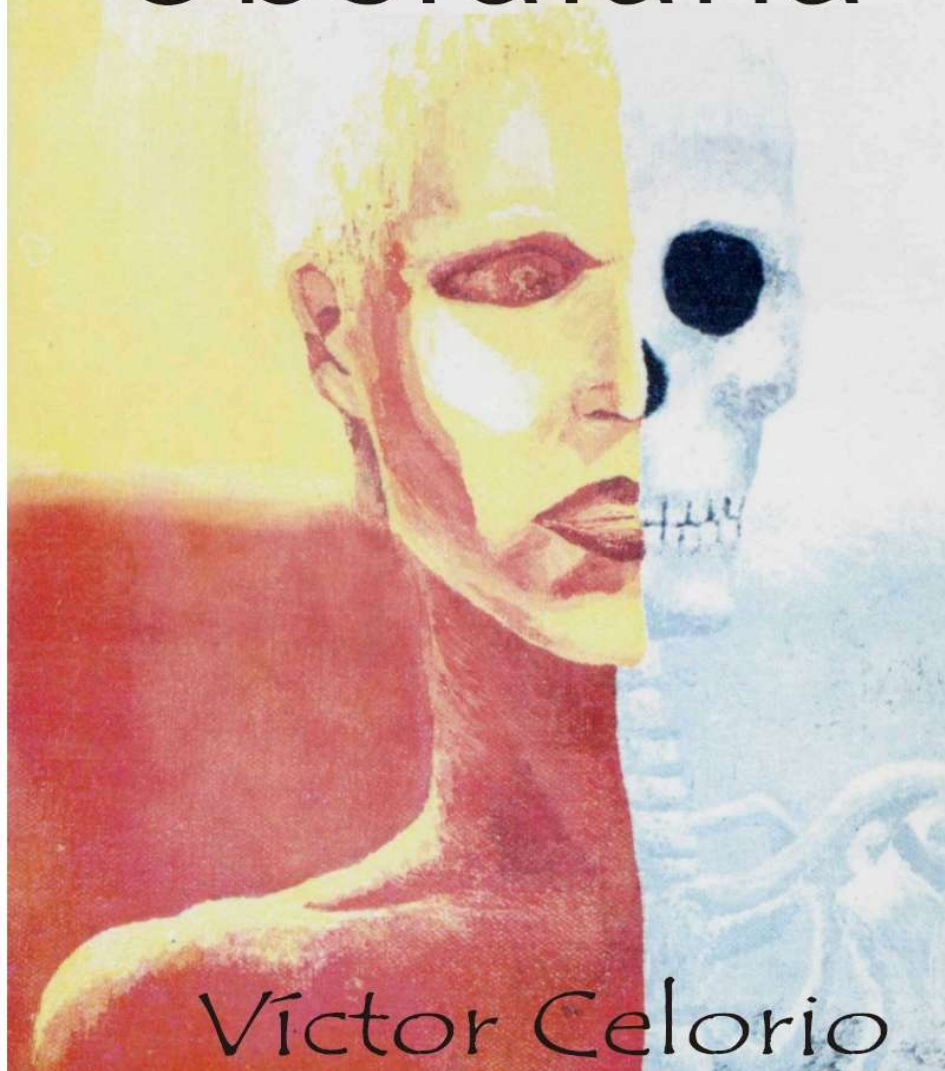


Espejo
de
Obsidiana



Víctor Celorio

Espejo de Obsidiana

Espejo de Obsidiana



Espejo de Obsidiana

Edited by:
Blue Unicorn Editions

Printed by:
InstaBook Maker (tm)

All rights reserved

No part of this book may be reproduced or transmitted in any form or by any means, electronic or mechanical, including photocopying, recording, or by any information storage and retrieval system, without permission in writing from the publisher.

InstaBooks are distributed and printed through:

INSTABOOK

For more information write to:

InstaBook Corporation
www.instabook.net

Espejo de Obsidiana

Espejo de Obsidiana

Victor Celorio

*"¡Adelante, amigos, adelante! ¡Valor!
¿Son bastante tajantes vuestras espadas, están bastante
afilados vuestros instrumentos? No os asustéis por un poco de
sangre, no tembléis si vuestra alma gime un poco.
¡Sin debilidad, amigos, sin miedo! Continúad trabajando,
escarbad, escudriñad, en el fondo, más allá, aún más allá,
en la misma profundidad;
en la más íntima profunda profundidad.*

*No dejéis ninguna fibra cubierta, haced que no quede ningún
receptáculo intacto, un sólo rincón oscuro.*

*Buscad bien adentro, poned al descubierto toda herida y todo
nervio hasta el hueso duro. ¡No os detengáis en los huesos!
Dentro del hueso algo vive, corre sangre, hay pulpa o
medula. No tengáis piedad, amigos;
ninguna, ninguna, ninguna piedad.*

Desnudad vuestra alma y ponedla bajo el sol."

Giovanni Papini
Palabras y Sangre

Espejo de Obsidiana

I

Espejo de Obsidiana

LOS FUGITIVOS

Nunca supimos quiénes eran. Sólo dijeron que venían de lejos. Huyendo.

Llegaron de noche y con la lluvia. Aquí en la jungla todo parece llegar con la lluvia, con ésta lluvia interminable que humedece profundo. Hasta dentro.

Los vimos salir de la enramada a la luz de los rayos.

Venían en tumulto de donde está el río, allá en la frontera. Sus cuerpos mojados, borrosos en la oscuridad, se acercaron a nuestras casas. De ellos emanaba un olor espeso, de cementerio. Lo reconocí.

Era el miedo.

Al principio lo creí mío. Luego supe que era de ellos.

—¿Qué quieren? Les pregunté con rudeza para hacerme de valor.

El grupo se detuvo al instante. De ellos se desprendió un hombre y se acercó a mi portal quitándose el sombrero.

—No nos corra señor. Somos gente buena, pero venimos huyendo. Déjenos quedar aquí hasta que salga el sol. Por favor.—

Me impresionó el tono desesperado de su voz y los dejé entrar a la casa. Con la luz de las lámparas de petróleo los pudimos examinar mejor. Eran como nosotros. Hombres, mujeres y niños de distintas edades

que nomás miraban al suelo, asustados y tímidos. Eran como nosotros, nomás que con miedo.

Les dimos café caliente y comida. Estaban agotados y pronto se quedaron dormidos. Al amanecer prepararon sus cosas para marcharse.

—¿Por qué no se quedan? pregunté conmovido.
—Nos pueden ayudar a trabajar.

El hombre sonrió agradecido.

—No podemos señor. Venimos huyendo. Nos quieren matar.—

—¿Quién? ¿Por qué?

Me miró con sorpresa y desconcierto. En sus ojos negros miré un destello inquieto. No sé por qué me imaginé que él nunca se había preguntado eso mismo. Luego, el destello se apagó.

—No sabemos señor. Pero nos quieren matar.

Agachó la cabeza.

Me quedé callado.

Dieron las gracias y se fueron como llegaron.

En silencio.

SANTIDAD Y OTRAS COSAS

Todavía era de noche cuando Federico despertó ese viernes, veintiuno, sin saber que el día anterior había sido el aniversario de su nacimiento. Tenía dieciséis años, pero nadie pudo nunca decirle exactamente en que día nació, pues su madre que dormía profundamente en el camastro a su lado, estuvo muy enferma todo el tiempo que duró embarazada de Federico y cuando dio a luz lo hizo a solas en el campo, bajo la protección desvelada de las estrellas y un maguey mortecino.

No se movió por un momento, oliendo la tierra húmeda y la cera quemada. Una veladora, con su débil flama, era lo único que iluminaba a medias la habitación sin ventanas donde ambos dormían. Para no despertar a su madre Federico se irguió cuidadoso del suelo apisonado donde estaba acostado. Del cajón de madera que funcionaba como mesita de noche, levantó una palangana amarilla despostillada por el uso constante. Con ella en las manos cruzó la cocina y comedor, que era el cuarto adyacente y salió al patiecillo trasero de la casita.

Recogió agua fría del tambor de metal colocado para coleccionar y conservar la lluvia, puso la palangana en el fregadero de piedra y se lavó meticuloso la cara, las manos y después salpicó su torso y sus cabellos negros con el agua sobrante. Vio que en el oriente la alborada empujaba hacia atrás la noche y sabiendo que en unos cuantos minutos los colores radiantes y despejados de la mañana descubrirían al

pueblo ataviado de fiesta, secó de prisa su cuerpo delgado.

Sin hacer ruido se vistió y salió a la calle empedrada. Caminó rápidamente por las calzadas empinadas y solitarias, olorosas a lluvia y madreSelva, hacía la plaza central de Coatlepec que estaba oculta en algún lugar de la silueta del pueblo bosquejada por la luz de la luna llena ya en retirada. Caminó en el silencio nocturno cuya pureza comenzaba a ser incrustada por los reclamos entrecortados de los gorriones, el canto mímico de los cenizales y el alboroto de los gallos en los corrales.

Un perro ladró enfurecido a la distancia.

Perdido entre la sombra y la niebla de las colinas el silbato melancólico del ferrocarril de las seis confirmó con su cercanía la del crepúsculo.

Dio vuelta en la esquina de la panadería y desde ahí vio la plaza, rodeada de edificios bajos con techos de teja roja y paredes blancas. Era el centro de la población y si de día tenía un carácter infestado de antigüedad y tradición, antes del amanecer ese aspecto se acentuaba porque la plaza era alumbrada tenuemente por la luz ámbar de seis faroles de pantalla distribuidos en torno al quiosco de piedra gris y barandales de hierro negro.

Al acercarse, Federico comenzó a ver las sombras de los adornos. Ahí, desde el atardecer anterior, lucían los arreglos florales preparados escrupulosamente por los artesanos de Coatlepec para celebrar la fiesta anual del pueblo. Fiesta cuyas raíces originales parecían haberse perdido en la tierra, insondable de un pasado inescrutable. La señorita Antonia García Abreu, orgullosa maestra de primaria que se negaba a tolerar

esa falta de conocimiento, era la autora de una famosa teoría que relacionaba la fiesta con el agradecimiento que sentían los campesinos por la abundancia anual de las cosechas de café y tabaco. Pero la verdad era que entre los pobladores de Coatepec ya nadie sabía, ni les interesaba saber, qué era lo que festejaba cada veintiuno de agosto.

Era, eso sí, de naturaleza profundamente religiosa y esto se reflejaba en los tablados ornamentales del zócalo, llenos de personajes bíblicos que habían sido creados con pétalos de mil flores diferentes que formaban los escenarios dispuestos alrededor de la plaza.

Federico los contemplo inquieto y distraído al pasar frente a ellos. No se detuvo. A pesar de su juventud la belleza de los cuadros no era nada nuevo para él, nativo de Coatepec.

Además tenía un poco de prisa porque la aurora iluminaba ya la mayor parte del cielo. Cruzó la explanada del jardín en dirección a la iglesia, una construcción vieja y solemne que ese amanecer en particular parecía destacarse con singular intensidad contra el cielo anaranjado atrás de ella. Elevaba su única torreta rectangular, con las dos campanas, a catorce metros de altura por entre la bruma que la reciente lluvia dejara a su paso.

Llegó a la iglesia y se demoró por un momento ante la fachada churriguresca, fingiendo examinar las filigranas. En realidad, se detuvo porque como tantas otras veces sintió una especie de temor ante la grandiosidad de los portones de abeto rojo, tallados a mano, que mostraban en las grietas y cavidades de la madera la corrosión paulatina del tiempo. Por un segundo se alarmó al mirar las puertas cerradas, pero

inmediatamente recordó que el padre Rigoberto nunca atrancaba; sólo cuando llovía las entornaba. De otra forma los portones permanecían abiertos día y noche en una invitación acogedora a los creyentes. Federico la interpretaba como una invitación a observar los tesoros que se guardaban en el interior de la iglesia; entrar a sentarse en alguna de las largas bancas de ocote derruido, o quedarse parado junto a una de las gruesas paredes de piedra negra encalada, siempre llena de extrañas resonancias; o recorrer los pasillos y detenerse ante todas y cada una de las imágenes de santos y santas que parecían en eterna espera, mirando al infinito con ojos apagados desde sus nichos en los muros. Un escalofrío recorrió su espalda y lo sacudió. Se estaba dando cuenta de lo nervioso que se encontraba ese día y no le gustó la sensación: lo hacía imaginarse presagios aciagos que lo llenaban de ansiedad inútil. Empujó el portón derecho suavemente. El interior de la iglesia era iluminado quietamente por las llamas ondulantes y chispeantes de los cirios, las velas y veladoras colocadas a los pies de las figuras dolientes, hechas de yeso o talladas en madera, pintadas de color natural y vestidas lujosamente, que se encontraban repartidas a lo largo de las paredes de la nave conducente al altar mayor. Ahí, a los pies de la estatua de Jesús crucificado, descubrió la enorme espalda del padre Rigoberto, quien oraba hincado en un escalón de piedra. El sacerdote, de dos metros de estatura, era sin duda alguna el hombre más alto de Coatepec. Pero no era eso lo que impresionaba a Federico: el cura poseía también unas manos descomunales, con dedos largos y regordetes sin uñas y aplanados de forma que daban la idea de haber sido aplastados por un martillo. Y siempre olían a tierra, porque el padre Rigoberto cultivaba flores en los jardines de la iglesia cuando tenía tiempo libre.

Federico se persignó y entró tratando de no disturbar la soberbia tranquilidad del templo. Pero sus pasos provocaron un eco suave y grave que terminó de intimidarlo. Se detuvo y miró a su alrededor. Encima de él la penumbra se extendía por el cielo raso, salvo en el contorno del vitral de colores. Todo acentuaba el profundo sentimiento de pequeñez del que no era capaz de evadirse mientras estuviera en el templo: era como si él fuera colocado en el centro de un cosmos sin materia, ilimitado y abrumador, donde lo único precedero era su propio cuerpo aturdido y diminuto.

—Tienes que apurarte —dijo el sacerdote sobresaltando al muchacho.

—Sí, padre —contestó Federico en un susurro respetuoso.

—¿Cómo sigue tu mamá? —el cura hablaba sin voltear ni moverse de su postura inclinada.

—Peor.

—Esa es la voluntad del Señor, verdad?—

—Sí, padre.

—Federico, ¿tienes miedo?—

Federico dudó un momento antes de contestar.

—¿De qué?

—No tienes miedo.

—No, padrecito.

—Yo sí, Federico yo sí. Temo por nosotros. Ten cuidado con lo que haces.

—Sí, padre.

—Y piensa mucho en Dios.

Federico miró el Cristo ensangrentado. No respondió que pensaba en Él constantemente. Se santiguó de nuevo antes de reanudar su camino. Andando de puntillas atravesó la nave central dirigiéndose hacia el confesionario. A un lado del confesionario había una puerta lateral, oculta por cortinajes rojos y pesados que bajaban del techo hasta tocar el suelo. La abrió y salió a un pequeño patio que tenía en el centro una fuente con agua para las aves. El bebedero estaba rodeado por varias hileras de flores: la primera de rosas amarillas y rojas, la segunda de tulipanes y orquídeas de tres variedades y la tercera de claveles blancos y rosados. Asimismo, a lo largo de las paredes del patio el padre Rigoberto había plantado arbustos de azaleas que solamente florecían en primavera. Por los muros caían matas espesas de bugambilias. Del otro lado, al fondo, estaba la entrada al campanario.

Federico rodeó la fuente, entró a la torre y empezó a subir con agilidad la escalera de metal empotrada a la pared. El muchacho estaba acostumbrado al lugar pues lo visitaba todas las mañanas para echar a volar las campanas antes de irse a trabajar. Esa había sido su obligación desde que Valentina Contreras, la hermana menor de Josefo, casó con Mac Knox, un fuereño güerejo y desabrido que toda esa tarde se rió como si estuviera asustado. Ese día el sacerdote necesitaba un ayudante para repiquetear las campanas y Josefo Contreras, con su poder de Presidente Municipal, envió a Federico quien al descubrir lo aventajado de este puesto de observación decidió ofrecer su ayuda en forma permanente.

El sacerdote le encomendó la llamada a misa de seis quizá creyendo que el muchacho era motivado

por la fe y desde entonces —hacia siete meses ya— Federico iba a la iglesia antes de encaminarse a su trabajo como peón de construcción en el rancho de Josefo Contreras, allí donde se estaba construyendo una casa nueva y un montón de establos para vacas lecheras. Ahora bien, lo que atraía a Federico no eran las campanas sino la montaña, un macizo volcánico que se erguía protector y misterioso a unos cuantos kilómetros del pueblo. Desde el campanario Federico podía contemplar sin obstáculos el fascinante aspecto del volcán extinto, una presencia formidable que cobijaba al pueblo de Coatlepec en las faldas de su dilatada serranía.

El muchacho no se cansaba de admirarla ya fuera de día o de noche. Pero para él nunca se veía más hermosa que al amanecer, cuando el sol se entremetía por los dobleces de la tenue niebla que la cubría al esclarecer y desnudándola de esa protección acariciaba los frondosos bosques verdes de sus laderas y vertientes, subía para penetrar con su firme luz el collar oscuro formado por la ceniza volcánica y finalmente explotaba resplandeciente sobre la majestuosa cima, que era envuelta perpetuamente por una capa de nieve blanquísima cuya pureza y brillo de color parecía imposible de manchar o imitar en ninguna otra materia terrenal.

Llegó a su atalaya apenas a tiempo, pues ya los cielos tornasolados limpiaban los últimos vestigios de la noche.

En los siguientes minutos, con la respiración agitada por la subida, vio al sol iniciar su ascenso deslumbrante. Y luego vio cómo sus rayos anaranjados conquistaban la niebla menuda que blanqueaba la base de la montaña descubriendo los bosques y las cañadas.

Pero esa mañana la cumbre quedó cubierta por una faja de nubes negras, el primer presagio de las lluvias espesas de septiembre que en unos días caerían sobre las costas del Golfo de México y luego se moverían tierra adentro, hacía el centro del país.

Ansioso, Federico permaneció inmóvil apoyado en el barandal, contemplando decepcionado el espectáculo interrumpido.

Parte principal de su fascinación era la insólita fama que la montaña tenía entre los pobladores de las colinas que la rodeaban. Y mientras esperaba, posiblemente sin darse cuenta, recordaba maravillado las leyendas que él había escuchado a sus mayores narrar a media voz. Recordaba especialmente las historias que contaba el Tuerto Jacinto, un hombre que físicamente aparentaba ser más viejo que la montaña misma y quien rara vez bajaba al pueblo pues vivía en una cabaña de madera que estaba escondida cerca de la presa y alejada de cualquier camino. Se llegaba a ella siguiendo el curso del río corriente arriba. Federico lo visitaba ocasionalmente para entregarle piloncillo y tabaco que enviaba don Julián el dueño de la tienda de abarrotes. Y cada vez que se acercaba a la cabaña el muchacho se sorprendía porque a pesar del ruido del agua en los rápidos el viejo solitario parecía saber instintivamente quién llegaba pues salía a recibirlo aparentemente complacido de tenerlo como visitante.

Con grandes aspavientos lo invitaba a pasar a la cabaña, donde el perico del viejo volaba a pararse en su cabeza para mordisquearle el cabello y el perro se le metía entre las piernas y lo olfateaba. Después de esos primeros minutos, que eran siempre torpes, Federico se relajaba y esperaba en silencio hasta que el anciano ermitaño sonreía a medias y asentía acomodándose en

cuelillas junto al bracero de carbón, donde invariablemente mantenía una olla de barro en la que hervía café negro con canela. Cruzaba entonces los brazos apergaminados sobre las rodillas huesudas, empujaba sobre su nuca el sombrero de palma que ocultaba sus canas y con el cigarro de hoja pura colgando humeante de la comisura de la boca sin dientes —que parecía una arruga mas cuando el viejo la cerraba — contaba en murmullos vehementes las historias que el curso de los siglos habían acumulado sobre Estrellita, nombre que el Tuerto Jacinto usaba para hablar de la montaña como si fuera un ser viviente, como si tuviera amores incorruptibles y deseos confusos igual que los seres humanos.

El anciano modulaba su voz bajo el rumor del agua en el río y relataba episodios exuberantes en los que abundaban aparecidos espectrales de gente buena y otra no tanto, cuyas actividades sobrenaturales solían ocurrir en noches frías —pues las noches en la montaña son siempre frías. Narraba con descripciones hábiles las batallas que los guerrilleros invencibles de su General Zapata seguían entablando contra los pelones del General González en una eterna confrontación que no tenía resolución y mencionaba los disparos de los rifles y las pistolas que a veces se escuchaban en el pueblo y todos creían que eran rayos y truenos, pero no, decía, esos eran los ejércitos inmortales de Emiliano Zapata, con él al frente de sus hombres peleando sin cesar por la justicia anhelada por el hombre de campo, del pueblo y de la montaña. Y proseguía nombrando los campamentos zapatistas que eran alumbrados por enormes fogatas amarillas y rojas que espantaban la noche y el frío alrededor de las cuales se acomodaban los guerrilleros y sacaban las guitarras que traían consigo para cantar canciones de amor a sus mujeres,

quienes se encontraban ahí batallando al lado de sus hombres; o improvisaban corridos de estrofas alternadas entre los guitarristas, corridos compuestos en honor a la memoria de la bravura de alguno de sus compañeros que ya había dejado de respirar debido a las balas indiferentes disparadas al descuido por un pelotón de fusilamiento. Y decía que esas canciones también se escuchaban en el pueblo en noches de niebla, pero la gente necia se negaba a creer lo que escuchaban y decían que nada más era el viento y la lluvia jugueteando por entre las ramas de los oyameles y los ahuehetes.

Pero estaban equivocados, decía el viejo, porque los mensajes que arrastra el viento son bien claros para el que quiere escuchar.

Federico escuchaba sin moverse hasta que el anciano callaba. Luego le pedía que le platicara otra vez acerca de la capillita. El Tuerto Jacinto abría mucho el solitario ojo en una mueca que hacía reír a Federico. Frotaba con sus nudillos la cuenca vacía del otro y fingiendo una enorme preocupación le ordenaba en un cuchicheo que nadie debía saber jamás lo que ellos sabían, que su secreto tenía que permanecer secreto para que nadie pudiera ahuyentar ni embrujar la aparición.

—Y cuantimeno el padrecito gigantón ese. Nomás que se entera y capaz que comienza a echarnos escándalo como fue a hacer allá a casa de Cleofas el curandero. Mejor no le decimos. Ahí que se quede sin saber. Porque ansina como te digo una cosa, te digo otra. Esa capilla es milagrosa. Todos los que viven en la montaña lo saben requete bien. Dicen que unas veces se puede ver a pleno día como si nada, con la luz del sol brillando en sus paredes como de espejo. Otras, nomás se aparece de noche. Pero cuando se aparece de día es

una cosa que hace temblar de emoción al que la mira. Porque está hecha de pura piedra de obsidiana blanca. Pura obsidiana blanca, brillante, brillante. Y nomá's no se le pueden ver las juntas, pues. Es como si estuviera hecha de una sola pieza, aguantadora y firme como la forma de ser de algunos animales. En ella se refleja la luz del sol y su resplandor se confunde con el de la nieve. Y está rodeada de árboles y flores harito extrañas que hasta parecen ahuyentar el frío. Porque cuanto te acercas sientes calentito, calentito, como si estuvieras al lado de un comal tortillero y se te quita la temblorina. Tiene sus ventanas a los lados y a veces, cuando te asomas por ellas puedes ver todo lo que va a suceder en tu vida. Y tiene una puertecilla cuidada por un perro sin pelo y por ella apenas y cabe uno hincado para poner las flores, o fruta o cualquier cosa que se le lleve. Dicen que allí adentro está Teto Innan, la madre de Dios.

—¿Y usted la ha visto?

—Yooo? No, chamaco. ¡Que va! Pos qué no ves cómo estoy? Para llegar allá arriba se necesita un cuerpo sano, sin vicios y dos oclayos para ver bien por donde se pisa. Porque los barrancos de Estrellita son juguetones. Yo ya no puedo. Aunque quiera. Qué voy a correr, si apenas puedo caminar. Y ónde que dicen que para encontrar el lugar donde mero se aparece se necesita no tenerle miedo a los difuntos. Y para mirarla... ¡ah! para mirarla y tocarla y besarla se necesita tener un corazón bien limpio de toda maldad, sin cosas chuecas y sin culpa de ninguna. Como quien dice, un niño pues. O sentir las cosas como las siente un niño. Por eso nomás unos cuantos la pueden encontrar. Pero allí está, de eso nomás no hay duda. Estrellita la tiene en su seno y como la quiere tanto nunca la va a dejar irse. Por los siglos de los siglos —decía dramático el Tuerto

Jacinto y bebía un trago de café en un pocillo de barro que de rato en rato hundía en la olla del bracero para sacarlo chorreante.

Estrellita, Estrellita... después de un largo rato de espera los nubarrones se movieron lentamente y permitieron finalmente que la cima de la montaña apareciera con todo su esplendor. Federico parpadeó. La pureza y luminosidad del aire de México parecía acercar la montaña y el muchacho, ensimismado, estiró la mano como queriendo tocarla con ese movimiento vano, como si quisiera acariciar los cantiles, los declives, las cañadas, los escarpados despeñaderos y los peñasco de los valles mientras se imaginaba a si mismo ascendiendo por la cuesta hacía la cumbre.

Por mucho tiempo desde que la salud de su madre empeoró, él había soñado con escalar la montaña y llegar allá arriba, donde sentía con todo el fervor de su juventud que algo desconocido, pero mágico y prodigioso lo esperaba escondido entre las reflexiones de la nieve agazapada en algún lugar perdido en la blancura de la cima.

Era como si toda su vida la montaña lo hubiese estado llamando orgullosa y llena de gozo, indicando cuál era su obligación. Y Federico sabía que no podía evadir ese llamado a subir a la montaña, porque se arriesgaba a pasar el resto de su vida arrepintiéndose por su falta de valor y llorando por su cobardía.

—¡Federico!—gritó desde el patiecillo el sacerdote, provocando que el muchacho recordara con un sobresalto su tarea. Miró hacía el sol y al calcular que pasaba de las seis comenzó de inmediato a tañer las dos campanas al mismo tiempo, apoyando el peso de su cuerpo en la cuerda de la mayor y jalando el cordón de la pequeña. Lo hizo sin interrupción por diez minutos

aproximadamente, deteniendo el repiqueteo hasta que vio a las primeras mujeres con sus vestidos blancos y rebozos de colores acercándose al templo.

No bajó cuando terminó.

Permaneció un rato más en el campanario mirando la montaña. Luego ya sin prisa, descendió de la torre para escuchar la misa del padre Rigoberto. Entró por la puerta lateral y se encontró con la iglesia llena por completo de gente que murmuraba excitada acerca de la procesión tradicional de ese día. Federico no quiso quedarse ahí y comenzó a abrirse paso hacia la salida, donde podía encaramarse a la base de un pilar para ver mejor. Pero no caminó mucho pues unos metros adelante, ahí mismo en el pasillo derecho y rodeada de mujeres enrebozadas, estaba su madre. Ella estaba hincada en el suelo, sollozando frente al altar de la Virgen de Guadalupe. Federico se arrodilla a su lado y colocó un brazo sobre los hombros temblorosos de la mujer, estrechándola con firmeza como si eso fuera suficiente para consolarla. Su madre lo miró amorosa y enternecida, tratando de sonreír sin dejar de llorar.

En unos minutos el padre Rigoberto salió de la sacristía y de inmediato principió a efectuar la liturgia. Los murmullos cesaron por completo, dejando que la voz del sacerdote fuera lo único que se escuchaba. Federico besó la mano de su madre y se incorporó para seguir absorto los movimientos del padre Rigoberto. Era curioso notar cómo en el altar hasta la más insignificante actitud del gigantesco cura parecía tener una fastuosidad grácil e ingrátida, llena de dignidad, que transformaba la cara del hombre y lo hacía verse diferente a los demás, menos humano y más alejado de los hilos corrientes que conectaban entre sí a todos los fieles: era como si durante la misa perdiera su cualidad ordinaria

de humano y se quedara tan sólo con la esencia de algo cuya naturaleza no pertenecía a todos los hombres. Federico lo contemplaba con una curiosidad inquieta, ansiosa de conocimiento. Él no sabía bien lo que esos movimientos significaban, pues hasta el momento no había tenido ni la necesidad ni la oportunidad de aprender los fundamentos de la religión, pero los rituales de la iglesia lo impresionaban por su elaborada elegancia y él trataba de cumplir con ellos aunque fuera solamente porque le interesaba no ofender a Dios, esa imagen crucificada, doliente, sangrante, que era la decoración central del templo.

—Padre Nuestro, que estás en los cielos... —comenzó a orar el sacerdote.

—¡Santificado sea tu nombre!—respondió al unísono la congregación.

—Y hágase Tu voluntad...—el sacerdote usaba un micrófono conectado a los cuatro altavoces distribuidos en la iglesia, pero lo colgaba de su cuello tan cerca de su boca, que su voz se oía distorsionada y confusa. Federico no entendió claramente lo que decía. Sin embargo notó que la voz parecía cargada de una tensión inusitada en el apacible cura.

—¡Así en la tierra como en el cielo!—Dejó de observar al sacerdote. Volteo hacia arriba y examinó atentamente, por primera vez, las pinturas de la bóveda.

Al instante se sintió cautivado por lo fresco y alegre de los colores. Inocentemente jugó con la idea de que hubieran sido pintados unos días antes, pero la deshechó al no poder recordar ninguna actividad de ese tipo en el templo.

—El pan nuestro de cada día ...

—¡Danos hoy! —coreo la gente.

Encantado, Federico siguió admirando la forma en que los ángeles y querubines se agrupaban alrededor de la figura de un anciano barbado que había sido pintado en el centro exacto del octágono interior de la pequeña cúpula.

—Y líbranos de todo mal...

—¡Amén!

Al pensar que las pinturas parecían brillar con luz propia se dio cuenta que él jamás había encontrado la iglesia a oscuras. Sin importar las condiciones del día o de la noche el templo estaba siempre iluminado ya por luz eléctrica, por el sol en los vitrales o por la combinación de los cirios y las veladoras colocadas por todas partes; reflejaban incesantes sus llamas en los barandales de bronce que protegían a las estatuillas, haciendo brillar los devocionarios de oro y destellaban en la superficie de los cristales y metales preciosos que ornamentaban al Cristo del altar mayor. En ese momento el sol brillaba afuera y sus rayos atravesaban los vitrales de colores para jugar portentosamente con los matices y sombras alrededor de la patética representación de Cristo en muerte. Esa imagen estaba colocada en lo alto, suspendida por medio de finas cuerdas de acero que el resplandor del vitral ocultaba. La estatuilla del siglo dieciséis destacaba con una claridad tan absoluta e incorruptible como la que se reflejaba en la montaña y Federico no podía menos que conmoverse por su belleza.

No hubiera querido dejar de ver esa figura perturbadora que parecía flotar doliente en el aire, pero en ese momento su madre se apoyó en su antebrazo para ponerse de pie. El cura continuaba hablando como si tuviera piedras en la boca. Federico vio a su madre sacar una veladora de entre sus ropas. La mujer la colocó a los

pies de la efigie de la Virgen y después de prender la mecha con un cerillo comenzó a orar de nuevo, ahora en voz baja pero audible. Federico prestó atención y la escuchó rogar ser aliviada de las dolencias que la achacaban; la oyó murmurar disculpas a la estatuilla, diciendo sin dejar de sollozar que no la molestaría si no fuera porque Federico estaba de por medio, que era por él que ella acudía al hogar de Dios para implorar compasión y piedad. Estirando su cuerpo marchito la mujer colocó sobre las ropas de la muñeca una estampa religiosa con una oración impresa en el dorso.

Con ayuda de Federico la colgó entre los corazones sangrantes, los alfileres de oro, los crucifijos de palma y muchas otras estampas como la de ella que habían sido puestas allí como presentes de agradecimiento.

Abajo, en la base de mármol, la cera escurrida de los candelabros cubría parcialmente el vidrio que protegía las conmemoraciones de milagros efectuados por la Virgen y las consecuentes mandas y peregrinajes cuyo cumplimiento era anunciado en la sección de avisos de los diarios capitalinos.

Federico contemplaba a su madre y trataba de comprender por qué razón la mujer mostraba tanto miedo de abandonar ese cuerpo marchito, allagado, que la martirizaba cada minuto de su sueño o vigilia. El sabía que ella estaba en agonía. Ella lo sabía también. Cáncer de la sangre había dicho el doctor. Pero Federico sentía que ella rehusaba a aceptar la proximidad de su muerte y se aferraba con fuerza desesperada a cada amanecer, a cada rayo de luz, a cada bocanada de aire como si quisiera aspirar todo el aire del mundo aun a riesgo de dejarlo a él sin nada.

Pensó eso y de inmediato se sintió avergonzado íntimamente. Sentía que de alguna manera los ruegos de la mujer no eran dirigidos a esa estatuilla que los miraba con ojos inexpressivos: los dirigía a él mismo, a su hijo. Era como si su madre exclamara una petición de ayuda y él estuviera separado de ella, encontrándose demasiado lejos como para poder responder a tiempo. Su vergüenza nacía también del conocimiento de su propia incapacidad para poder creer en algo con la misma fuerza que ella poseía, porque nada de lo que él sentía podía ser comparado a esa intensidad que era normal en ella. Cualquier cosa que ella aceptaba como verdad parecía consumirla por dentro. En cambio él, parado en el pasillo del templo, escuchando la voz del cura resonando espectralmente por los ámbitos de las naves y mirando la belleza fría de las imágenes religiosas bajo la luz danzante de los cirios, no podía hacer nada mejor que asombrarse de todo lo que lo rodeaba. Ese mundo antiguo era nuevo para él y deseaba entenderlo. Pero su razón parecía dejar de funcionar una vez que él penetraba por aquellos portones de madera carcomida. Sentía que su mente se estrellaba contra paredes que eran visibles solamente a los otros fieles que creían con la misma intensidad que su madre. Adivinaba siglos de dolor escondidos en los huecos de los muros y ese dolor lo abrumaba como si fuera suyo. O peor, como si él y nadie más que él fuera culpable por la existencia de ese sufrimiento. Se sentía como un intruso, un ladrón o un espía que estuviera a punto de traicionar a sus mejores amigos. Y esa confusión era agravada debido a su incapacidad para traducir sus conflictivos sentimientos en acción efectiva ya que su comprensión se nublaba a la vista de su madre postrada y doliente y era reemplazada por una inmensa, angustiada impotencia.

La misa terminó y Federico acompañó a su madre a comulgar. Se formaron en la hilera. Al acercarse, el sacerdote miró con dureza a Federico. De cara cuadrada y con un mechón de pelo rebelde colgando en su frente sobre los anteojos de miope que usaba, el cura parecía utilizar su incongruente aspecto para intimidar a la gente pero todos en el pueblo sabían que el hombre era bonachón y bondadoso, aunque un poco extraño y esto motivaba que se burlaran de él en secreto. De cualquier manera Federico desvió la vista, creyendo que el cura estaba enojado con él.

Se tragó su hostia y salió caminando lentamente, soportando del brazo y la cintura a su madre. La acompañó de regreso a la casa. Esperó a que se acostara en el camastro, la cubrió con las mantas, le dio unas pastillas para el dolor y puso un poco de fruta a su alcance. Después tomó su mano hasta que se quedó dormida. Luego salió.

Se reunió a la muchedumbre congregada frente a la iglesia. La plaza estaba llena pero contrastando con los sonidos alegres de otros días de fiesta nadie hacía mucho ruido. Faltaban los cohetes, las marimbas y las guitarras. En silencio, los hombres y las mujeres ayudaban por igual a preparar la peregrinación: algunos envolvían las provisiones con papel periódico y manta de plástico. Doña Teresa había abandonado su puesto de flores en el mercado, e iba de un lado a otro susurrando órdenes e indicaciones para el cuidado de los ramos de rosas y claveles. Josefo Contreras, el Presidente Municipal que vestía como siempre un traje de color eléctrico, contaba a los participantes en la procesión y con su secretaria cotejaba sus nombres en la lista que la muchacha sostenía. Cuando identificaban a los presentes les indicaban su lugar en la hilera. Don Julian, el dueño

de la tienda de abarrotes acompañado de su hija Cata — quien tenía las trenzas hasta la cintura—se acercaba a los peregrinos y repartía a cada uno un estandarte de la Virgen de Guadalupe. Los que iban al frente recibieron la consigna de cargar y cuidar la parihuela donde estaba colocada una estatuilla de la Virgen. Estampas religiosas eran visibles por todas partes: pegadas a las alas de los sombreros, zurcidas a las camisas y chamarras de mezclilla de los hombres, clavadas en estacas, amarradas en los bultos y tejidas a mano en los mantos y faldas de colores de las mujeres. Era como si mostrando esa profusión de imágenes los fieles quisieran expresar la fertilidad que el credo cristiano encontró en México.

Debido a la importancia simbólica de la ceremonia, era un honor ser escogido para formar parte del séquito de la Virgen de Guadalupe, patrona de los mexicanos. Y tantas personas deseaban ir —inclusive gente que llegaba de fuera— que unos años atrás Josefo Contreras consideró imperativo comenzar a rechazar a muchos de ellos, particularmente a los ancianos y a los enfermos. Por ese motivo la procesión era formada cada año por hombres y mujeres en buena salud, mayores de veinte años y menores de cincuenta, que pudieran resistir sin problemas el viaje a pie hasta el cerro del Tepeyac. Los demás iban en camión hasta el centro de la capital y de ahí seguían a pie.

Hubo un momento de confusión cuando el sacerdote se negó a salir del templo para bendecir la peregrinación. Se había encerrado en la sacristía y se negaba a responder a los llamados de la gente, por lo que los dirigentes del grupo, impacientes por partir, acudieron a pedir la ayuda del Presidente Municipal. Don Josefo entró de inmediato a la iglesia a tratar de convencer al cura. Desde afuera se escucharon sus voces

cuando se produjo una breve pero intensa discusión en la que don Josefo habló inútilmente acerca del deber moral del sacerdocio y acerca de la ética profesional eclesiástica. El cura se rió grotescamente, como con miedo y siguió rehusando tercamente a tener nada que ver con la procesión.

—Pero dígame por qué, curita.

—¿Qué no los está viendo? ¡Vea sus ropas! ¡Vea los vermiformes que van reptando por sus ropas! ¡Los gusarapos van escurriendo su liquido repulsivo, corrupto! ¡Usted está invadido! ¡Bajan en hileras formadas trigonométricamente como si fueran una gigantesca tenía, blancuzca y babosa, sin consistencia material! ¡Vienen por usted y por nosotros!

—Yo no tengo nada.

—¡Mentiras!

—Oiga, curita yo creo que ya se le botaron las canicas a usted, qué carambas. Pero ora sale porque sale. La gente lo está esperando.

—¡Corrupto!

—Ah qué jijo de la mañana. Eso si que no. A mi nadie me llama ladrón. Ora va a ver cómo sí lo saco.

Don Josefo salió de la iglesia y exigió irritado la presencia inmediata de Tachito, el policía del pueblo. Cuando éste se cuadró frente a él diez minutos después, los dos entraron a la iglesia y a los pocos minutos se oyó un griterío, una puerta que se rompía y muchos alegatos. Finalmente salió el cura a regañadientes, con el policía y el Presidente Municipal tras él. Sin dejar de murmurar sus protestas el sacerdote regó sobre los peregrinos un poco de agua bendita, hizo en lo alto la señal de la cruz

tres veces y luego se regresó apresurado a la protección del templo.

A las siete y cuarto partió la procesión. En el zócalo se quedaron los danzantes de la escuela primaria, quienes conforme a la tradición de ese día bailaban sin música ni cantos. Separados en dos grupos, cada uno representaba a una divinidad por medio de los colores de sus camisolas que habían sido copiadas de dibujos aztecas. Los niños de la izquierda, de amarillo, eran los Quetzalcóatl y los de la derecha, de rojo, eran los Tezcatlipoca. Los dos grupos simulaban atacarse mutuamente con macanas hechas de madera de encino y se protegían con rodela o escudos hechos de piel de becerro pintada de colores fulgurantes y figuras geométricas en perfecta simetría. Su profesora, la señorita Antonia García Abreu, les había enseñado que el baile era una alegoría típicamente expresiva de la lucha eterna entre las fuerzas contrarias del bien y del mal. Pero para los niños, sabiendo muy poco acerca de la bondad o la maldad, el baile era tan sólo un juego divertido que les permitía evadir la monotonía de la escuela: un juego que tratarían de olvidar una vez que la fiesta terminara y ellos se fueran a contemplar escenas muy diferentes de mundos alejados en los televisores en sus hogares.

Federico los contempló por un rato pensando no en el bien o el mal sino en la santidad uncida a los hombres y las mujeres representados en la iglesia. Pensaba en Cristo y pensaba en el padre Rigoberto diciendo que El había muerto para salvar al hombre, para salvarlo a él: pensaba en Su agonía, en las palabras del cura diciendo que la muerte no era mala, que era inevitable, que era algo que tenía que ser aceptado porque era la voluntad de Dios. Recordó a su madre

rezando en la iglesia y sintió que ella, como Cristo, sufría a causa de él. Y sufría sin protestar, como si supiera por dentro que su martirio era por causa divina. Igual que Jesucristo. Pero en ese momento le pareció extraño que su madre estuviese muriendo mientras los niños de la escuela bailaban. Era como si faltara el dramatismo con el que las pinturas de la iglesia describían la muerte de Jesús. El contraste de las dos escenas lo colocaba en una posición afín muy lejana de ambas y no podía identificar como reales ni como propias a ninguna de las dos.

Había otra cosa que lo molestaba. Y eso era que ella moría por él como Jesucristo, pero ella tenía un profundo temor a la muerte como si de alguna manera ella temiera la confrontación con Dios.

Lo molestaba porque Federico creía que su madre no tenía nada que ocultar, ni tenía motivos para temer pues ella también era una santa. Pero ella no se atrevía a dar el último paso, el que era requerido para completar el sacrificio que lo dejaría vivir a él. Ella tenía miedo. Por eso había que ayudarla.

Después de un rato, cansado y aburrido, emprendió el regreso a casa. En la bolsa de su pantalón iba jugando con su navaja desmochadora.

EN LA SELVA

Sin haber pensado nunca que sentiría tanta ansiedad, Domingo entró a la choza procurando no hacer ruido. Conocía perfectamente la distribución del interior y por eso pudo deslizarse en las sombras con plena seguridad hasta llegar junto al camastro donde yacía el extranjero. Ahí encontró un burdo banco de madera en el que se acomodó cediendo a un impulso sin fuerza. Por un rato, dudando cómo iba a proceder, Domingo miró fijamente el cuerpo delineado en la penumbra mientras fumaba un cigarrillo que llevaba a su boca con movimientos lentos, cansinos. A veces agitaba molesto la mano libre tratando de espantar a los miles de mosquitos que infestaban la cabaña. Pero sólo lograba enfurecerlos más. Antes de los huracanes lograba alejarlos por medio de secar los charcos al rellenar con tierra los hoyos alrededor del campamento. Pero esa semana las lluvias habían sido tan intensas que toda esa labor quedó diluida en el lodo y los zancudos tenían su criadero de nuevo, con abundante comida en la sangre fresca proporcionada por los cuerpos de los miembros de la guerrilla.

¿Cuánto tiempo se quedó inmóvil el compañero Domingo después de acabado su cigarrillo? Nunca lo sabría. Ahí en la selva no le importaban esas cosas. Eran ya varios años de olvido y distancia en donde el tiempo, entre otras muchas cosas, había dejado de tener alguna importancia en su vida. En todo caso pudo haber recordado con melancolía a la mujer que entonces era suya y a quien solía visitar por las tardes al

salir de trabajar. Una mujer cuyo físico comenzaba a deslavarse en su memoria. Algo lógico, se diría él mismo, después de tanto tiempo de estar encerrado en la pavorosa libertad sin límites de la selva. Sin embargo Domingo pensaba en la tarea que le había sido encomendada por los dirigentes de la célula de combate. Un honor para cualquiera, se repetía sin convencimiento. Y la anticipación del deber era la culpable de su nerviosa actitud. Sin poderse contener Domingo rompió su estricta regla de fumar un sólo cigarrillo al día y del tobillo, de ahí donde la bota maltrecha aún cubría su piel, sacó una cajita de metal envuelta con plástico. En ella guardaba los cigarros para salvarlos del agua en la marcha por los pantanos y riachuelos de la jungla. Tomó uno, lo puso sin dudar entre sus labios y lo prendió. Sentía una terrible necesidad de fumar en esos momentos, pero no la necesidad del hábito acostumbrado, sino la provocada por el miedo y la angustiada tensión.

Sobre el resplandor de la flama rojiza del cerillo vislumbró por un momento su cara macilenta, huesuda e hirsuta, que contrastaba tan dramáticamente con su otra cara, esa cara sonriente y bien cuidada de la fotografía guardada en su mochila donde él la protegía para mirarla ocasionalmente. Pero no muy seguido. Mirar esa cara significaba recordar también aquella otra vida de costumbres sin sentido que ahora le pesaba como si hubiera sido una vida siempre consciente y por lo tanto siempre culpable.

—¿Puede compartirlo conmigo? —de repente, la voz del extranjero. Hablaba un español de pesado acento sajón. Domingo, sobresaltado, se desconcertó. ¿Desde que momento se habría despertado el prisionero? ¿O es que posiblemente había estado

despierto todo el tiempo? Eso sería lo peor, pues para Domingo habría significado una falta enorme. Mostrar sus debilidades ante el enemigo era un lujo que no se podía permitir. Pero luego Domingo recordó que en realidad ya no importaba. Por eso tuvo un gesto espléndido. En un arrebato le brindó al prisionero el cigarro completo y él sacó otro para sí. Al ver en su cigarrera sólo dos restantes supo que antes del amanecer ya los habría fumado.

—Muchas gracias —respondió efusivo el prisionero— ¿Acaso han llegado las provisiones?— Preguntó sorprendido ante la generosidad de Domingo. Con un movimiento perezoso se incorporó hasta quedar sentado en la cama.

—No— Respondió escueto Domingo y el prisionero quizá adivinando se quedó callado y no hizo más preguntas estúpidas. Domingo respetó el silencio y así, callados los dos cara a cara en la oscuridad, fumaron un rato sin intentar mirarse a los ojos y cada quien encerrado en sus propios pensamientos. El prisionero era alto y todavía conservaba esa imagen de gordura a pesar de todos los kilos perdidos. Su cara, de antiguo redonda y rubicunda, se veía en la sombra ovalada y pálida, pero sus antebrazos y hombros estaban aún llenos y fuertes a pesar de la inmovilidad y a pesar de los mosquitos. La selva, después de todo, no le era desconocida. Tenía diez años de hacer negocios en el país comprando maderas preciosas y exportándolas.

—Esta es la noche ¿verdad? —preguntó finalmente. Domingo no respondió de inmediato. Se quedó callado, dio otra chupada al cigarro y luego exhaló el humo al hablar.

—¿Tienes miedo?— El prisionero pensó un momento, para luego responder con fatiga.

—No, realmente no. Ya estoy mas allá del miedo. En cierta forma me he estado preparando a lo largo de estos días eternos, pues desde el primero supe que este instante habría de llegar.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo supiste?— preguntó con sorna cruel Domingo.

—Muy fácil. Mi compañía nunca hace tratos con guerrilleros. Es la política de la empresa.

—La política de la empresa.... Habías como si no les guardaras rencor.

—¿Rencor? No. ¿Por qué habría de sentir rencor? No es nada personal. Así son los negocios. Se gana, se pierde.

—Supuse que ya habrías entendido. Existen cosas que no pueden ser consideradas como parte del negocio. Cosas como la vida de un hombre.

—¿Y por qué no? Todos los empleados de la compañía sabemos nuestro lugar. No somos más que una parte del inventario. Nuestro valor es determinado por los cambios en el mercado, igual que nuestra mercancía. Hay algo que tú no sabes. Los riesgos de caer en una situación como la presente aumentó considerablemente los salarios de los ejecutivos que aceptamos venir a los países en convulsión. Además, nuestro seguro de vida también fue modificado para cubrir estas eventualidades. Debido a eso, mi familia no me preocupa. Sé que estarán bien.

—¿Y tú?¿Te preocupas por ti mismo?

—No. Es decir, sí me preocupa la muerte, claro está. No quiero morir. Pero he vivido tiempos felices y con ellos me basta para saber que la muerte no me robará de nada.

—La muerte te robará de muchas cosas. Del sol, del agua, de la lluvia, de la risa de una mujer enamorada...

—No seas dramático Domingo. Todos tenemos que morir de alguna forma. No queda más que aceptarlo.

—¡Carajo!— Explotó Domingo, poniéndose de pie. —¿No, tienes deseos de rebelarte por lo menos una vez en tu vida cabrón? ¿De rebelarte contra este esquema de las cosas que nos ha colocado en terrenos contrarios y nos ha convertido en enemigos gratuitos?

—¿Rebelarme? No. Eso es para gente como tú que eres un rebelde digamos profesional, puedes y debes preocuparte de esas cosas. Yo, no. Yo prefiero hacer cuentas, hacer un balance y comprender que el saldo es a mi favor pues he vivido una buena vida.

—Cuentas, balances, saldos... A eso se reduce tu existencia, entera.

—¿Qué otra cosa puedo hacer yo? —

—Ya te lo he dicho. Rebelarte.

—¿Para qué? ¿Acaso voy a triunfar en mi rebeldía?—preguntó en tono divertido el prisionero. Domingo sintió la estocada. Enderezó la espalda y tensó los músculos antes de responder entre dientes y reconocer que habla sido vencido.

—No.

—Así es. Entonces prefiero no luchar contra lo que no puedo ganar. Sería perder el tiempo. Un tiempo muy valioso para mi.

—Ya veo.

Se quedaron callados de nuevo. El zumbido de los mosquitos y los murmullos naturales de la selva parecieron aturdirlos, por un momento con su extraordinaria plenitud de vida. Domingo caminó unos pasos con las manos atrás. Luego se volteó y encaró abrupto al prisionero.

—Sé que crees en Dios

—Así es.

—Yo también —dijo Domingo con rudeza, como con vergüenza y luego de nuevo dio la espalda al prisionero.

—No lo sabía.

—Nadie lo sabe. Ninguno lo sabe, excepto tú. Aquí no hablamos mucho de eso.

—Te entiendo.

—No, no me entiendes. Yo creo en un Dios de bondad para todos, no para unos cuantos. Creo en un Dios que no permite la miseria, ni el hambre, ni la crueldad. Tu Dios permite eso y más.

—El no puede evitarlo.

—¿No? ¿Acaso no es todopoderoso?

—Sí, si lo es. Pero El nos dio libertad para ser nosotros mismos como queremos ser.

—¡No es cierto! Como creador de todas las cosas y como principio de todo, tuvo que haber sido El quien creó la maldad misma.

—Quizás.

—Y si El creó la maldad, entonces lo hizo con un propósito.

—El de darnos opciones.

—¡Ja! Para mi eso es como aquel hombre que torturaba todos los días a sus hijos. Cuando finalmente lo detuvieron y le preguntaron por qué lo hacía, el hombre respondió muy serio: 'Para que sean hombres buenos'. Así es tu Dios. Primero te tortura y después te amenaza con la eternidad en el infierno por ser malo.

—Estás equivocado.

—¡No lo estoy! ¡Hay que acabar con el mal! Esa es la única forma de salvarnos. Tenemos que inventar un nuevo Dios, porque este que nos ha colocado en esta situación no merece ser adorado.

Domingo hizo una pausa. Parecía toro encajonado.

—Sé que le rezas todas las noches. Te he escuchado.

—Así es. Rezo por mi familia, por mí y aunque no lo creas, también rezo por ti y tus compañeros.

—¿No me odias?

—No. Yo entiendo tu posición, Domingo. Tú trata de entender la mía.

—¡No!

—¿Por qué?

—Porque de hacerlo no podría cumplir con mi deber.

De su cintura Domingo sacó el revólver. tenía que aprovechar ese instante de resolución. Se acercó al prisionero y le disparó directamente en la cabeza. El hombre cayó al piso de tierra y su cuerpo tembló unos segundos. Después, cuando al final quedó quieto, Domingo comenzó a llorar.

Espejo de Obsidiana

Espejo de Obsidiana

LA LIBERACION DE JACINTA MORALES

El anciano carraspeó y escupió mientras acomodaba un trozo de leña sobre las llamas anaranjadas y azules de la fogata. Encima de sus hombros enjutos y cansados caía hasta el suelo una manta de lana color gris oscuro con rayas en rojo y blanco. Usaba un sombrero de paja tan viejo como él mismo, el cual mantenía echado sobre su nuca dejando al descubierto una frente amplia y arrugada, cruzada de lado a lado por profundas líneas y canales de piel que descendían por sus mejillas, continuaban por el cuello y por abajo de la ropa hasta, terminar en sus manos, en sus dedos cortos y huesudos, deformes por la artritis y de uñas largas y amarillentas. Su rostro colorado por la luz de las llamas chisporroteantes, poseía en su vejez una serenidad pétreo que se animaba en forma progresiva conforme hablaba de Jacinta.

En silencio Chontal lo escucharía sin atreverse a interrumpir la historia que el anciano contaría en murmullos acoplados al silencio de la noche y contrapunteados por las notas de una guitarra rasgueada a la distancia, en alguno de los otros grupos de obreros en huelga que hacían guardia a lo largo de la calle frente a la fábrica.

—De Jacinta nada más puedo contarle lo que a mí me consta, señor licenciado. No sé si eso le baste a usted.— Chontal García asintió.

—Únicamente quiero saber por qué hablan tanto de ella.

—¿Por qué? Pues porque hay cosas imposibles de olvidar, abogado. Yo creo nadie podrá olvidar nunca lo sucedido la noche del casamiento de Jacinta —el anciano acomodó bien la manta sobre sus hombros cuando un escalofrío sacudió su cansado cuerpo— y tampoco se nos olvida su belleza deslumbrante. Jacinta Morales fue la mujer más hermosa que yo haya visto nunca en esta tierra. Era un sueño. Era como la luz del sol. Era como mirar de frente a Dios. Y eso no se olvida fácilmente ¿verdad?.

Yo la conocí cuando entró a trabajar a ésta misma fábrica hace muchos años. Jacinta era apenas una chamaca que comenzaba a ser mujer. No tardamos en quererla... ¡cómo no hacerlo si su sonrisa parecía iluminar todo! Yo no tengo letras y no sé hablar bien abogado, pero la verdad es que más de cuatro le teníamos amor del bueno, de ese que duele bonito en el pecho. Hasta dejábamos de respirar mientras ella pasaba frente a nosotros, fresca y sonriente como una mañana clara. ¿Qué caray! Nunca sabíamos donde poner los ojos. Nomás queríamos mirar al mismo tiempo sus pechos llenos, su cintura breve y su carita preciosa, pero como no se podía todo nos quedábamos con la vista gacha, avergonzados.

—¿Qué hay de nuevo, muchachos?—nos decía ella al pasar. Y con eso teníamos para atragantarnos buscando en la garganta algún piropo bonito. Pero como le digo, teníamos el corazón amarrado a esa mujer y eso nos quitaba la voz y el pensamiento. Muchos llegamos inclusive a hablarle de amor, no crea que éramos tan miedosos. Muchos lo hicimos y a todos nos rechazaba sin lastimarnos. Sabía cómo tenernos a raya sin que uno

se sintiera mal por el desprecio. Y mire que cuando uno es chamaco y anda ganoso por una mujer, se es capaz de todo, de cualquier barbaridad. Pero nunca con Jacinta. A ella no había quién le faltara al respeto pues todos sabíamos lo mismo. El que se pasara de listo con ella tendría que responder con su vida a los demás obreros. Así era la cosa. Jacinta sabía cómo ganarse el cariño bueno de los hombres. Nos rechazaba, si, pero en el rechazo encontraba uno la amistad de la Chinta. Usted no lo va creer, pero tenerla de amiga era casi tan bueno como tenerla de mujer. Es que bastaba con oírla reír. Nomás con eso. Una cascadita de agua cristalina en el bosque no se oye tan bonita como esa risa de Chinta, palabra de hombre.

—El viejo hizo una pausa y sus ojos le brillaban como el fuego de la fogata. —Y su mirada no era como la de usted o la mía. La de ella parecía conocer de sobra todo lo necesario de ésta vida. Sus ojos cafés parecían chispear con rayitos de amanecer y uno sentía que la vida misma comenzaba ahí mero. O por el contrario, cuando ella se molestaba o se entristecía, esa vida parecía acabarse. Todos los trabajadores entendíamos que para mujer así se necesitaba un hombre muy hombre. Ella no iba a enamorarse de cualquiera. Pero todos esperábamos con un poco de miedo el día que ese hombre apareciera, pues con una mujer como Jacinta cualquier cosa podía pasar. Y pasó.

El anciano volvió a interrumpir su relato por un momento, al parecer agobiado por los recuerdos. Chontal no lo apuró. Sin palabras le ofreció un cigarro, tomó uno y encendió ambos con un madero de la fogata. Luego de un rato don Abel carraspeó y siguió narrando.

—Un día ese hombre llegó. Empezó a trabajar en la fabrica en los últimos días de marzo, poquito antes

de las lluvias y de que los campos empezaran a ser sembrados. Me acuerdo bien porque su presencia se sintió en la fábrica de inmediato. Cuando él llegaba a cualquier lugar parecía que jalaba todo el aire con esta nariz de aguilucho que tenía. Luciano San Luis se llamaba y a todos nos cayó mal al principio. Parecía padrote. Siempre bien trajeado y suavecito como el viento de noche. Era muy fornido. Yo calculo que diez hojas de machete apenas alcanzaban a cubrir sus espaldas. Creímos había sido minero. Pero eso fue hasta que lo vimos pelear. Después de es tarde se empezó a rumorar que era un sardo renegado. Esa tarde fueron tres muchachitos tontos avalentados por la cerveza, quienes al verlo pasar le dijeron no sé qué cosa provocativa. Y Luciano San Luis nomás no se hizo del rogar. Se regresó, les dio una paliza a los tres y con eso aplacó a todos los demás obreros. Luego de eso se le fue aceptando poco a poco. Con nadie se metía. Era más bien solitario, siempre suavecito como agua tibia, pero sin amigos. Llegaba a la fábrica con paso firme y saludaba sin saludar a nadie en especial.

—Buenos días —decía y se ponía a trabajar su máquina. Comenzamos por entender que él era un hombre serio, de pocas palabras pero buen hombre. Tenía su mujer y dos hijos pequeños y antes de darnos cuenta cabal de cómo era Luciano, supimos del terrenito ahí por el sur del pueblo donde estaba construyendo su casa con sus propias manos. Por las mañanas trabajaba en la fábrica y por las tardes descansaba poniendo ladrillos. Eso me impresionó. Y comenzó a caerme bien el tipo ese. Hasta que un día cualquiera, por casualidad, presentí lo que iba a suceder. Ese día la Chinta y yo estábamos comiendo juntos y platicando cuando llegó Luciano San Luis. Al pasar al lado de nuestra mesa la

Chinta como que se hizo chiquita. Se turbó todita y aparentó no verlo.

—Buenas tardes —saludó él con su voz de trueno sin saludar a nadie y se fue a sentar por allá al fondo del comedor, apartado de todos. Como siempre, se puso a leer mientras comía. Y me extrañó que Chinta no levantaba la mirada del plato y ya no reía como lo hacía antes de que Luciano San Luis entrara. Así, agachada, Jacinta terminó de comer de prisa y salió rápidamente sin decirme adiós.

A partir de ese día todo sucedió en forma más y más precipitada. O será que la distancia del tiempo acorta mi memoria. No lo sé. La verdad ya no me acuerdo bien cómo fue, pero un día supimos en la fábrica que la Chinta y Luciano San Luis se miraban a los ojos por las tardes, a escondidas. Creo que nos enteramos debido al trabajo detenido en la casa a de Luciano medio construir. Apenas había alcanzado a terminar dos cuartos donde vivían su señora y los chamacos antes de comenzar a perderse por ahí con la Chinta. Todos nos convertimos en testigos y cómplices involuntarios. Guardábamos y atesorábamos las noticias que iban llegando a nosotros conforme transcurría el año. Recuerde usted que pueblo chico, infierno grande. Supimos que la Chinta resistía a los avances de Luciano San Luis, pero día a día la fortaleza de la muchacha se debilitaba ante la avalancha de emociones que Luciano despertaba en ella. Nunca hombre ninguno la había tocado antes que él y es fácil imaginarla sintiendo que se perdía en el pozo negro de la pasión abierto ante ella por las caricias de Luciano. Pero de alguna forma ella luchaba contra el sentimiento y siempre se le escapaba. Vimos impotentes cómo la vida de la Chinta se fue convirtiendo en una tortura. Dejó de llegar al trabajo

cantando y sonriente y empezó a parecerse a una sombra, escurridiza y apagada. Por las tardes, antes de encontrarse con Luciano, se refugiaba en la iglesia quizá para pedir fuerza y romper con su pasión y alejarse de ese hombre, pero sus rezos parecieron no funcionar y fue entonces cuando ella se quedó completamente sola, sin nadie que pudiera ayudarla a resolver su dilema.

Jacinta se fue apagando como el fuego de ésta hoguera. ¡Ay señor! Ella amaba a Luciano San Luis. Lo amaba tanto como a Dios, lo respetaba más que a sus padres y sobre todo lo deseaba como se desea a la buena: con desesperación pero sin exigir nada, contenta nomás con rozar su piel y sintiendo en los huesos y en la sangre la necesidad de tocarlo y mirarlo todo el tiempo. Acuérdesse de cuando usted haya estado enamorado, si es que alguna vez tuvo la fortuna y entenderá lo que digo. Nosotros, mudos y desesperados testigos, veíamos la situación empeorar y veíamos a la Chinta que se ensombrecía como el sol cubierto de nubes de tormenta. No podíamos soportarlo. Se habló de matar a Luciano San Luis para ponerle un hasta aquí al martirio de Jacinta. Preferíamos matar a un extraño que dejarlo a él matar lentamente a nuestra Chinta. No crea usted que fue cosa de sentarnos a la mesa de la cantina y decidir matarlo. Fue más bien un sentimiento, una decisión nacida espontáneamente en todos los que amábamos a Jacinta y bastó un momento de enojo y tristeza expresado en público para que estuviéramos todos de acuerdo. Había que matarlo. A partir de ese día esperamos con tensión el momento de actuar. Pero fue entonces cuando la Chinta anunció que se iba a casar. Nos dio la noticia en la fabrica, fingiendo alegría y siguió anunciándola todos los días. Pero pensamos que ella buscaba proteger a Luciano San Luis y ninguno se lo creímos. Y nadie lo creyó hasta que pasaron tres

meses y llegó el día de la boda y realmente la Chinta se convirtió en esposa del hijo del dueño de la fábrica, un muchacho que parecía charal escurrido y tenía tiempo de pretenderla. Usted lo conoce, abogado. Ahora es el dueño. En esos días Jacinta parecía estar enferma de algo malo. Dejó de ir a la fábrica e iba de un lado a otro del pueblo preparando su matrimonio, pero sin pensar en lo que hacía. Se le notaba en la cara. Todo el tiempo estaba pensando en Luciano San Luis y ella bregaba con esa agitación incesante que le nacía en el pecho y no la dejaba en paz.

Cuando llegó el día de la boda todos en el pueblo teníamos miedo se fuera a presentar en la iglesia Luciano San Luis, pues supimos que contra su costumbre había estado bebiendo desde dos días antes. Hicimos planes para detenerlo si llegaba, pero todo eso se nos olvidó cuando Jacinta Morales entró por los portones de la iglesia.

Parecía la virgencita regresando a casa. Ninguna de las imágenes que tenían ahí era tan hermosa como ella. Y a todos nos conmovió profundo mirarla muy triste. Parecía estar a punto de llorar. Al terminar la fiesta de la iglesia ya por la tarde, todos acompañamos a los novios al hotel del centro del pueblo. Ahí pasarían la primera noche, pues Jacinta no había querido viaje de bodas y el novio consintió. Pero mejor no lo hubiera hecho. Al día siguiente el pueblo entero se despertó con el escándalo de lo que sucedió esa noche.

Resulta que Jacinta salió del hotel a las tres de la mañana llevando en sus manos un bulto blanco y voluminoso. Iba despeinada, vestida con un camisón muy ligero y en la cara un gesto desesperado.

Como fantasma la vieron cruzar el pueblo y sin detenerse ante nadie, salió hacia donde vivía Luciano.

—¡Luciano San Luis!—gritó cuando iba llegando entre las sombras a la casa de él. Sus desgarradores gritos despertaron, primero a la mujer de Luciano.

—¿Qué sucede? ¿Qué quiere usted? —preguntó espantada. Después supimos que pensó se trataba de una loca y sintiendo pavor no se atrevió a acercarse.

—¡Luciano San Luis! —volvió a gritar Jacinta con rabia y en forma de respuesta, ignorando a la mujer de Luciano. Y gritó y gritó cada vez más angustiada, hasta que Luciano finalmente despertó y salió.

Ella no se movió. Esperó a que él se acercara y luego abrió los brazos. El bulto blanco se desenrolló. Era la sábana ensangrentada de la cama nupcial.

—¡Ya cumplí, Luciano! ¡Yo ya cumplí! ¡Ahora vengo a que tú me cumplas a mí! —susurró violentamente y fue como un alarido ahogado e impaciente arrojado al rostro del hombre.

Luciano se la llevó a la montaña.

Y nunca nadie volvió a saber de ellos.

Yo nomás los envidio. Durante treinta y tantos años Jacinta Morales y Luciano San Luis se han amado a escondidas del mundo. Y la verdad, a pesar de que ya estoy viejo y he visto muchas cosas, tanta pasión me sigue asustando, señor licenciado.

Chontal García miró al anciano bajar la punta del sombrero para esconder la cara. Empezaba a soplar un vientecillo helado que avivó las brazas de la hoguera y obligó a Chontal a cerrar los ojos. Estaba de acuerdo con el viejo.

Hay cosas que no se pueden olvidar.

Espejo de Obsidiana

COLINAS DE ARENA

Incontables amaneceres plomizos perdieron su promesa de lluvia antes de llegar siquiera al mediodía, por eso no se entusiasmó al ver el cielo azul cubierto a medias por una espesa capa de nubes oscuras. Al principio, cuando la dura temporada de calor se prolongó, él intentó mantener viva la siembra por medio de regar la tierra con cubetadas de agua, pero en el momento en que el pozo amenazó con secarse Agustín no tuvo más remedio que conservar el agua que quedó para dedicarla a la vaca y su becerro que tenía unas semanas de nacido. Su otra opción era usar toda el agua tratando de salvar un maizal que de todas maneras se convertiría en terrón seco y luego en polvo, casi frente a sus ojos. Se recargó inmóvil en el portal de la casa que él había construido con adobe y madera cuando recién se casó con la Cristina.

Aún tenía muchas cosas que hacer en ese día, pero el profundo desaliento que parecía emanar de la tierra misma entró en sus pulmones y lo paralizó. Involuntariamente pasó su mirada en el único objeto movable en ese cielo ya caliente; el cuerpo plateado de un pájaro colgaba del firmamento, planeando sin esfuerzo en las mínimas corrientes de viento aparentemente libre e indiferente a lo que sucedía allá abajo.

—ya está el desayuno —anunció su mujer.

Agustín no se movió. Por un momento, impresionado por la belleza radiante del pájaro contra ese cielo sucio, envidió a ese animal que podía irse a

cualquier parte que se le antojara sin que nada lo atara a un pedazo de tierra agonizante.

Luego, con soma y un poco de tristeza, Agustín se dijo que la libertad del pájaro no era mayor que la de él mismo ya que la distancia de su vuelo dependería de la fuerza de sus alas, de su necesidad de comida y sobre todo de que una tormenta no se le atravesara en el camino y con su fuerza incontrolable lo derribara.

Su mujer lo llamó de nuevo.

Sonriendo con tristeza, Agustín agachó la cabeza y se metió a desayunar.

—si, Víctor, así fue la cosa. el año anterior a la desgracia agustín y varios de sus vecinos intentaron crear un sistema de canales para aprovechar el agua del riachuelo aquel que se ve brillar en la ladera de la montaña, pero los agentes del presidente municipal los detuvieron diciéndoles que esa agua no les pertenecía, claro, lo que no les dijeron es que el presidente municipal tiene unas tierritas mas para abajito y le gusta que el agua pase por enmedio de su propiedad—

El tío de su mujer, Carmelo, llegó a la tardecita resoplando por la subida, cuando Agustín desesperaba porque su vaca había dejado de dar leche y el becerro estaba hambriento. El calor no cejaba; si seguía así nadie podría cosechar nada en esa tierra que parecía condenada. Agustín trabajaba duro para vencer sus

colinas pedregosas, su sequedad, su aridez y todo para que el calor excesivo un año y las lluvias torrenciales el siguiente destruyeran toda esa labor. Agustín no era nuevo en esas tareas; nació arando y arando se quería morir. Él pensaba que ese era su destino. Una que otra vez se había preguntado sin saber contestar, por qué le tenía tanto cariño a un trabajo tan ingrato. En esas ocasiones él pensaba que después de todo tenía la libertad para escoger y podía irse para el centro de México para alguna ciudad, o a trabajar en los campos de Oklahoma, California o Texas como otros hombres del pueblo habían hecho. Y sin embargo cuando se enfrentaba a las alternativas, escogía sin variar el quedarse.

El tío de su mujer era uno de esos que hablaban todo el tiempo de hacerse ricos del otro lado del Río Bravo. Regularmente si estaba en el pueblo, el tío llegaba a visitarlos quesque para revisar la salud de su sobrina y siempre le llevaba algún regalillo a la Cristina. Para Agustín llegaba con puras insistencias acerca de las maravillas que había oído se veían en aquella otra tierra.

—no sea usted necio, agustín, váyase conmigo a trabajar como bracero, dicen que buenos trabajadores como usted son bien valuados por los gringos y si usted viera qué fácil es ser un buen trabajador del otro lado no lo pensaría más tiempo y se pondría en marcha de inmediato —decía el tío Carmelo comiéndose la gallina que Agustín había matado la tarde anterior

—si hasta creo que usted es un ingrato, oiga. en lugar de ponerse a pensar en ésta su mujercita tan chula y sus tres chamacos, usted se aferra a ésta tierra que jamás ha sido buena y jamás lo será.

—no diga eso tío. en buenas temporadas he tenido cosechas gordas, usted lo sabe. lo único que necesito es un poco de agüita segura para poner a producir esta tierra y cualquier otra, faltaba mas.

—¿nomás necesita agua? noo, compadrito, usted es más soñador de lo que yo creía, usted necesita fertilizantes, necesita un clima menos canijo, necesita menos rateros en el gobierno, qué sé yo Agustín, usted necesita muchas cosas; animales, maquinaria, buenos compradores. todo lo que tienen allá en el norte.

—nadie nació con maquinas, tío.

—pos no. pero le digo que le iría mejor del otro lado.

—pues ya sabe usted lo que dice el dicho; más vale tener uno en mano, que ciento volando.

—así no es la vida.

—no le hace. ¿qué negocio tengo yo yéndome de aquí, dejando sola a mi mujer y sin padre a mis hijos? noo, tío carmelo, usted habla muy bonito pero yo no entiendo ni jota de lo que me dice. Así que dígame, ¿para qué me voy?

—para hacer dolaritos, agustín, dolaritos, acuérdesese que allá pagan por hora.

—pues pagaran por minuto si quieren, pero yo de aquí no me muevo.

—cómo eres bruto, agustín, a ver chamaca bonita, sírveme más frijolitos. El tío Carmelo comió y llenó su enorme estómago hasta que no quedó nada en el comal, ni siquiera una tortilla. Acto seguido agarró su sombrero de tres pedradas y se fue arrastrando los tacones de las botas y eructando para espantar al diablo canijo. Ese día se fue temprano, Agustín adivinó, porque

no quería encontrarse con el cura del pueblo a quien Agustín había pedido que fuera a bendecir la casa por si acaso el malo andaba merodeando por ahí.

—yo no lo conocí personalmente, pero amistades de la familia me han dicho que el tal Carmelo era un hombre flojo y dado a la borrachera yo le dije a la comisión enviada por el señor gobernador para investigar este trágico e irreparable suceso, que quien quita y hasta haya sido mejor que elementos peligrosos como el mencionado Carmelo terraza mora, desaparezcan de estos lares, pos gente como él son mozos fáciles de la campaña terrorista que achaca estos días las playas de todo el mundo, cuantimás centros importantes como lo es Chihuahua, de donde nuestros héroes revolucionarios salieron en campaña triunfal para combatir la tiranía de Porfirio Díaz y su bola de seguidores como lo fue el famoso Limantour y otros por el estilo, personajes de baja calidad humana que vivían para explotar a sus conciudadanos, cosa que nuestros héroes revolucionarios erradicaron para siempre, si señor, que viva la revolución mexicana.

Cuando el sacerdote se fue, Agustín salió a sentarse en el centro de su sembradío. Desde chico le había gustado salir de su casa en noches claras y frescas para sentarse en la tierra recién mojada del campo y mirar para el infinito. Pero esa noche era caliente y la tierra estaba seca y polvosa.

Comenzó a orar pero el silencio de la noche lo apabulló y se detuvo a medias de un Ave María. Por

largo rato se quedó ahí inmóvil, tan callado como la noche misma.

Luego, lentamente, tomó un puñado de tierra y miró hacia las estrellas alineadas sobre su cabeza. Por un instante, un segundo tan sólo, pensó en hacerle caso a Carmelo y marcharse de ahí en busca de mejor fortuna; pero la idea de abandonar su tierra y quedarse sin nada lo llenó de temor y él hizo a un lado esos pensamientos. Sin tener fuerza para rebelarse prefirió continuar con una pequeña esperanza que aún alimentaba. Después de todo ya antes había tenido problemas. Y problemas duros, como cuando se les murió la Lupita, su segunda hija. Pero habían sobrevivido. Y esa noche él creyó que sobreviviría de nuevo. Aunque sentía la muerte rondando por el campo, él sabía que de algún modo la vida continuaría. Con la ayuda de sus vecinos todos esperarían hasta la siguiente temporada de siembras.

Conseguiría quizá entonces otro préstamo del gobierno, compraría algunas semillas a crédito y todo comenzaría de nuevo. Y así de año en año sabiendo que al final, cuando el verdadero final llegara, lo que permanecería de sí mismo en esa tierra deshojada sería tan sólo el recuerdo de su esfuerzo. Pero eso al fin y al cabo era suficiente para él. Porque quizás así él podría mantener su sueño de que algún día sus hijos no tendrían que principiar con nada, como él lo hizo. Su enorme resignación era lo único que le permitía conservar la seguridad de que algún día todo tomaría su debido lugar en el incomprensible rompecabezas que Dios había desordenado. Entonces él podría, al fin, descansar.

—Dios aprieta, pero no ahoga —murmuró. Se persignó y reanudó sus rezos.

—si, en efecto, el hombre vino a verme tres o cuatro días después de que fui a bendecir la casa de sus sobrinos, no vino a confesarse, ni a orar en la casa del señor, como yo esperaba que hiciera desde hace mucho, vino a pedirme que lo ayudara, pero el favor que requirió de mi estaba completamente fuera de mi alcance, verá usted; carmelo quería que yo fuera a hablar con el señor presidente municipal y le dijera que si agustín y los otros no podían usar el agua del riachuelo el ganado se les iba a morir, claro yo le dije esa tarde y le diría de nuevo ahora, que lo sentía mucho pero yo no puedo hacer cosas así, pues están fuera de mi competencia, el hombre ese, que el señor lo tenga en su gloria, se puso necio y me insistió yo le dije y le expliqué que mi labor no es interferir en los asuntos del hombre, ve usted, porque eso significaría interferir en la obra del señor y sería, imagínese, tanto como pensar que mi ínfima capacidad de juzgar es mejor que la de dios, nuestro señor, sería igualarme vanidosamente al creador de todas las cosas y retarlo al dudar de sus acciones y designios divinos, no, no yo tan sólo soy un guía, un pastor de almas. se lo dije y se lo expliqué, pero la verdad no creo que carmelo me haya entendido porque comenzó a gritar cosas e insultos, ahí en medio de la iglesia, hágame favor, intenté consolarlo, guiarlo, porque sé que tenía problemas, nuestro señor está de testigo que lo intenté, pero carmelo nomás no quiso escuchar. que el señor lo tenga en su gloria.—

La vaca amaneció muerta el siete de septiembre. Como si poseyera una nariz que le permitiera presentir la muerte, a la manera de los buitres, el tío Carmelo se apareció por la nochecita cuando Agustín terminaba de abrir un hoyo en el maizal; también el agujero estaba muerto. Ni siquiera lombrices encontró mientras rascaba la tierra. Agustín, sin poderse contener, se rió traviesamente todo el tiempo que se tardó en enterrar al animal. Podía haber hecho la tumba en otra parte, pero le fascinó la idea de sepultar su vaca muerta en medio de su maizal muerto.

—y cuando yo me muera, viejita chula, también entiérrame aquí. esta pinche tierra disfruta el sabor a muerte —le dijo Agustín a su mujer.

Al lado de ella, el tío Carmelo proyectaba su sombra contrahecha.

—no diga eso, agustín. Si me hiciera caso nada de esto tendría que sucederle, unos meses trabajando del otro lado y se haría usted de suficiente dinero para comprarse un terrenito de riego y hasta unas cuantas vaquitas para que le quiten el mal sabor que ésta le dejó. — Dijo el tío Carmelo, estaba parado junto al hoyo con los brazos cruzados sin hacer el menor esfuerzo por ayudar.

—usted parece ave de mal agüero, tío — Agustín se quitó el sudor de la frente morena antes de que se le metiera en los ojos negros, pequeños e indescifrables. Miró a su alrededor. El campo seco y caliente le pareció extrañamente tan bello como siempre a pesar de todo. Agustín sintió en ese momento como si un pacto muy especial hubiese sido declarado entre la

tierra y él. Ninguno se daría por vencido: él intentaría encontrar vida en las entrañas de ese pedazo de tierra; ella le brindaría muerte a cambio para burlarse de él. Agustín sacudió la cabeza para quitarse esas ideas sin poder evitar sentir cariño por su tierra aún en esa desolación.

—soy un ave de buen agüero, agustín, de buen agüero. ¿por qué continuar así agustín, batallando en balde?

—es lo único que puedo hacer.

—no es cierto, agustín, no es cierto, usted se puede ir conmigo. aquí todo su trabajo es inútil, todo está en su contra y si continua la pelea, se va usted a morir en vano. le digo que nos vayamos de aquí.

—no tío. de aquí no puedo irme.

—a que agustín tan necio y bruto, pues. lo peor es que no te das cuenta que nadie te va a ayudar; ni tu dios, ni tu tierra.

—no le hace, tío. pero usted sí me va ayudar, ¿verdad?

—te estoy ofreciendo que te vayas conmigo.

—y yo le digo que no puedo.

—¿cómo está eso que no puedes? tú eres libre para hacer lo que quieras.

—a lo mejor tío, a lo mejor —Agustín respondió sonriente, recordando el pájaro colgando del cielo gris.

—orita que me acuerdo, tío, más vale que se busque otra sobrina que le dé de comer, porque aquí ya se nos acabó la comida.

—si me hicieras caso, nada de esto sería necesario —dijo el tío antes de irse todo enojado.

Si le hiciera caso, pensó Agustín, me convertiría en un animal de carga al servicio de otros. Además Agustín consideraba altamente sospechoso que el tío Carmelo hablaba de muchos pesos, pero siempre andaba comiendo en casas ajenas. ¿Por qué no tenía casa, ni tierra, ni animales propios? Si eran ciertos todos esos prodigios que contaba, ¿qué carajos estaba haciendo tratando de convencer a Agustín en lugar de irse a trabajar y hacer dinero por su propia cuenta? Todo lo que se relacionaba con su tío era misterioso. Agustín se encogió de hombros, bebió un trago de pulque y comenzó a arrastrar la vaca muerta hacia el hoyo.

éste lunes es el comienzo de la quinta semana más calurosa del siglo entero, mis amigos y aquí en chihuahua estamos listos para llevarles hasta sus casas la música más fresca que se pueda encontrar en los mercados tropicales, así que prepárense para recibir la fría medicina de luisito babaldi y su grupo, que nos interpreta esa favorita del sudoroso público chihuahuense, agiita de pozo. ¡juimonos, puesn!

El becerro, Agustín sabía, no tenía ninguna oportunidad de sobrevivir sin la madre. Por eso lo sacrificó esa misma noche, después de enterrar a la vaca,

para aprovechar al menos parte de la carne. Agustín recorrió con su sombrero en la mano los ranchos cercanos al suyo para invitar a sus vecinos a la barbacoa que Cristina preparó. Varios de ellos parecían tener los mismos problemas que Agustín, pero nadie comentó nada y todos agradecieron la invitación prometiendo asistir y llevar un pulquito con ellos. También llevaron música; dos guitarrones y un acordeón. Con ellos marcando el paso, la fiesta se prolongó sin ninguna dificultad hasta la mañana siguiente, que amaneció nublada y caliente de nuevo. Después de esa noche de parranda Agustín no vio a su tío por tres días. Y cuando Carmelo llegó a visitarlos de nuevo ya no intentó convencer a Agustín de irse con él para aventurarse como espaldas mojadas. Pasó solamente a decirles adiós en la madrugada del jueves.

El sábado llegaron las lluvias.

—en respuesta a la petición hecha el tres de octubre: la procuraduría del estado ha podido averiguar que el mencionado carmelito terraza mora salió de su casa el jueves veinte de septiembre del año próximo pasado, dejando atrás a su sobrina y otros familiares para unirse a una banda de braceros ilegales que intentaron cruzar la frontera con estados unidos a la altura del pueblo de palomas después veinticinco de septiembre por la noche, dicho grupo fue descubierto por la policía fronteriza de estados unidos y devuelto a ciudad Juárez, donde después de esperar unos días...

Repentinamente, detrás de las dunas, llegaron como en una visión motivada por la sed y el horroroso calor a una ciudad de rascacielos y de carretas desvencijadas, de cantinas abiertas y calles polvorientas con faroles franceses y árboles de cartón que se proyectaban reposados con sus copas de papel sobre los edificios vacíos. Carmelo intentó gritar de alegría, pero su lengua hinchada y seca parecía una gigantesca piedra en su boca rota; su garganta emitió un sonido ininteligible que el viento estancado se negó a transmitir. Pedro, el otro único sobreviviente del grupo de salvadoreños, guatemaltecos y mexicanos que cruzaron la frontera por la noche, se dejó caer entrando a lo que semejaba ser la calle principal de la extraña ciudad; su cuerpo enjuto ya no tenía fuerza para arrastrarse bajo la sombra. Carmelo lo miró expirar, indiferente a la suerte de ese ser humano que en las dos semanas desde que lo conoció, se había convertido en su mejor, único amigo. Pero adelante estaba la meta. Haciendo un enorme esfuerzo Carmelo colocó su pie derecho frente al izquierdo, el izquierdo frente al derecho y así en la inercia de sus movimientos delirantes, avanzó recorriendo la ciudad silenciosa.

El no sabía que había sido abandonada por los estudios cinematográficos a finales de los años sesentas para completar por motivos económicos el cielo de creación y deserción de un mundo que jamás existió. Y ese mundo de cartón y madera era todo lo que Carmelo tenía; no podía imaginarse que él era el único ser viviente en muchas millas a la redonda, por eso le asombró que nadie saliese a recibirlo con la manos

llenas de billetes verdes, llenas de agua en abundancia, llenas de máquinas extrañas que hacían cosas que nomás no se podan creer. La inigualable esterilidad del silencio en el desierto era incrementada por los edificios huecos, por las calles vacías de toda presencia que remotamente pareciese humana.

Carmelo no se atrevía a gritar para que los gringos no le tuvieran miedo y salieran a darle agua y trabajo y dinero...

Cayó de rodillas sobre la piedra de cartón con la que los obreros habían creado la fuente del centro del pueblo; a su derecha, Carmelo vio sus primeras palabras en ingles: **Internal Revenue Service.**

Ya sin fuerza ni aliento, pero contento porque su sobrina tendría en unos días todas esas cosas que le gustaban, a pesar del tonto con el que se había casado, se dejó caer a un lado de la fuente.

Espejo de Obsidiana

TREMEDAL

Living in a city, among so many, dwelling in the heat and tumult of incessant movement, a man's affairs are touch and go—that's all.

William Gass

(In the Heart of the Heart of the Country)

José Ramón Cadena se detiene frente a la puerta de la pequeña cafetería del Guggenheim y contempla con fatiga la calle vacía de gente. Sobrepuestas al reflejo en el vidrio de su figura no muy alta que oculta su verdadera edad por ser aún fuerte y juvenil, ve pasar las hileras de automóviles humeantes de vapor grisáceo. Las caras de los ocupantes aparentan estar distorsionadas pues ellos llevan las ventanillas cerradas por completo para evadir el viento helado que ha recorrido todo ese da la isla de Manhattan.

Es el mismo viento que al otro lado de la avenida mece con suavidad las copas deshojadas de los arboles en Central Park.

—Here's your change.

El sigue sin comprender cabalmente en que consiste la popularidad de Nueva York. ¡Broadway y los museos! Habían alegado las amistades de su esposa mostrándose poco menos que horrorizadas cuando él confesó sus recelos. Y dudas. A él no le atrae el teatro y de los museos sólo le gusta el Guggenheim; de las pinturas, un Rembrandt que cuelga en el museo Metropolitano. ¡La Quinta Avenida y los restaurantes! Insistieron ellas enfurecidas y él calló entonces porque

temió ser considerado un politicastro xenófobo como muchos otros en México. Es más: consideró que era su deber de anfitrión tranquilizar a las mujeres y lo hizo describiendo la emoción que él sintió veinte años antes cuando vio por primera vez los edificios inmensos de Manhattan compitiendo por espacio en el perfil del horizonte al amanecer.

Pero no les dijo que esa emoción se le acabó al tercer día y que desde entonces la ciudad le parecía terriblemente monótona en su afán obsesivo por destacar. Tampoco mencionó que en sus obligadas visitas anuales la había notado progresivamente más tensa y sucia, repelente casi por un ambiente indescriptible parecido al terror pero penetrante, que parecía flotar en las calles afeando la belleza de los parques, permeando los lujosos escaparates de la Quinta Avenida y corrompiendo hasta el simple esplendor del Guggenheim y otras construcciones extraordinarias de la isla.

—*Sir.*

Mientras observa abstraído un arce desnudo que agita sus ramas como tentáculos nerviosos, José Ramón recuerda un pasaje leído en un cuento de James Baldwin. ..

filled with a hidden menace which was its very breath of life...

escribió el autor estadounidense refiriéndose a Lenox Avenue. Y al recordar esas palabras José Ramón siente que cada día es peor en la ciudad, siente que ya no se puede respirar libremente como si la amenaza hubiera dejado de ocultarse y saliera de las cloacas cubierta de materia putrefacta. Por eso ha tenido por costumbre posponer el mayor tiempo posible su viaje de cada año a

Nueva York, siempre deseando en vano que algo lo detuviera para ya no tener que ir. Finalmente, tres meses antes, ese algo había llegado: era su nombramiento como subsecretario mayor del Ministerio de Agricultura y Ganadería.

—*You've forgotten your change, sir*—reclama molesta la cajera. José Ramón retrocede unos pasos, sonríe distraído y guarda en su bolsillo las monedas que la mujer le pone en la mano. Termina de abrochar sin prisa su abrigo de lana gris, se pone los guantes de piel negra y sale a la avenida. De una larga bocanada aspira profundo el aire frío de diciembre, como si llenando sus pulmones pudiese recuperar algo de su energía y perder su aburrimiento. Camina con lentitud hasta la esquina. Físicamente él pertenece a ese linaje tan especial que la unión de dos ramas disimilares produjo: tiene las facciones duras, angulares, como cortadas con machete, que revelan su sangre india; tiene ojos color miel que a veces se le ven verdes, un bigote espeso y una barba cerrada que continuamente lo hace sufrir por tener que rasurarla dos veces al día; su estatura es regular y su cuerpo es poco dado a engordar aunque su musculatura lo hace verse pesado y dominante en cualquier lugar. Su figura gallarda lo ha hecho considerarse a sí mismo, en secreto, como una muestra ejemplar de la nueva raza que siente ha surgido en México después de cuatro siglos. Ya no la raza india ya no la española ni tampoco la mestiza, sino la raza mexicana. En su sangre José Ramón almacena una cantidad enorme de orgullo por ser lo que es y jamás ha hecho uso de discreción o modestia para referirse a la belleza de su piel color canela.

Su franqueza al respecto es debido a que él estima la honestidad y la honradez por encima de

cualquier otra cualidad humana. Es por eso que el peor insulto que alguien pueda hacerle es acusarlo de mentir o ser un tramposo. Su filosofía personal esta basada en lecturas de Kant y es aquella de un agnóstico: le parece terriblemente irrelevante la posibilidad de un Dios, pues en cualquier caso él no podrá confirmar o negar su existencia así que eso no le interesa. Lo que le llama la atención son las conexiones universales establecidas por el tiempo entre los líderes morales o filosóficos del pasado. En sus lecturas en busca de esas conexiones. Por ejemplo él descubrió asombrado que la Biblia, Kant y Sartre se encuentran aproximadamente de acuerdo en un mismo concepto ético. No hagas a otros lo que no quieras que otros te hagan a ti, dice la Biblia, mientras que Kant pensaba que el hombre debería actuar como si la máxima de sus acciones fuera convertirse por su deseo en ley natural y general. Y Sartre quería que nos preguntáramos siempre ¿qué pasaría si todos miraran las cosas de ese modo? Y también, Yo soy responsable por mí mismo y por todos los demás. Yo estoy creando cierta imagen del hombre... Al elegir mi ser yo escojo al hombre.

Incluso, respecto a estas citas un amigo le comentó que Buda también había tenido pensamientos similares pero José Ramón no ha tenido tiempo de leer la filosofía oriental y esa es una pequeña frustración, pues coleccionar ese tipo de datos lo apasiona.

Toda esta mañana se ha sentido alegre y relajado sabiendo que en unas horas estará de regreso en México. Se siente ansioso de comenzar a trabajar en su nuevo puesto y eso le indica de su decisión de romper su sociedad con Francis O'Dowell es la correcta. José Ramón ha planeado su renuncia por varios años, pero de una forma o de otra Francis logró siempre convencerlo

de que sería un error abandonar la compañía. La noche anterior mientras cenaban en el restaurante 21, había tratado de hacerlo de nuevo por medio de implantar dudas en el cerebro de José Ramón.

—¿Y tú crees que alguien agradecer tu sacrificio, Pepe? La gente no le interesa que clase de canallas los gobierne mientras no sean demasiado descarados. Siempre y cuando mantengas tus vicios, compromisos y negocios en secreto, ellos te aplauden y te respetan por el simple hecho de ser tú el poderoso.

El descendiente de inmigrantes irlandeses hacía sus comentarios con su personal uso de español al tiempo que lo miraba con curiosidad desde el otro lado de la mesa. José Ramón descubrió la mirada y clavó el tenedor en el filete de ternera texana, tierno y jugoso. A partir de su tercer divorcio Francis parecía haber hecho a un lado la necesidad de tener buen humor y ya raramente sonreía. Su cara había adquirido un aspecto desteñido, como de enfermo y las venas capilares azuladas y torcidas eran claramente visibles en la piel translúcida de sus mejillas. Bebía incesantemente de la botella de Hearty Burgundy, sirviéndose en vaso en lugar de una copa y cuando inclinaba la botella entrecerraba sus ojillos azules como si necesitara anteojos.

—De cualquier forma que sea, Franky Boy, mi conciencia descansara tranquila de este modo — respondió José Ramón. Y mirando fijamente a Francis, añadió: —Yo no podría vivir en paz si yo o alguien más sospechara que mi posición en el gobierno podría ser influenciada por mi sociedad contigo. Se le llama conflicto de intereses, Franky, ¿qué quieres? Así es la cosa.

—Yo sé cómo eres, Pepe. Yo sé cómo tú quieres conservar tus ideas. Pero estás equivocado. ¿Qué relación tiene tu nuevo puesto, que es político, con nuestra compañía? *I mean*, ellos saben quién eres y qué es lo que tienes, Pepe. Nosotros hemos hecho negocios con tu gobierno *before, so* ¿qué malo hay en seguir vendiendo ahora que tú estás en el gobierno? *After all, its not as if we were cheating, or someting. Our prices are very competitive and the goods are first class. You know that.*

—Claro que lo sé pero no quieras hacerte el inocente, Franky Boy. Yo no me opongo a que sigas vendiendo fertilizantes y tractores al gobierno de México. Pero ahora vas a tener que hacerlo sin mi ayuda.

—But, why?

—Tiene que ver con el poder y sus aplicaciones y tú lo sabes perfectamente. En el momento en que demasiado poder para decidir se concentra en una sola persona o grupo unido por el mismo interés, la democracia se va al carajo. ¿No entiendes? Y yo lo que más admiro del ideal democrático es la división de poderes que lo alimenta. Te lo he dicho antes; aún sigo creyendo que esa división debe ser un segmento básico de cualquier sociedad para que el hombre pueda vivir sin temor. Y tiene que nacer de nosotros el mantener esa división con vida. Si no lo hacemos nosotros, ¿quién?

José Ramón discutía sus puntos con una seguridad nueva que lo entusiasmaba. Haber decidido romper la sociedad le proporcionaba un sentimiento de poderío y libertad que desconocía junto a Francis, pues hasta ese momento él había callado o disfrazado sus convicciones por temor a molestar a su socio y jefe. Además él sabía que Francis quería prolongar la

sociedad principalmente porque le convendría tener un contacto de esa naturaleza en las altas esferas del gobierno mexicano. Quizás esa era la única razón. Sin embargo no se sentía ofendido por ese hecho. Desde el comienzo la de ellos había sido una asociación sin amistad; era meramente económica, de conveniencia mutua.

Pero con todo y eso era un poco extraño que así, sin amistad, fuera a terminar.

Aunque ambos tenían en la superficie muy poco en común, interiormente ambos era muy parecidos y eso había ayudado a sostener la sociedad por tanto tiempo. Los dos eran hombres enérgicos, dedicados a perseguir sus particulares expectativas en la vida; eran ambiciosos y directos, trabajaban con persistencia y deseaban lo mejor para si mismos y para sus familias, posiblemente en ese orden. Con tantos puntos en común y después de ser socios por más de veinte años, la falta de una amistad verdadera y perdurable entre ambos inquietó por un momento a José Ramón. Lo hizo pensar que a lo mejor ese desapego era culpa suya. Pero rápidamente pensó que últimamente Franky Boy se mostraba aún más agresivo, arrogante, cínico y egoísta hacía el mundo en que vivía, como si ya nada le importara y esa actitud sí molestaba a José Ramón. Lo hacía sentirse ofendido como si lo que Franky Boy hiciera o pensara pudiera afectarlo personalmente.

—Todo eso suena muy interesante, Pepe y perdona que no llore de emoción pero lo que estás tú diciendo no funciona en la practica, *my friend*. *Oh yes!* Yo usaba pensar como tú pero ahora sé que alguien tiene que controlar el poder, *all of it*. Y sólo el que sepa conseguirlo y usarlo debe tener acceso a ese poder. A mí no me importaría un dictador amable en mi gobierno

you know? Don't trust your dreamland, Pepe. Porque si tú pretendes dividir el poder el resultado es una estúpida división de metas, de formas para llegar a ellas, de formas para conseguir el trabajo hecho y tendrás confusión y... y... *inefficiency* entre los que ejecutan las órdenes. Mira los problemas que nosotros tenemos aquí. Es como aquel antiguo tormento en que el criminal es desmembrado por cuatro caballos que van en direcciones opuestas, *remember?* Así sucede con los gobiernos y los países. *Every team needs one and only one quarterback. Oh yes!* Especialmente en tu país y el resto de latinoamérica que está tan desorganizada. *Besides,* tu gente no está preparada para manejar una división de poderes de ese tipo. Ni de ningún tipo porque no puede existir. Tu gesto es muy simbólico *and all. Oh yes!* pero lo único que vas a lograr es sacrificar tu dinero inútilmente.

—Cada vez que has sugerido esa tontería de que no estamos preparados se me ha ocurrido pensar que en caso de que tuvieras razón, ¿para que aspirar y mantener esos sueños de libertad, honestidad, integridad? ¿Por qué no quitamos las caretas y mostramos que el dinero y el poder son nuestros únicos motivos?

—Te voy a decir por qué no. Porque los que estamos arriba somos muy pocos comparados con los muchos que están abajo. Si les decimos la verdad... *Christ! The shit hits the fan.*

—Franky, Franky. Me haces pensar que ya no crees en nada.

—*Wrong again, Pepe. I still believe money heals all ills,* —concluyó Francis, e hizo un guiño. Por un segundo pareció que iba a sonreír pero se compuso y llamó al mesero.

Al despedirse una hora después José Ramón estaba seguro que Francis aún no creía que el aviso de renuncia era en serio e irrevocable. Por eso no se sorprendió cuando a la mañana siguiente Francis lo llamó por teléfono para ofrecerse a ir con él a almorzar. José Ramón prefirió ahorrarse otra discusión y se negó. Amablemente le explicó que tenía muchas cosas que hacer y le dijo que la cena había sido suficiente despedida. También reiteró su invitación para que Francis lo visitara en México en la semana de navidades y año nuevo.

Francis respondió que sería interesante pero no se comprometió. Cuando colgó José Ramón estaba curiosamente preocupado al darse cuenta que por primera vez en mucho tiempo no tenía motivos para apresurarse.

Eran las ocho de la mañana y el chofer del consulado mexicano en Nueva York no iría a buscarlo sino hasta las cinco cuarenta de la tarde para llevarlo al aeropuerto, lo que significaba que él tenía el día libre. Luego recordó que tenía algunas compras que hacer.

Se levantó a las nueve luego de desayunar ligero y salió para entretenerse caminando sosegado por las aceras congestionadas de la Quinta Avenida, comprando regalos de navidad y de reyes para su familia.

A las doce dejó los paquetes en el hotel y se fue a visitar el Guggenheim Museum, donde tenía calculado quedarse hasta las tres. Pero de la exhibición solamente lo atrajeron unas cajas de Joseph Cornell aparte de dos o tres miniaturas de Dali, por lo que una hora más tarde estaba en la cafetería donde almorzó una hamburguesa acompañada de dos tazas de café instantáneo. Y ahora ya no tiene nada que hacer excepto

esperar hasta las siete de la noche, hora en que el vuelo 401 de Aeroméxico partirá del Aeropuerto J. F. Kennedy. También caprichosamente quiere esperar hasta las cinco antes de regresar a su hotel. Las cinco de la tarde es el momento en que miles de empleados de la isla terminan sus labores y José Ramón encuentra un curioso placer en ir a sentarse en la escalinata de Trinity Church frente a Wall Street, para desde ahí ver salir a los oficinistas y funcionarios como si fueran vomitados de los edificios en la callecita, primero unos cuantos y luego en hileras que parecen interminables y que se alargan hasta las entradas del subterráneo y hasta las paredes de autobuses. Es fascinante para él imaginarse todo el poderío económico y político que se concentra en esa diminuta calle en las cabezas de esos hombres y mujeres de trajes oscuros que salen corriendo en busca de alguna forma de regresar a sus hogares. En unos cuantos minutos todo se acaba y la calle queda tan desierta y abandonada como si una bomba estuviera a punto de destruirla.

José Ramón se detiene en la esquina al sur del museo y mira su reloj de pulsera. Faltan poco más de tres horas, por lo que decide ir de nuevo al Museo Metropolitano. Con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo espera a que la luz del semáforo cambie. Podría irse caminando pero como no le gusta perder tiempo prefiere abordar un camión. En un minuto la pantalla colocada del lado opuesto de la calle comienza a relampaguear la silueta de un hombre caminando. José Ramón cruza la avenida y se dirige hacia la parada de autobuses que está a la mitad de la siguiente cuadra.

Distraídamente se da cuenta que allí espera una mujer de tamaño descomunal quien recarga su pesado cuerpo en el poste de parada. En el momento que

él se acerca ella se voltea precipitada y esconde su cara con la mano izquierda.

Obviamente esa actitud llama de inmediato la atención de José Ramón. Se coloca extrañando atrás de ella para formar la cola de abordaje, pero luego retrocede unos pasos apremiado por una serie de chocantes movimientos y sonidos guturales que la mujer emite. José Ramón se detiene desconcertado y la examina con curiosidad: ella es mucho más alta que él mismo, va vestida tan sólo con un elegante traje de dos piezas que le queda algo estrecho y no lleva abrigo a pesar del terrible frío; la chaquetilla de color azul cielo está rasgada a la altura del hombro derecho y tiene la falda sucia como si se hubiese sentado en la tierra húmeda del jardín. Las medias están rotas en varios puntos y calza unos lujosos zapatos que chanclea al moverse. Su cabeza está cubierta por una mascada amarilla, impresa con florecitas rojas y moradas y de su hombro izquierdo cuelga una bolsa de piel color negro. Pero lo más curioso de todo es que la mujer parece haber perdido algo en su busto, porque repetidamente se encoge dando gruñidos de placer y mete la mano derecha en su pecho como si tuviera un animal escondido en su amplio seno. José Ramón concluye la inspección y piensa irritado que la mujer está borracha. Retrocede otros dos pasos y con alivio ve llegar el autobús. La mujer sube primero, seguida de José Ramón, pero en el tercer escalón resbala y está a punto de caer sobre él quien alza las manos para detenerla. Ella recupera el equilibrio después de pisotear los dedos del pie derecho de José Ramón y termina de ascender con una risita ridícula. Adolorido, él la sigue aunque no muy de cerca.

Atento a ella, olvida las monedas que trae en el bolsillo y mete en la alcancía un billete de un dólar. Se siente disgustado y ligeramente avergonzado por el espectáculo que proporciona la mujer. Su disgusto es acentuado porque sospecha que la posición económica de la mujer es desahogada, pues sus ropas son de buena calidad a pesar de estar dañadas. Y él encuentra algo profundamente obsceno y repulsivo en el hecho de que alguien, especialmente una mujer, ande embriagada por las calles. Carajo, piensa, es apenas la una y media de la tarde. El se lo perdonaría fácilmente a un teporocho, porque un teporocho no tiene hogar y duerme en las calles. Pero como para él resulta notorio que la mujer tiene medios económicos para emborracharse en privado, en consecuencia no tiene excusas válidas. José Ramón siente una punzada en el dedo gordo de su pie y piensa perfectamente convencido que todos aquellos que beben sin autocontrol son una desgracia para la comunidad ya que no solamente ponen en peligro sus propias vidas; también hacen peligrar las vidas ajenas. Eso —se dice a sí mismo— es el mayor crimen moral que pueda ser cometido. El está de acuerdo con José Vasconcelos y piensa que el individuo puede hacer todo lo que se le antoje con su vida siempre y cuando no ponga en peligro el bienestar de otro individuo. Y esa mujer, sin duda, rompe ese dictado.

Como si quisiera encontrar apoyo en su indignación José Ramón busca las caras de los otros pasajeros. El camión va lleno de gente que carga portafolios o paquetes envueltos en papel navideño y muchos de los hombres leen abstraídos sus periódicos o revistas.

Nadie mira directamente a nadie, como si temieran ser insultados por el sólo hecho de mirar.

Decepcionado, José Ramón alcanza a ver un poco de espacio libre en la parte posterior. Ya que él bajará en unas cuantas cuadras quiere moverse hacia allá, pero la mujer le estorba el paso con su cuerpo masivo y lo forza a quedarse a un lado del conductor.

La mujer sigue con la cabeza agachada, ocultando la cara. De repente suelta una risita, se encoge una vez más y mete la mano en su busto. El movimiento y la risa hacen que un hombre de anteojos redondos y abrigo de pieles que está sentado frente a ella, alce la vista de su lectura. José Ramón lo ve abrir los ojos llenos de asombro y luego levantarse rápidamente para dirigirse hacia atrás.

La mujer se acomoda en el asiento gruñendo complacida y es hasta ese momento que mira de frente a José Ramón con una sonrisa bailando en su boca. De inmediato él siente que se sonroja como un niño al mirar estúpidamente la barba tupida de varios días que sombreaba la quijada masculina de ese hombre disfrazado de mujer, quien ahora lo está retando con la mirada.

Perturbado, sin saber que hacer, decir o incluso pensar de esa visión sorpresiva, José Ramón imita al hombre de anteojos y se precipita hacia la parte trasera. Su compañero de sorpresa está parado junto a la escalera, mirando fijamente al frente y agarrado a la barra de metal que va de suelo a techo. A José Ramón le hubiera gustado comentar algo o por lo menos intercambiar una mirada de simpatía y una sonrisa comprensiva, pero el hombre de anteojos permanece con la vista clavada al frente todo el tiempo.

Diez o quince minutos después José Ramón baja frente al museo. Para cuando comienza a ascender los escalones de piedra del museo siente que el incidente fue tan extraño como si fuera falso y siente que ha

ocurrido mucho tiempo antes como si ya empezara a olvidarlo, por lo que hace una nota mental para bromear con su esposa al respecto.

Entra al museo y paga su admisión a una mujer de pelo rubio y facciones hermosas que acepta el billete sin decir nada. Él recibe más monedas de cambio, las guarda en el mismo bolsillo que las otras, muestra su boleto al guardia de la entrada y sin titubear, rodeado de las docenas de niños y niñas de primaria que están visitando el museo se dirige con calma al segundo piso, hacia la sala donde se expone el Rembrandt.

Al llegar a la puerta se detiene para dejar salir a un grupo de turistas japoneses que abandonan el salón murmurando excitados. Pasan junto a él, lo saludan por medio de sonrisas amables e inclinaciones de cabeza y lo dejan pensando en lo agradable que sería tener tiempo disponible para tomar un curso de la lengua y la cultura de Japón.

Anteriormente él ha frecuentado a los japoneses durante sus visitas oficiales a los trabajos de Las Truchas. Siempre le parecieron tan apacibles y bien disciplinados que él no puede imaginarse discutiendo ferozmente con ellos como suele suceder con los funcionarios y burócratas de otros países. El trato de los japoneses lo hace pensar siempre en jardines silenciosos, llenos de flores de loto y árboles bonsai donde el viento susurra cantos mágicos en lenguajes encantados.

Tranquilamente se acomoda en una banca de metal cromado y colchones de plástico imitación piel que está colocada frente al Aristóteles Contemplando el Busto de Homero. En un instante y sin tener que hacer ningún esfuerzo se concentra en los pequeños detalles de ese cuadro que conoce de memoria pues se ha

convertido en su favorito desde que lo vio por casualidad cuando el museo lo compró.

Ninguna de las pinturas que vio antes o ha visto después han podido conmoverlo tan infaliblemente como ese Rembrandt, donde él encuentra una serie de emociones al parecer desconocidas en si mismo. Particularmente en los ojos de Aristóteles, esos ojos que el artista holandés pintó reflejando una tristeza provocada por algún penoso conocimiento, esos ojos que contrastan destelleantes con la ceguera del busto de Homero. El que ha visto todo y el que no puede ver nada, se dice José Ramón Las figuras lo hacen sentir que algo, acaso una región desconocida en su cerebro, se abre repentinamente dejando entrar una luz tan brillante que resulta dolorosa. Pero solo así cree comprender lo que significa la pintura como arte y cree también comprender un antiguo pensamiento náhuatl que aprendió leyendo a Miguel León—Portilla, en el que se considera a la flor y el canto, el arte, como la única forma en que el hombre puede alcanzar a entender la verdad divina.

Los demás cuadros siguen dejándolo indiferente, con pocas excepciones encontradas en la desesperación política de los murales de Siqueiros y el fervor religioso de la Capilla Sixtina.

¡Pero el Rembrandt! ¡Esos ojos infinitamente tristes que parecen conocer todo lo que el hombre ha sido desde el comienzo del tiempo! ¡Esos ojos que lo persiguen a él y a nadie más, mirando su verdadera cara cuando en noches de cansancio y melancolía él cierra los suyos!

En ese momento interrumpe su contemplación una muchacha de pelo largo y vaqueros desteñidos que llega a sentarse junto a él. Sin mirarlo ella saca de su

mochila verde un cuaderno de dibujo y con un lápiz de carbón de punta gruesa sin goma, comienza a trabajar ignorando por completo a José Ramón. Con mano nerviosa ella borronea hoja tras hoja tratando de reproducir la cara, los ojos mismos de Aristóteles, sin mucho éxito. Mientras tanto, abiertamente irritado José Ramón la mira dibujar. Sin saber precisamente por qué tiene deseos de criticar con crueldad los dibujos en el papel, dibujos que lo hacen sentir tan ofendido como si la estudiante estuviera haciendo una burla del cuadro en la pared. Incluso está a punto de decir algo feroz, pero en el momento que abre la boca se le ocurre que no se trata de una burla sino de un sincero homenaje y avergonzado de su actitud corrige lo que dice.

—*¿Could you tell me where can I find the Guernica?*— a la estudiante. El sabe perfectamente bien la respuesta pero es lo único que se le ocurre. La muchacha se limita a agitar su cabellera color oro viejo y a murmurar con dureza que deje de molestarla o llamará a la policía. José Ramón enrojece de la cara y para disimular acude a un guardia que pasa por ahí. Finge escuchar las direcciones y sale apresurado del salón. Atraviesa otros dos, pasa por un pasillo atiborrado de jarrones chinos y llega a donde se encuentra el Picasso.

Una vez ahí intenta pensar en un par de bromas para jugarle a Sergio su hijo, quien prefiere a Picasso sobre Rembrandt, pero es en vano. Se siente incómodo, acalorado. Poco a poco, caminando de un lado a otro, se da cuenta que su irritación contra la estudiante no provino de la torpeza manifiesta de sus dibujos, sino del hecho de que la muchacha no le había prestado la menor atención a él mismo.

Hubiera bastado con una mirada de reconocimiento a su existencia, con un asentimiento de cabeza como comprensión de lo poco o mucho que tuvieran en común.

Pero no.

Ella actuó como si él hubiese sido parte integral de la banca, sin importancia para ser apreciado ni siquiera por una fracción de segundo. Al dilucidar sin mentiras sus sentimientos hacía la muchacha cuya presencia sintió tan cercana pero tan excesivamente remota, José Ramón utiliza otro extremo e invierte su furia contra si mismo. Se recrimina por lo que considera una actitud totalmente indigna de su importancia en el mundo y pretende reírse de su vanidad dañada, pero su resolución es inútil ya que no puede deshacer su rebeldía con todo y reconocerla un tanto infantil.

No tarda en sentirse encerrado. Quiere caminar por otras salas del museo pero pronto siente que se ahoga en la calefacción exagerada del edificio y no le queda más remedio que salir a la calle.

Cruza hacía el parque y llena sus pulmones con el aire frío que barre las hojas caídas en el pasto y concreto de Central Park. A él siempre le ha agradado caminar entre los árboles por lo que en un rato logra renovar su flojera.

Empieza a internarse en el jardín. Cuando tres adolescentes lo sobrepasan con pasos ágiles, él los sigue por la vereda que toman. Los tres van riendo de algo y cada uno carga un par de patines de navaja plateada que golpean a cada paso contra sus espaldas musculosas. Es obvio hacía donde se encaminan con sus risas, sus cabellos largos, sus zancadas ligeras...

Al contemplarlos alejándose bajo la luz del sol con sus cuellos envueltos en bufandas de colores, sus chamarras de piel negra y sus suéteres de lana, José Ramón cree sentir un poco de envidia. Envidia que es provocada no por la juventud de los muchachos, sino por la maravillosa irresponsabilidad que es su privilegio. El siente que ese abandono tan especial había fallado con él, pues él nunca ha sido capaz de gozar de un juego o de un deporte sin sentir una intensa culpabilidad por perder los minutos de tal manera cuando podía aprovecharlos de otra. Hasta en su niñez mimada el tiempo le produjo una angustia lacerante pues había tan pocas horas, tan pocos años en una vida para hacer todas las cosas que en aquel entonces aspiraba a lograr. Y dado que en su juventud todas sus metas principales fueron académicas, sin darse cuenta creció aislado y sin amigos, primero escondido en el jardín de la casa paterna (su madre desapareció cuando él tenía tres años) y luego en las bibliotecas de los sucesivos internados ya en México, ya en el extranjero, creciendo siempre acicateado por la extraña idea de que su existencia sería muy corta, como si la muerte estuviera al acecho.

Quizás esa idea intensificó aún más su percepción del tiempo y lo obligó a concentrar sus labores en una dirección, hacia una meta específica. Pero eso era antes, cuando el mundo era nuevo y él tenía deseos de transformarlo, de crear algo diferente y maravilloso con las cenizas del pasado de México, su tierra querida que él sabe abunda con gente dedicada como él que no se acobarda ante los retos del presente, gente que sólo necesita del reconocimiento apropiado a sus ideas, que necesitan el guía adecuado que les de el impulso requerido para solucionar los problemas que afectan a la nación... José Ramón sonríe al darse cuenta

que esta pensando como si estuviera ya preparando un discurso oficial de candidato a Presidente.

Presidente.

Presidente de la República Mexicana.

Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.

Cada día el título le parece más cercano, menos irreal. Continúa caminando tras los adolescentes sintiendo una especie de nostalgia por una juventud de juegos y camaradería que él en realidad no conoció. Comprende que esa nostalgia es provocada por las horas que ya no tienen esa vivencia urgente de antaño y de sopetón siente como si estuviera llegando al final de la carrera sin haber participado en el comienzo, siente que todo ha sido demasiado rápido, que no ha tenido la precaución de reducir la velocidad para preparar el gran final y desesperadamente desea poder detener su vida entera para comenzar de nuevo con ella.

Repentinamente uno de los muchachos grita algo rudo, aunque simpático, a una atractiva mujer que pasa trotando a un lado del camino. El primer impulso de José Ramón es sonreír con ellos, compartir la travesura, pero al segundo siguiente penetra en su nariz el olor acre y dulzón de la marihuana que los adolescentes van fumando y su sonrisa se convierte en una mueca vacía.

Instintivamente cambia la dirección de sus pasos y prosigue caminando hacia el sur del parque. Sus pisadas son amortiguadas por una alfombra de hojas doradas que cubren a medias el sendero pavimentado. A su izquierda, sobre la yerba amarillenta ve su sombra proyectada por el sol. Pero ni el astro ni la excursión lo protegen del frío y su cuerpo lo resiente. El sonido del tránsito en la calle se confunde con el silbido del viento

helado que pellizca sus orejas y ha estado provocando un lagrimeo incontrolable que lo obliga a parpadear con frecuencia. Esto lo hace desear haber tenido la precaución de comprar un sombrero. Las monedas en su bolsillo producen un tintineo pesado y molesto a cada paso que da y por un momento contempla la posibilidad de tirarlas. Pero no se atreve.

Adelante, un letrero torcido y pintarrajeado con obscenidades le informa que el camino que ha tomado llevara directamente al zoológico del parque. José Ramón se detiene de inmediato. El detesta los zoológicos pues la sola vista de las jaulas suele deprimirlo. Recuerda vivamente, con tristeza, las dos ocasiones que en su juventud visitó Chapultepec y cómo durante sus visitas sintió que era él quien estaba encerrado y siendo examinado cínicamente por los animales. Para evadir el zoológico no le queda otro remedio que seguir por una vereda que encuentra a su izquierda. Mira su reloj. Solamente tiene que esperar una hora más para poder ir a Wall Street.

Bosteza.

Sobre una de las bancas de la vereda ve un periódico cuidadosamente doblado que alguien olvidó. Al pasar lo agarra con disimulo y sin dejar de caminar lo despliega; es la primera sección de New York Times. El reportaje central es acerca de la personalidad del asesino de John Lennon. Abajo una noticia acerca de la creciente actividad militar de Estados Unidos en San Salvador. Y al lado de esa columna como para contrastar en simetría, una nota acerca de los ejércitos rusos en Afganistán. No se molesta en leer la información impresa en letra menuda ya que no le interesa saber en qué dios cree o abjura el asesino del músico inglés. Y conociendo al revés y al derecho las pretensiones

habituales de los gobiernos, tampoco desea saber qué es lo que ellos tienen que decir en relación a sus respectivas intervenciones militares.

José Ramón es un hombre devoto de la paz entre hombres y naciones y el uso de guerra o violencia para solucionar problemas lo repulsa.

—But this life is a game of power, my friend —
Murmura en su mente con ironía. Esa es la expresión favorita de Francis O'Dowell. Según él esas palabras contienen toda la sabiduría necesaria para sobrevivir en este mundo. Y José Ramón las repite varias veces, preocupado en verdad al pensar por un momento que quizás Francis tiene razón, que quizás no vale la pena insistir en conservar vivos una serie de ideales que el resto de la humanidad evidentemente considera anticuados, pasados de moda y hasta un poco cursis como si fraternidad y honor y dignidad fueran palabras ilusas en el vocabulario de un adolescente cándido.

It's a game of power, my friend, repite una y otra vez sintiéndose viejo y torpe. De un manotazo tira el New York Times en el bote de basura más cercano.

Inesperadamente se siente agotado. Rehusa a seguir caminando y se acomoda en la primera banca que encuentra.

Dos minutos después comprende que no puede quedarse ahí sentado: el viento recorre libremente la extensión de jardín frente a él sin nada que aminore su fuerza y pega directamente en su cara agitando sus cabellos y colándose por entre sus ropas. Por momentos es como si pequeñas navajas estuvieran cortando suavemente su piel tirante.

Trata de evadir el ventarrón por medio de levantar las solapas de su abrigo y hundir la cara entre

ellas, pensando con desgano en incorporarse para reanudar la marcha. En esa posición se queda dormido.

El sonido abrumador de una música extraña y violenta quebranta y destruye con su ira el silencio y la tranquilidad del parque cuando José Ramón es despertado debido a la comezón que siente en sus piernas entumecidas. Sobresaltado mira su reloj y descubre asombrado que ha dormitado por veinte minutos. El viento no ha amenguado en su fuerza: José Ramón tiene la impresión que su propio cuerpo esta hecho de hielo y no se atreve a menear sus miembros porque anticipa el dolor que sentirá en ellos en cuanto lo haga.

De una mirada localiza el lugar de donde proviene la música. Por el sendero a su derecha ve aproximarse a un hombre de aspecto estrafalario que lleva consigo, colgado al hombro por medio de una banda de plástico negro, un radio ostentoso y descomunal que está encendido a todo volumen. Los amplios ropajes del hombre brillan bajo la luz dorada del sol crepuscular como si estuvieran hechos de chaquiras. Lleva anteojos ahumados y el radio apoyado en ángulo sobre su cadera. Y su pelo, ¡oh! su pelo es lo mas llamativo: lleno de grasa y pintado de verde, está peinado hacia arriba y a los lados, en forma que semeja el contorno de una estrella. En su caminar, los movimientos del hombre son cuidadosos y elásticos como si se tratara de una parodia infame de los movimientos rítmicos atribuidos a los bailes afroamericanos. Siendo blanco, su aspecto ridículo e incongruente tiene una cualidad de pesadilla que no puede menos que desconcertar a José Ramón. Él quiere pretender que está dormido pero es demasiado tarde: el hombre de pelo verde se dirige hacia él.

Lo hace volteando repetidamente hacia todas partes como si temiera ser atacado por alguien que estuviera escondido entre los árboles. Parece una precaución tan inútil en la soledad del parque que José Ramón sospecha una amenaza.

El hombre de pelo verde se para frente a él y lo examina con lentitud de arriba abajo.

—Hey you look really weird my man — exclama cuando termina su inspección de las ropas de José Ramón. José Ramón ensaya una sonrisa aguada, sin saber que otra cosa puede hacer. En el acto, sin reducir el volumen de la música el hombre de pelo verde balbucea un complicado discurso. Su voz tiene un pesado acento que parece forzado, falso y su tonalidad es aguda e irritante, como los quejidos de un gato hambriento.

José Ramón espera a que el hombre termine, sonrío de nuevo y indica a señas que no entiende. El hombre apaga el radio y repite su perorata tres veces, evidenciando en cada una su creciente estado nervioso.

José Ramón escucha intranquilo sus ofrecimientos de cocaína o mariguana o putas de todos los tamaños, edades y colores. Piensa rápidamente y finge que sigue sin entender, como si no hablara inglés. Mantiene su sonrisa amable pero se incorpora. Sus piernas están débiles y de inmediato son inundadas por un cosquilleo atroz. Las sacude con energía para que la sangre circule por las venas y le permita sentir nuevamente el control de sus miembros.

El traficante mientras tanto insiste con impaciencia, con rudeza casi. Parece estar profundamente turbado o acongojado por algo y habla con persistencia, como si José Ramón tuviera la

obligación de escucharlo. Esta actitud irrita a José Ramón, pero él se esfuerza en conservar su sonrisa boba. Cuando siente que sus piernas recuperan su firmeza y lo sostienen sin titubeos, principia a caminar encogiéndose de hombros. El traficante lo sigue de cerca sin dejar de hablar con su curioso lenguaje lleno de palabras absurdas y acentos múltiples a veces sureños, a veces urbanos y hasta algunos que suenan extranjeros.

José Ramón menea la cabeza y niega sin cesar, cuidando de reojo las actitudes de su perseguidor que lo acosa porfiado. En el momento que lo ve retrasarse un poco para mirar de nuevo a izquierda y derecha como en busca de alguien, José Ramón adivina que ha cometido un tremendo error al simular que no entiende los ofrecimientos del hombre. Su equivocación lo ha colocado en una posición mis débil y consecuentemente más atractiva para un asaltante. Por eso, al ver que el hombre mete la mano izquierda entre sus ropajes, José Ramón teme que es para sacar un arma.

Súbitamente se decide, da media vuelta, grita ¡fuck off! y empuja con toda su fuerza al traficante. Logra derribarlo y sin desaprovechar el momento quiere echar a correr, pero el traficante agarra una de sus piernas y José Ramón cae al suelo. Trata de zafarse en vano pues el traficante lo tiene bien aferrado y ahí en medio de la vereda solitaria se establece una lucha enconada en la que ninguno de los dos habla una sola palabra.

José Ramón se arrastra y jalonea su pierna sintiendo que el traficante le gana en fuerza y pronto lo inmovilizará. Desesperado comienza a patear con la otra pierna la cara del traficante, quien ni siquiera así lo suelta y en los cinco minutos de miedo frenético que

siguen José Ramón continúa golpeando la cabeza pintada de verde.

Después ya no es miedo, sino furia, una furia llena de odio en la que sus golpes son descargados con gruñidos y con la intención de dañar, de castigar, de probar su deseo de ser respetado, dejado a solas, golpeando con cierta repugnancia e insensibilidad que ha entrado en sus músculos y lo hace descargar los azotes con un energía nueva que se apodera de su voluntad y lo convierte en un monigote. Sin pensar ya busca liberarse de esa oscura tirantez y presión que ha llenado su sangre y ha florecido en su piel. Es un títere que trata de subrayar por la fuerza la angustia que su razón se negó a entender. Los dedos del traficante sueltan su pierna. José Ramón ve la sangre que está manando por entre los mechones de cabellos en un chorro escarlata continuo, cubriendo de una tonalidad asquerosa la pintura verde.

Por fin se da cuenta cabal de lo que está haciendo. Deja de golpear y retira su pierna que se encuentra bajo el cuerpo sangrante. Se hince para examinar al hombre que yace desfallecido. La débil respiración le indica que el traficante no está muerto, pero si muy grave. La sangre sigue escurriendo y ya ha formado un charco en el pavimento. Asustado, José Ramón mira hacia todas partes, en busca de testigos. Siente que ha corrido con suerte cuando no vea nadie alrededor. El viento sigue soplando, helado.

José Ramón se levanta y echa a correr por la vereda que lleva a la salida del jardín. Afuera del parque detiene su carrera para no llamar la atención. En la esquina usa un teléfono público para llamar a una ambulancia, pero cuando comienzan a hacer preguntas él cuelga de un golpe la bocina. Detiene un taxi y le

ordena que lo lleve a su hotel. Con la alfombra del carro empieza a limpiar la sangre que ensucia su zapato, pero se detiene al descubrir la mirada curiosa del conductor quien lo mira por el retrovisor.

En el hotel sube directamente a su cuarto, se da una ducha rápidamente, se rasura el bigote, cambia sus ropas por otras limpias, cierra sus maletas y baja a la recepción, donde ordena que le traigan algo de beber pues tiene mucha sed.

Ahí esperará temblando hasta que lleguen a buscarlo.

Espejo de Obsidiana

ESPEJO DE OBSIDIANA

*Old man, she said, have you lived so long and forgotten so much that
you don't remember anything you ever knew
or felt or even heard about love?*

William Faulkner
Delta Autumm.

Aproximadamente tres horas antes del terremoto, cuando salían de Cuernavaca bajo la llovizna fría y la neblina que cubría el valle de México, Rubén Solana detuvo su Volkswagen rojo placas del Distrito Federal 122 BJR, en un mirador escénico que se encontraba al lado derecho de la carretera.

Era difícil ver algo a diez metros de distancia y por eso no intentaron siquiera asomarse al pretil de piedra para ver los trazos de la ciudad donde se habían detenido a desayunar.

Se limitaron a cambiar de lugares: Vanessa y Rubén se pasaron atrás y Catalina y Leobardo al frente. Leobardo tomó el volante. Metió primera y estaba a punto de arrancar cuando de entre la bruma blanquecina y espesa vio surgir la figura solitaria y triste de una mujer que tenía la cabeza y los hombros cubiertos por un rebozo negro y raído, de orillas deshilachadas.

—Ay nanita. La Llorona.— Bromeó Rubén. Vanessa rió nerviosa y todos miraron impresionados a la anciana que se acercaba lentamente al automóvil. En sus pequeñas manos llevaba una caja rectangular envuelta

en plástico para protegerla de la lluvia. Ella parecía no preocuparse del agua que la empapaba a ella. Llegó junto a la ventanilla de Catalina y tocó con los nudillos en el vidrio suavemente, con timidez. Catalina bajó en silencio el vidrio.

Con un golpe seco la mujer apoyo la caja en el marco de la ventana. Parece un ataúd, pensó Leobardo. La anciana se descubrió la cara redonda, manchada por las cicatrices de la viruela y los saludó respetuosa y amable con una voz delicada y cascada por la edad.

Luego les ofreció las galletitas de canela que vendía.

—¡Ay señora, qué susto me puso! —dijo riendo Catalina.

—Pero por qué señito. ¿A poco estoy tan fea?

—¿A como las galletas? —preguntó Leobardo, también sonriente.

—A diez la bolsita, patrón. Trae cinco galletitas.

—Orale pues. Déme cuatro.

Leobardo pagó con un billete de cien pesos y le dijo a la señora que guardara el cambio.

—Para que se compre un paraguas, abuelita —gritó Rubén.

—Que Dios se los pague —respondió la señora.

Leobardo arrancó.

—Para qué le regalaste ese dinero, Leo. Por eso se acostumbran a limosnear —dijo Vanessa, siendo abucheada y silenciada de inmediato por Rubén.

Leobardo sacó una de las galletitas y la mordisqueó, descubriendo que eran la misma clase de galletas que su madre solía prepararle cuando él era un niño. No lo mencionó. La nostalgia era demasiado fuerte. Cinco minutos después Rubén quiso reanudar la discusión que había comenzado con Leobardo al salir de la ciudad de México y continuado todo el resto del camino. Leobardo prefirió no responder pues hacerlo habría sido inútil, inútil por completo. Decidió callar porque la discusión, que había comenzado política y crecido amorfa, se intensificaba por momentos como una avalancha impetuosa y amenazaba desarrollarse sin final previsible. Pero no era indiferencia a lo que se hablaba, no. Indiferencia nunca, pensó ansioso. Pero si él no se detenía la discusión se bifurcaría de tal manera que pronto ninguno de los dos sabrían por qué razón peleaban. ¿Pelear? Sí, sí. Pensó que pelear era el verbo adecuado. En su vida los debates siempre habían sido el equivalente a duelos entre dos cabezas, con su lengua como arma. Se tenía que disputar cada punto, cada idea, cada concepto en forma incesante, cuestionando las acciones del gobierno y la inacción también, los proyectos universitarios o la ruta de los camiones, polemizando todo a su alrededor y tratando de encontrar una solución al acertijo o por lo menos una explicación que le diera coherencia a las cosas, a la sociedad, a la mujer, al mundo; tratando de entender y nunca estando de acuerdo con nada, con nada en lo absoluto.

Metió cuarta de un golpe y recordó una ocasión en la que Catalina logró arrinconarlo contra una butaca del Audiorama que se encontraba en la herradura de la parte trasera del castillo de Chapultepec. Era un día caluroso y brillante y mientras las bocinas dejaban escapar las notas de la Sinfonía India de Carlos Chávez, ella lo acusó de querer solamente autocomplacer su

vanidad al exponer con tanta intensidad su disidencia permanente, sin nunca tener el valor de creer en algo, lo que fuera, y actuar en consecuencia.

Según ella él no lo hacía por miedo. Así él podía evitar la borrachera del triunfo, o la responsabilidad del fracaso.

—Eres un cobarde, amor —dijo Catalina y él se quedó callado entonces como callaba en el carro ante los ataques de Rubén, pero ahora, hasta este momento sabiendo la acusación injusta, le hubiera gustado decirle a Catalina que nunca se trató de eso, no. Sus debates con todos los que cruzaban su camino habían sido más que una forma de divertirse, algo más que sentir orgullo o vanidad por su mente inquisitiva. Fueron algo más que una manera de romper con la monotonía exasperante de trabajar de lunes a sábado en la fábrica de muebles, ocho horas al día, en cuyo lapso él tenía que producir en el torno un mínimo de treinta y seis patas de mesa diarias. También fueron algo más que un recurso juvenil para alterar la rutina diaria de asistir a la universidad con el cuerpo molido todas las mañanas, cinco días a la semana y escuchar tres o cuatro horas de clases en las cuales él trataba de aprender cuanto podía, que generalmente era muy poco.

Fueron algo más que eso.

Fueron a veces la reacción impotente de un hombre que no entendía la miseria y el hambre de miles de sus compatriotas. Fueron lo que nacía en la boca de su estómago cuando él contemplaba los esfuerzos limitados que hacían aquellos en el poder, al parecer mis preocupados por enriquecerse que en solucionar los problemas del país. Fueron lo que él sentía cuando llegaba agotado a su cuarto todas las noches y trataba de

soñar en un futuro para él y para su eventual familia, pero no podía.

En esas noches el tiempo era tan lento que lo ahogaba.

Y era entonces cuando él sentía ese algo que lo hacía gritar enfurecido, ese algo que lo presionaba en el pecho y lo hacía querer probarle a todos que él estaba vivo y era libre para buscar una realidad o una fantasía mas noble; quería motivar a la gente y despertarlos de su apatía enfermiza y enfermante y hacerle sentir lo que él llamaba el calor de la lava. El no podía conformarse a vivir sin ese calor y esa rebeldía que logró mantenerlo con vida en aquellos años sin sentido. Por lo menos rebelarse le ofrecía el propósito de seguir adelante, rompiendo iconos.

Ahora la situación era diferente en apariencia, pero igual en el fondo. Era por esa misma rebeldía que Leobardo no respondía a los alegatos de Rubén.

Porque por un instante sintió con una ráfaga de pavor que se encontraba de nuevo en aquellos días de sonido y de furia y la sensación fue desconcertante.

El tiempo, vuelto loco, lo había transportado de regreso doce años. El mundo viajaba a la velocidad de la luz para permanecer igual, siempre igual, mientras ellos envejecían y nada cambiaba.

Metió tercera con rapidez y aceleró para rebasar a un camión de carga que les obstruía el paso y que iba soltando por el escape una nube oscura y apestosa.

Lo pasó, regresó al carril derecho y cambió a cuarta de nuevo. Se relajó. Apagó los faros y detuvo los limpiadores pues la llovizna y la niebla habían quedado

atrás y ellos entraban a una zona brillante donde el sol coloreaba la campiña mexicana.

Rubén seguía hablando y Leobardo se limitaba a asentir en silencio. Volteó a ver a Catalina. Ella lo miraba con curiosidad mal ocultada, quizás hasta con asombro. Eso lo hizo sentir bien. Debía complacerla. ¿O habría ella olvidado como acostumbraba urgirlo a dejar de hablar en vano en tertulias cafeteras y mejor sentarse a escribir lo que pensaba y sentía?

¿Y cómo lo apuraba a crear algo de valor con su energía y su talento?

¿Recordaría todo eso Catalina?

—Leobardo, por favor mira el camino —se rió Catalina. *por favor, decía ella, por favor.* Leobardo guiñó el ojo derecho, sonrió a su vez y miró al frente. Rubén seguía hablando aprovechando el silencio al parecer aquiescente de Leobardo y habló y habló y habló sin parar y sin darse cuenta de lo que sucedía alrededor de ellos.

Y seguía hablando cuando un cachorro que cazaba mariposas de colores brincó a la carretera, tambaleante y distraído. El animal los vio cuando dieron vuelta en la curva y se acercaron (Leobardo estuvo seguro), pero no se movió del camino; se quedó quieto en el asalto con una enorme inocencia pues en realidad no tenía motivos para temer la cercanía del auto, *¿verdad Catalina?*

Leobardo, por algún impulso inexplicable, no hizo el menor esfuerzo por frenar o desviar la dirección del carro. Ni siquiera tocó el claxon o redujo la velocidad. Fríamente, sin crueldad porque para ser cruel se requiere sentir algo hacia el objeto de la violencia, Leobardo permitió que el automóvil arrollara al

cachorro de pelaje amarillo. Hubo un ruido sordo, que Leobardo se imaginó fue el cráneo del perro rebotando con un sondo hueco contra el piso del carro y al momento el grito de Catalina expresando apropiadamente el terror que sin duda sintió el animal por primera vez un segundo antes de morir.

Y mucho tiempo después, no obstante las horas transcurridas, Leobardo no podría dejar de pensar en ese grito desgarrador confundido con el eco del golpe seco bajo sus pies.

En medio del frío incisivo de las cavernas, sintiendo como endurecía la sangre vertida en su piel y sus ropas; en ese silencio apenas roto por su respiración entrecortada y por los ruegos y sollozos de Catalina, él se aferraría al recuerdo de ese prolongado gemido para poder sobrevivir unos instantes más junto a ella, junto a Catalina, quien en en auto volteó a verlo con horror y con una sorpresa adolorida desbordada en las pupilas, como si en ese segundo ella hubiera descubierto la cara oculta de Leobardo. Y lo acusó de ser un salvaje. Lo gritó tres veces.

—¡Salvaje! ¡Salvaje! ¡Salvaje! —que Leobardo sintió como fuetazos en su rostro.

Luego ella no dijo nada por mucho tiempo. Tenía la cara lívida.

—Párate, Leo, no seas cabrón —le ordenó Rubén mirando hacía atrás, hacía donde quedaba un pequeño bulto tirado en la carretera.

—¿Para qué? Ya está muerto.— respondió Leobardo tratando de ocultar la repulsión que sintió después del grito y la mirada de Catalina.

—Pudiste haber frenado. Menso —agregó Vanessa con fastidio cuando ya había pasado un rato.

Leobardo la vio por el retrovisor y se sintió irritado cuando descubrió las lagrimas que brillaban en los lentes de contacto verdes que Vanessa usaba. ¿Serían reales esas lágrimas? El lo dudó.

Pero la verdad era que Leobardo dudaba de Vanessa misma, sin poder saber nunca si ella era falsa o real. No dudaba de su carne y de su huesos, por supuesto. La realidad de la materia es ineludible, *verdad Catalina?* Dudaba de ella, de Vanessa con doble 's'; de Vanessa Tapia de Solana, quien sonreía sin cesar día y noche y hablaba de modas europeas y películas estadounidenses para mostrar su cultura internacional; de ella, la que leía Cosmo y BuenHogar y Selecciones del Reader's Digest y le gustaba pretender que era una niña de ocho o diez años, declarando su amor irrestricto por todo y por todos y fingía no odiar, a nadie, pero lo hacía. Dudaba de ella, cuya mayor ambición en la vida era nunca tener problemas económicos; de ella, que así pasaran mil siglos nunca podría entender el sufrimiento de Catalina, ni el de él. Y aunque pudiera, no le interesaría hacerlo pues sería de muy mal gusto entrometerse en las vidas ajenas. Compartir las aficiones de otros, o reconocer siquiera su existencia, reconocer que estaban allí a ras de la piel, era algo que ella consideraba francamente inútil, cursi, fuera de tono.

Por eso era tan irritante ese desapego que él recordaba en Vanessa, aquel distanciamiento a la sangre y a la tierra caliente. Pero Leobardo también recordó vagamente algunas ocasiones en que ella dio muestras de una sensibilidad mocha, que parecía estridente y contradictoria con su flema habitual. Como esas lágrimas hipócritas que ahora lloraba por el cachorro. ¿O eran sinceras? En esa permanente ambigüedad Leobardo reencontró el enorme cariño que ella le

inspiraba. Porque si bien ella procuraba por todos los medios estar constantemente protegida y se la pasaba escondiendo lo que sentía pues creía así estar a salvo, sin riesgo de ser dañada por nadie ajeno, Leobardo podía adivinar que la humanidad básica de Vanessa y sus instintos de identificación con otros seres humanos estaban allí, bien constreñidos, clavados y ocultos entre los pliegues de su seno amplio y pecoso.

Leobardo respondió algo acerca de lo peligroso que hubiera sido detenerse en la carretera sinuosa que seguían para llegar a las Grutas de Cacamahuilpa, pero no le hicieron caso pues fue una excusa tan ridícula como cualquier otra y Catalina y ellos guardaron un silencio pesado y molesto que fue tan ruidoso como un insulto y logró ensordecer los pensamientos de Leobardo.

Lo único que se escuchaba en el auto era el ronroneo del motor y el silbido irregular producido por el viento en las ventanillas cerradas. Ese silencio torpe creció y creció y llegó a ser insoportable para Leobardo.

Era como si él estuviera aislado, alejado de ellos por una enorme distancia. Sabía que Catalina y ellos estaban ahí; al cambiar de velocidades en las curvas difíciles del camino entre las montañas, él podía advertir en el dorso de su mano el calor del muslo desnudo de Catalina. Y a sus espaldas sentía la presencia mortificada de Rubén y Vanessa. Pero la distancia que había entre ellos tres y él mismo no se media en centímetros. Era una brecha invisible y al parecer insalvable abierta entre ellos y que lo hizo sentirse abandonado, desertado por sus amigos y por ella, por Catalina.

Ella estaba replegada en una especie de concha protectora que la ponía fuera del alcance de Leobardo a

pesar de que él podía tocar su piel suave y perfumada con sólo estirar la mano.

En un impulso lo hizo.

Estiró la mano y la colocó en la rodilla de Catalina, acariciándola con suavidad. Ella no prestó atención y no dejó de mirar el paisaje a su lado. El retiró la mano. La barrera era impalpable, indistinguible pero real, casi física y lo hizo recordar una fotografía que les habían tornado a los cuatro una noche de risa loca en una discoteca de moda de la avenida Reforma; en ella estaban ellos tres al frente; Vanessa, Rubén y Catalina en primer piano, abrazados y sonrientes mirando felices a la cámara.

El aparecía como si estuviera de más en la mesa. Como un intruso pues se veía alejado y distraído. Alguien había gritado su nombre un momento antes y él volteó en acción refleja a buscar a quien lo llamaba mientras ellos posaban para la camarógrafa. Y luego, cuando la mujer regresó y le dio su copia a cada quien, en la de él Catalina escribió que no podía expresar claramente su amor por él, pero estaba segura que sería imposible encontrar otro Leobardo en su vida. El todavía conservaba esa fotografía. Había viajado con él por todas partes de Cuba, Estados Unidos, Canadá y Europa. La había usado para señalar las paginas de los libros que leía en los trenes y camiones y fueron muchas las ocasiones en las cuales en lugar de leer la pagina él se pasaba horas contemplando la fotografía, pensando en Catalina, examinando todos los detalles, hasta el más insignificante. De esa manera, poco a poco él se había hecho a la idea de aquel obstáculo invisible siempre dividiéndolos, haciendo imposible entregar sin miedo ni dudas su amistad o su amor hacia Catalina.

Y ahí, en el ambiente cerrado del Volkswagen de Rubén, Leobardo reconoció ese obstáculo y no supo cómo superarlo. Descubrió asombrado que le faltaba el aire, pues al matar al animalito el estómago le dolió de una forma muy peculiar, mezcla de asco y vacío. Era un dolor ya casi olvidado que no sentía desde su adolescencia cuando en secundaria el profesor de biología lo obligaba, por medio de burlarse de sus dudas, a usar una cuchilla plateada y esterilizada en la panza rasurada y palpitante de un conejo anestesiado con éter.

Varias veces la repugnancia experimentada al herir la carne del conejo, al abrirla y ver brotar la sangre y oler los gases intestinales, estuvo a punto de hacerlo vomitar en el suelo del salón improvisado como laboratorio, pero con tal de evadir las puyas del maestro él lograba aguantarse y se tragaba su humillación, su repulsión y su odio amargo hacia el profesor, cuyo hombre había preferido olvidar.

Abrió la ventanilla y de inmediato el aire fresco de las montañas lo reanimó un poco. El asco disminuyó, pero el vacío permanecería enterrado en su estómago todo el resto del camino. Se concentró en manejar para distraerse y examinó al pasar la tierra rojiza de los cerros que el auto iba cruzando por los pasos abiertos entre ellos. Las laderas eran lisas y rectas, como si los ingenieros hubieran usado machetes gigantes para cortar rebanadas de monte por donde se pudiera tender la cinta asfáltica. Adelante vio las interminables cadenas montañosas que formaban una de las dos cordilleras que partan en tres la geografía de México y le daban a la república un carácter de pirámide natural y eterna. Leobardo recordó que varios escritores habían hecho mención de esa imagen, llena por si sola

de raíces mágicas que se perdían en la tierra, en el pasado de México. Había algo inescrutable en esas montañas elevadas, en esos cerros y esas colinas grises y azuladas a la distancia con un aire de misterio como si dentro de ellas guardaran secretos prohibidos al hombre moderno y apenas dejaran rascar sus superficies pedregosas para que de allí sacaran los hombres sus alimentos.

A pesar de lo terriblemente difícil que obviamente era trabajar en terrenos de ese tipo, inclinados y rocosos, los cerros a la vista estaban cultivados casi hasta el tope mismo en parcelas de colores divididas por líneas oscuras de paredes bajas, hechas de piedra gris o por hileras de magueyes cuyas hojas abiertas se tocaban unas a las otras como si fueran manos estrechándose. Leobardo sintió una profunda admiración por aquellos campesinos visibles a lo lejos, en los declives de las colinas, con sus ropas de colores trabajando los sembradíos de maíz, frijol o cebada. Hombres visibles—invisibles petrificados en un tiempo y en un espacio diferentes al ocupado por Vanessa Displicente, Rubén Visionario, Catalina Seductora y El mismo, Leobardo Desconcertado. Le pareció irónico que el estómago le doliera así como le dolía cuando él era un adolescente temeroso y tímido. Era como si nada hubiese cambiado, pensó de nuevo, pero ahora sin la sensación de pavor. Por el contrario; sintió una enorme tranquilidad y hasta un poco de gozo al pensar que todo permanecía igual.

Leobardo Herrera era el mismo Leobardo Herrera de antes, se dijo, el mismo que Catalina alentaba con ilusiones furtivas y del que esperaba sin decirlo tantas satisfacciones y orgullos. Soy el mismo, se repitió Leobardo con emoción. Y si él era el mismo, ¿acaso

podía aspirar a que ella lo amara con el amor de antes? ¿Y por qué no? Después de todo, si nada había cambiado... Pero se corrigió al momento. ¿En qué carajos estaba pensando? El ya no era lo que fue, ni Catalina tampoco era la misma y esa era la verdad por dolorosa que fuera. Tenía que aceptar que ella ya no lo amaba, que quizá nunca lo hizo realmente. Tenía que aceptarlo, se repitió en vano sin poder creerlo. Ella lo había amado. Íntimamente estaba seguro. Y era posible que aún existiera algo de ese amor y si él pudiera reavivar esas chispas para convertirlas en el fuego de antes; si pudiera arreglar las cosas de cierta forma y jamás arriesgarse a perderla de nuevo; si pudiera amarla con toda su pasión, sin miedos ni reservas; si pudiera saber que ella lo amaba igual; si pudiera reparar lo dañado para que como en los cuentos del Nunca Jamás ellos dos estuvieran juntos por los siglos de los siglos. En carne y en polvo. En vida y en muerte. ¿*Verdad Catalina?* Volteó a verla. Ella lo ignoró. El quiso hablarle, pero ¿qué podía decir si fue él quien partió, él quien hizo el daño; él quien se negó a comprender? ¿Pedirle perdón? Eso nunca.

En todo caso tuvo razones y podría obligarla a reconocer que ella lo dejó primero. No físicamente, no. Ella se alejaba de él sin moverse de su lugar, como sucedía en ese momento en el auto.

Ella solía abandonarlo sin fingir pero fingiendo; sin usar mentiras pero mintiendo pues le bastaba con usar su silencio como si fuese una navaja de marfil y plata para cortar todas las cuerdas de unión y demostrarle que él no era indispensable en su vida, aunque lo fuera; como si en realidad no lo necesitara, aunque lo hiciera.

Leobardo se enfureció por la indiferencia y el silencio de Catalina y prefirió callar también. Subió el volumen del radio. Dejaría a la música romper la jugada de Catalina y aceleró, decidido a no ser el primero en capitular.

Rubén tenía el radio sintonizado en una estación de jazz. Leobardo cambió rápidamente de estación y buscó por las otras pocas que todavía se alcanzaban a escuchar mezcladas con la estática del aparato. Finalmente encontró lo que buscaba. Después de haber vivido doce años en el extranjero Leobardo sentía un hueco en el pecho, un hueco provocado por la nostalgia experimentada a lo largo de tantos años lejos de su patria y buscaba rellenarlo con todas las cosas que un día le pertenecieron de hecho. Ahora tenía que luchar por recuperarlas como si fueran ya ajenas. Sentía una ansiedad casi infantil al saberse de regreso en México; quería escuchar a Jorge Negrete, a Javier Solís, a los Panchos, a Lola Beltrán. Quería también empacharse como cuando niño comiendo en un puesto callejero o en el Mercado de Mixcoac o de Portales quesadillas de flor de calabaza y de huitlacoche, tacos al pastor y de carnitas o barbacoa. Inclusive (y esto lo hacía sonreír) quería hasta recrearse en algunas de las tradiciones rollizas de México. Tradiciones que antes de su partida él solía sentir como cadenas alrededor del cuello. Quería llenarse, en fin, de todo lo relacionado con Catalina; llenarse de todo lo que asociaba en su mente con ella, como si así él pudiera sentirse finalmente bienvenido a casa. Fue por eso que al escuchar el sonido inconfundible de las guitarras y las trompetas de la música mexicana, Leobardo quiso gritar de alegría y cantar a pulmón lleno, como lo hizo la noche del día en que aceptó, a regañadientes pero feliz, estar enamorado de Catalina y le llevó serenata acompañado de un grupo

de mariachis contratados en Plaza Garibaldi. Quiso cantar pero le habría avergonzado hacerlo en ese momento, con el auto lleno de caras serias y se conformó con murmurar la tonada.

—Ahora sí ya te descubrimos, manito —dijo Rubén a su espalda. En el espejo retrovisor Leobardo encontró los ojos, do su amigo; era una mirada achispada y juguetona y Leobardo adivinó que Rubén se preparaba a decir algo simpático o irreverente.

—¿Si?

—Si compañero. En el fondo, usted no es más que un indio mataperros —dijo Rubén y soltó una carcajada forzada que nadie compartió. Leobardo lo miró asombrado pues Rubén solía indignarse en la universidad cuando alguno de los demás estudiantes hacía cualquier chiste sobre los indígenas. Ellos habían sido siempre un tema tabú para Rubén. Lo miro atento por el espejo; la barba cerrada que Rubén había dejado crecer espesa y desordenada, a la Marx, lo hacía verse impresionante, como un hombre de gran sabiduría y Leobardo supuso que por esa razón Rubén no dejaba de acariciarla con fervor casi religioso, místico. También se había dejado engordar. Si su aspecto era poco atildado en sus años universitarios, ahora su figura daba la impresión de ser desaliñada y caótica. No era sucio, no, pero parecía que a excepción de la barba a Rubén le importaba poco su apariencia. Y peor, proyectaba un orgullo amplio y pomposo por su indolencia. Dos días antes, al verlo llegar a la Casa de los Azulejos donde se habían reunido, lo primero que Leobardo le preguntó a su amigo fue que si su trabajo en la Secretaria de Gobernación no le pagaba lo suficiente como para comprarse mejores ropas pues Rubén llegó vestido con un pantalón de mezclilla desteñida y con una chamarra

de piel ya vieja cuyas mangas eran demasiado cortas. Rubén era un contraste tan áspero con el arreglo impecable y la pulcritud exagerada en el vestir de Vanessa, que Leobardo tuvo problemas para aceptar cabalmente que esos dos estaban casados. El jamás habría podido imaginarlos frente al juez civil siendo que se odiaron a primera vista cuando los tres se conocieron en la universidad. Rubén con la arrogancia imperturbable y apasionada de sus convicciones marxistas y ella con su fría inclinación por vestidos y modas y su permanente inseguridad. Eran una contradicción perfecta.

Pero dicen que el amor produce extraños compañeros de cama *¿verdad Catalina?*

—¿Qué le pasó a tu amor imposible por los indios?—le preguntó a Rubén sin poderse contener.

—¿Qué le pasó? Nada, compañero. Sigue vivo y coleando. Bueno, déjame aclarar que nunca fue amor imposible, como tú lo llamas. Antes, lo que yo sentía era pura lastima. Cuando tú te largaste de México —con mis ahorros cabrón —yo fui a visitar varios pueblos perdidos en la selva oaxaqueña y fue allí viviendo con ellos, que aprendí la verdadera naturaleza de mis sentimientos. También aprendí que tenerles lástima no nada mas es idiota e infantil; es también una forma de discriminar contra ellos —respondió Rubén.

—A poco.

—Sí, compañero. Al sentir lástima por ellos, por la condición en que viven, los reducimos en nuestra mente a un nivel de incapacidad permanente para luchar por si mismos. Como quien dice, los ponemos en un plano de inferioridad y eso de pobrecitos, como les dice Catalina, nomás no los ayuda. Sí, debemos ayudarlos a

ser hombres libres, ayudarlos en todo lo que podamos para solucionar sus problemas pero aceptando que son nuestros iguales y tienen nuestra misma capacidad de lucha. La revolución fue y debe ser hecha por ellos compañero, no te olvides de eso.

Leobardo se quedó callado, tratando de imaginar a un hombre, cualquier hombre, viviendo en la selva en una cabaña hecha de palos podridos por la humedad, con techo de paja y suelo de tierra negra; se imaginó lo que ese hombre comía si acaso tenía fuerza para salir a cazar; se imaginó a sus hijos, niños de ojos enormes y brillantes como canicas, de narices sucias, ventrudos y hambrientos y enfermos y se dio cuenta que no sentía lástima o compasión. Sentía horror. Un horror indescriptible que se le atoraba en la garganta en la forma de una pregunta inarticulada, rota, pues sabía de antemano que no tenía respuesta y la pregunta lo ahogaba como si fuera la garra de un monstruo que lo pescara del cuello y apretara y apretara y apretara. Sacudió la cabeza y procuró pensar en otra cosa.

Se concentró en la voz que provenía del radio. Era la de Pedro Infante cantando una composición de José Alfredo Jiménez y el horror anterior dio paso a una sonrisa melancólica.

La canción lo hizo evocar una época triste de su vida y poco a poco el recuerdo específico se fue definiendo al salir de la bruma del olvido; era una madrugada fría y gris en la que él perdía la noción de sí mismo, borracho y soñoliento, con Bertita sentada en sus piernas, desnuda y ella lo besaba lenta y laboriosamente, recorriendo la piel de su pecho sin vello con la punta de la lengua mientras él la dejaba hacer, abotagado, sin poder abrir los ojos pues en cuanto lo hacía todo comenzaba, a girar, a girar... Bertita era una

putita yucateca de carne morena y dura, nalgona y con pechos de manzana, a quien él acostumbraba visitar los sábados por la noche cuando después de cobrar su raya y jugar fútbol toda la tarde en un campo llanero asistía junto con otros obreros de la fábrica a un burdel de la colonia Guerrero. La casa era una antigua vecindad de dos pisos con un patio central y los cuartos en hilera a los lados. Había sido transformada en prostíbulo con el simple procedimiento de cubrir el patio central con una lona de colores, lo que le daba un aspecto de circo. Tenía sillones y mesas y un televisor en lo alto de una pared para que los obreros pudieran ver la función sabatina de box transmitida desde la Arena México mientras bebían cervezas Dos Equis, tequila con limón y sal o submarinos, que era una combinación de los dos.

Cuando los hombres llegaban, las mujeres bajaban de sus cuartos de servicio, que eran también sus hogares, para bailar danzones y cumbias con los obreros hasta que ellos bebían bastante. Luego de eso los jalaban de la mano y desaparecían con ellos a lo largo de los pasillos. Bertita era la favorita de Leobardo y siempre la buscaba. A cambio, ella ya no lo hacía bailar y beber de mas para abultar la cuenta. Bertita aparentaba menos de veinte años de edad y en esa y en cualquier otra circunstancia su cuerpo y su encanto la habrían distinguido en forma especial, pues como Sherezada ella tenía una imaginación pronta y poderosa, digna de mejor tarea. También como Sherezada, Bertita tenía que usar su cuerpo y su imaginación cada noche para sobrevivir al día siguiente, pero esto Leobardo no lo entendió sino hasta que fue muy tarde. Cada sábado, entre risas y caricias torpes, ella le contaba al amanecer sus acostumbradas historias de rancheros ricos que solicitaban su amor poniendo fortunas a sus pies; le contaba acerca de concursos de belleza en los que ella

había sido declarada reina por voto unánime; acerca de guerrilleros que salían de la serranía en noches nubladas para acostarse con ella entre los árboles y prometerle mundos nuevos y diferentes si ella prometía seguirlos; acerca del pasado glorioso de su familia, pues ella decía que por sus venas prietas corría la misma sangre que corrió por el cuerpo castaño de Iteniza Ka, caudillo maya quien venció a los españoles invasores en la batalla de Siyan Can Bakhalal; y ella le contaba esas historias y muchas más mientras él la escuchaba con cansada fascinación. Bertita nunca estaba de mal humor pero Leobardo había notado un cambio brusco en su personalidad cada vez que Pedro Infante cantaba en el radio. Bertita se callaba al oírlo y se ponía seria y triste.

—¿Qué te sucede? —le preguntaba Leobardo.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—No, nada —decía ella y se esforzaba por distraerlo, hasta que una noche Leobardo no cejó y la interrogó a fondo.

—Pues... pues la mera verdad es que traigo una pena de amor clavada aquí —dijo ella finalmente, golpeando con su mano entre los senos de pezones morados. Leobardo la instigó a seguir hablando y ella le dijo que había querido a muchos hombres en su vida, pero sólo uno había sido su verdadera pasión, su amor de la vida. Su alma le pertenecía a ese que fue el primero en acariciarle sus senos de manzana, el primero que besó y mordisqueó sus labios de canela, el primero en metérsele entre los muslos de caoba.

Leobardo le preguntó quién había sido el afortunado y ella sonrió coqueta y orgullosa. Se negó a decirle, pero él la correteó por el cuarto y cuando la

alcanzó la tiró en la cama y le hizo cosquillas en la planta de los pies hasta que ella lloró y entre sus risotadas gritó un nombre. Leobardo la soltó.

—¿Quién? —preguntó de nuevo al creer que ella seguía bromeando.

—Pedro Infante —dijo ella, solemne y presuntuosa. Y se apresuró a agregar que él también la adoraba y la correspondía en esa pasión desmedida que ella sentía por él y que un día Pedro Infante iba a regresar para llevársela de regreso a Yucatán y que... Leobardo la interrumpió al reírse a carcajadas sin poder evitarlo. Ella hablaba del cantante como si estuviera vivo, como si la voz que salía del radio no viniera de una grabación, como si las películas de él que enseñaban en la televisión lo hubieran convertido en un ente eterno del cual estaba permitido enamorarse y soñar. La risa borracha de Leobardo no fue amable ni divertida como en otras ocasiones. Fue burlona y cruel y tenía la misma intensidad con la que Bertita parecía creer sus propias mentiras. Ella lo miró reír y su mirada, pensó Leobardo en el carro, tuvo la misma cualidad de sorpresa y dolor que Catalina había sentido unos momentos antes. Bertita se levantó de la cama, tambaleante y desnuda, lo insultó con la cara enrojecida y quiso abandonar colérica la habitación.

Leobardo prendió los faros del auto, cerró su ventana y puso a trabajar los limpiadores pues había empezado a llover otra vez. Redujo la velocidad para evitar derrapar en las curvas y encendió un cigarrillo. Todavía lo asombraba la reacción de Bertita. Hasta el día de la confesión había sido muy fácil y cómodo para él pensar que la vida de las prostitutas las endurecía y acondicionaba a la miseria física y moral, al cinismo y a la crueldad. De ahí su sorpresa ante la sensibilidad de

Bertita. Metió tercera y aspiró el humo del cigarro. Lo dejó en el cenicero y se le ocurrió que quizá ese asombro fuera la verdadera razón por la que tantos escritores habían presentado en forma romántica a las prostitutas, describiéndolas tradicionalmente como mujeres de piel de acero templado, pero dueñas de corazones de oro puro, enfatizando ese contraste hasta convertirlo en un cliché, *¿verdad Catalina?* Era como si los escritores se asomaran al mundo de la prostitución y descubrieran un poco desconcertados y a lo mejor avergonzados, que la calidad humana no varía, que en el fondo todos somos santos y criminales excepto por los escritores mismos, pues al fin y al cabo su labor es rascar y rascar, *querida Catalina*. Tienen que autoerigirse en jueces para examinar de cerca la evidencia presentada por nuestras debilidades humanas y dictar luego la sentencia señalada por toda la indignación intelectual que sean capaces de sentir. Indignación intelectual, porque la moralidad es una obstinación cultural, un prejuicio localista. Posiblemente ese era el motivo de su esterilidad como escritor. No quería ser juez.

Otra diferencia era que aparte de su asombro, la reacción de Bertita tuvo el efecto de enfurecerlo. De un salto la alcanzó en la puerta y la sacudió de los hombros y le gritó que tenía que dejar de soñar tonterías, que abriera los ojos pues tenía que aprender a vivir sin mentiras en la terrible realidad de su mundo.

—Pedro Infante está muerto, ¿no entiendes? Murió en el cincuenta y siete. Está muerto. Está muerto.

—Vete a la chingada —dijo ella y lo miró de frente, altanera y distante. Leobardo se exasperó por esa actitud de reto e impulsivamente comenzó a cachetear la cara de Bertita. A pesar de su furia él la abofeteó un

tanto mecánicamente, sin pensar en lo que hacía, como si fuera otro y no él quien proporcionaba el castigo. Uno tras otro cayeron sus golpes en la cara de Bertita y ella sencillamente lo miraba con sus ojos color carbón, sin chistar, sin decir nada. No gritó, ni levantó siquiera las manos para protegerse, sospechando quizá que si lo hacía, si intentaba defenderse de la cólera helada de Leobardo, lograría únicamente que él la cacheteara ya no con las manos abiertas, sino con los puños. En ese momento él podía haberla matado. Pero finalmente se detuvo. Ella levantó la mano lentamente, como para acariciarlo, sonrió desdeñosa y con la uña del dedo meñique le hizo un pequeño rasguño en la mejilla, izquierda.

—Vete a la chingada —repitió y salió de la habitación con la dignidad perdida y humillada de una ratita mojada. Esa fue la última vez que Leobardo la vio. Al comprender el alcance de sus cachetadas, él salió corriendo del burdel y ese amanecer agradeció las circunstancias que lo hacían vivir en las ventajas brindadas por una ciudad grande, como la ciudad de México. En ella, en sus calles secretivas por ser tan públicas, las multitudes que a esa hora se dirigían a trabajar o a estudiar se tragaron su fisonomía y lo convirtieron en un cuerpo anónimo sin pasado ni futuro. Lo convirtieron en un esclavo del presente, en una parte sin mayor importancia en el esquema total de las cosas y con el alba llegó el momento de aceptar su insignificancia personal como una verdad terrible pero en ese instante salvadora. En la ciudad cada día era accidental, sin pasado ni futuro y comprendió que cuando por algún motivo comenzara a acumular una historia propia que no le conviniera, le bastaría con cambiar de rumbo, con cambiar de colonia para comenzar de nuevo con caras diferentes y amigos de

ocasión. Y vivir siempre en el presente. Podía cometer bajezas, ser el peor criminal, pero al caminar por la acera de la ciudad sus pecados desaparecían y él se convertía en un hombre nuevo, en un hombre libre sin las cadenas de la memoria universal sobre sus hombros, con una libertad que él y nadie más que él sabría no merecer. Pero al fin y al cabo a nadie le interesaban sus fechorías ya que en la ciudad todo parece una mentira, un artificio tan hueco como los anuncios publicitarios coronando los edificios.

—¡Buenos días! —le dijo el vendedor de periódicos con una sonrisa divertida en los labios y Leobardo se encogió, se tapó el rasguño que ardía en su mejilla y temió que él supiera, que él supiera, pero su temor desapareció al segundo siguiente cuando recordó que el vendedor de periódicos no sabía nada, cuando recordó que estaba en la ciudad, en esa ciudad donde todo era perdonado, donde todo era olvidado. Aplastó cuidadoso el cigarrillo en el cenicero, empujando la colilla hasta que dejó de humear. Todo era olvidado en la ciudad, era cierto y sin embargo había muchas cosas que él no podía olvidar. El recuerdo de Bertita había permanecido en su memoria quizá porque él ya no tuvo oportunidad de volver a verla y corregir de alguna forma su error pues cuando regresó al burdel, dos o tres semanas después, ella ya no estaba ahí. Ahora bien, el recuerdo era lo de menos. Pero le molestaba que la imagen de Bertita aparecía siempre envuelta en una manta de ternura cuya razón de ser él no podía explicarse a si mismo. ¿Por qué ternura? No lo sabía. En ese momento volteó a ver a Catalina, distraído y sintió que su sangre dejaba de correr en sus venas. Ella tenía la cabeza apoyada en el vidrio de la ventanilla y en ese ángulo, con la luz difusa del día, sus ojos entornados tenían un extraño parecido con los de Bertita.

Espejo de Obsidiana

II

Yaciendo boca arriba en el piso irregular de las cavernas, Leobardo arqueó la columna vertebral y trató de meter el brazo por el hueco, buscando quitar una piedra filosa que se le estaba encajando en la espalda. Pero la piedra estaba demasiado lejos, junto al omóplato opuesto y no pudo alcanzarla. Con la otra mano podría haberla sacado fácilmente. Con la otra mano. Dejó la piedra en paz y retiró su brazo. Sólo restaba acostumbrarse a ese nuevo dolor que llegaba a confundirse con el de su mano rota y el de su frente abierta y todos los demás golpes y raspones de su cuerpo.

— Leobardo, escúchame. Por favor, escucha. Tienes que levantarte. Por favor, cariño. Tenemos que salir de aquí, tenemos que seguir adelante. ¿Me oyes Leobardo? No podemos quedarnos así. Tenemos que seguir adelante. Por favor, despierta. *Querida, querida Catalina*. Su esperanza era su fortaleza. A Leobardo le habría gustado que la esperanza fuera tan fácil de comunicar como lo es el odio o el miedo y bastara con gritar ¡adelante! como bastaba con gritar ¡cuidado! para que la gente reaccionara. Pero ella tenía razón. Sí, sí, tenían que seguir adelante. Siempre adelante pues no podían dar marcha atrás. No podían corregir lo andado y por eso tenían que seguir adelante, siempre adelante, sin que lo hecho o deshecho en el pasado los encadenara a una roca para torturarlos como a Prometeo. Tenían que seguir adelante, siempre adelante. Pero él ya no podía seguir caminando. Había caminado demasiado y estaba

cansado. Se sentía débil. Su único deseo era quedarse ahí tumbado, con ella a su lado para imaginar cómo le diría todas las cosas que nunca se atrevió a decirle y otras para las cuales nunca existió oportunidad correcta de ser mencionadas. Tan sólo quería estar con ella. Estar con ella. Como ella estaba allí tan cerca y él podía sentir los ligeros rumores de su cuerpo junto al suyo, su respiración acompasada, la sensibilidad de su piel... los suspiros entrecortados y el llanto contenido. La sentía tan llena de vida en esa situación ridícula en que se encontraban. Tan llena de vida, ella, ese fantasma que él pretendió conocer a fondo y del cual se burló y se enamoró y le regaló con una sonrisa tenue muy poco de todo lo que él era y podía ser. Ella estaba ahí, a su lado, y seguía sin saber cómo amarla. No lo sabía. No sabía si reírse o llorar, cantar, o soñar y jurarle que todo lo anterior a ese momento había sido falso, una mentira. No sabía como amarla pues nunca supo cómo unirse a ella; nunca supo qué debía decirle en su soledad, en su tristeza, en su desesperación. Poner nombres a sus sentimientos era lanzarlos a la aventura de un callejón sin salida donde corrían el riesgo de morir. Estaban juntos y él no sabía como decirle que la amaba. No bastaba ya con pronunciar sencillamente esas dos palabras, pues se habían convertido en una excusa para ordenar, cambiar... y destruir. La corrupción de esas dos palabras lo dejaba mudo mientras él buscaba con ansia otras para decirle cuánto la amaba y cuánto la necesitaba. No las tenía. Le faltaba el talento genial para crear una sola palabra cabalística que expresara todo y ella pudiera entender en todo su significado sin hacerla recelar, sin hacerla dudar de su honestidad; una palabra mágica para convencerla de su enorme pasión por ella; una palabra que al ser pronunciada le permitiera desahogar su llanto de hombre en su regazo de mujer y

compartir su risa con su alegría. Estar con ella. Eso, tan simple y tan difícil, fue lo que él buscó en su huida desesperada por medio mundo. Estar con ella, tocar su piel, besar su pelo, acariciar su cuerpo... eso era todo. Bastaba con eso para aplacar su angustia, su soledad. Estar con ella.

¡Qué difícil era comprenderlo y aceptarlo cuando ya era demasiado tarde! Lo había empezado a adivinar accidentalmente unas horas antes, cuando los cuatro llegaron a las grutas bajo un sol brillante y cegador que desmentía la lluvia en la carretera. Estacionaron el auto al lado de un camión escolar y entre el acoso de los vendedores ambulantes caminaron hasta el edificio donde se pagaba la entrada a las cuevas.

Allí se reunieron con un grupo de excursionistas a medio vestir para esperar al guía que les mostraría el camino al corazón de la montaña. Con ellos se agruparon frente a la escalinata de la entrada a las grutas y fue ahí que Leobardo se fijó en las caras frescas y juveniles de los excursionistas, cuyos trajes de baño húmedos revelaban que regresaban de nadar en algún río cercano: vio sus sonrisas francas, llenas de gozo; vio a los muchachos fumando como él cigarrillos ácidos mientras bromeaban entre ellos y se reían sin hipocresías del aspecto ofrecido por sus novias: olió las lociones dulzonas de las mujeres, el sudor de sus cuerpos alegres y excitados, sus cabelleras negras humedecidas con agua clorificada, el amor que escurría por sus cuerpos pequeños... y la miró a ella.

A Catalina.

Ella sonrió contenta e impaciente y él vio su verdadera cara, esa cara anhelada en secreto tantas veces

pero que no había podido señalar, describir o especificar sin titubeos. Al verla así se estremeció al descubrir que su amor por ella no había desaparecido. Todo el tiempo había estado ahí, latente y dormido, pero sin disminuir ni modificarse. Fue en ese momento preciso cuando él supo con toda certeza que solo amándola podría mantener la ilusión de encontrar paz algún día, pues sólo estando a su lado podría encontrar algo parecido a la salvación.

Trató de sonreír en su dolor al pensar de nuevo que se había dado cuenta un poco tarde, *verdad Catalina?* Tarde para él pues estaba seguro que ella sobreviviría. Ya había sobrevivido antes y tenía la fortaleza para hacerlo de nuevo. Lo haría, sí, sí lo haría. Y él viviría en su memoria. Ella pensaría en él se dijo y se sintió reconfortado. ¿Cómo podría ella olvidar todo lo que fueron y todo lo que hicieron? Las caminatas emprendidas a lo largo de calles desiertas y mojadas se quedarían en su memoria aunque ella no quisiera aceptarlo. Y algunas veces, por la noche, ella habría de extrañar su cuerpo; su nostalgia confundiría las imágenes y las sensaciones de sus momentos juntos y llegaría a confundir la lluvia fresca que mojó alguna vez sus pieles con las caricias de la lengua de Leobardo recorriendo su piel cálida. Cuando esto sucediera ella fingiría no escuchar la voz de Leobardo pronunciando su nombre y se negaría a llorar al recordar su risa. Haría uso de esa terquedad y esa entereza característica pero pensaría en él. Y cuando lo hiciera los vellos de su nuca se erizarían y ella pensaría con susto que Leobardo había sido un espectro, un fantasma en busca de su cuerpo y de su alma. Para ella ese término tenía un significado muy claro, ¿verdad Catalina?

No en balde se había educado en colegios de monjas donde le enseñaron que el sufrimiento del cuerpo enaltece la calidad de su alma. Cuando él la conoció ella le dio la impresión de ser casi una novicia; sentía como ellas angustia por la existencia de la carne y el deseo y pretendía ocultar su cuerpo, su angustia y su deseo bajo una sábana blanca, como ellas lo hacían al bañarse. Su boca era torpe y temerosa, la impaciencia de Leobardo mucha, pero con su inocencia ella la ignoró y declaró sentir algo bellissimo cuando él la besó bajo las ramas frondosas de un ahuehuete atrás del cual se escondieron de las miradas indiscretas. Él se enamoraba de ella sin darse cuenta. Leobardo recordó con ternura que al principio, cuando él la acariciaba ella contenía su respiración agitada para no delatarse ante él, para no mostrar el deseo creado por los labios y las caricias de Leobardo. El se burlaba de su inexperiencia y su candor y ella procuraba abrazarlo y acariciarlo y besarlo para callar así su boca juguetona y disimular al mismo tiempo el bochorno que cosquilleaba en su sangre. Luego se ponía seria.

Escuchaba con ojos muy abiertos todo lo que él decía, asintiendo igual que como sin duda asintiera a los dictados de las monjas de la escuela. Leobardo le hablaba tanto y de tantas cosas porque deseaba transformarla en mujer, pero para lograrlo se empeñaba en localizar la causa de esa congoja pasajera que ensombrecía ocasionalmente los ojos y la sonrisa de Catalina; había que ahuyentar de su ser cualquiera que fuera el motivo de su tristeza y dolor fugaz para que nunca dejara de sonreír con esa sonrisa alegre y contagiosa. Y para eso tenía que empezar por enseñarle a perder el miedo, el pavor experimentado cuando se trataba de su propio cuerpo. Un día le preguntó cuántas veces ella había visto y examinado su cuerpo desnudo

frente a un espejo y la perplejidad demostrada por Catalina lo hizo reír, pues ella intentó en vano mencionar una sola ocasión en que lo hubiera hecho.

—Todavía no te atreves, ¿verdad? —dijo débilmente Leobardo.

—¿Qué dijiste?—

Muchas veces tuvo que luchar contra la timidez de Catalina y suplicando, regañando o exigiendo la obligaba a hablar con él libremente. El quería saber todo; desde sus pensamientos, deseos y sentimientos, sin silencios ni mentiras, hasta esos secretos tan íntimos que Catalina no arriesgaba a confesar ni al cura. Y logró que poco a poco ella le contara algunos de sus miedos, todas sus alegrías, la mayoría de sus esperanzas y unas pocas de sus pesadillas pero ella ocultó hasta el final la causa de su sufrimiento.

Un día ella le regaló un cuadro. Era una pintura de hombres sin rostro laborando en la construcción de una pirámide para llegar al sol y ella lo apreciaba mucho pues era el primer cuadro pintado por ella cuando niña. Se lo regaló a Leobardo con una mirada de ternura infinita, diciéndole que necesitaba darle algo muy suyo para que nunca la olvidara. Parecía sospechar la inminente separación y al regalarle el cuadro fue como si ella quisiera establecer una línea invisible entre ellos, una cuerda de unión que ninguna distancia pudiera romper. Su dibujo se convertiría en el equivalente a su cuerpo y por medio de él besaría a Leobardo eternamente con una pasión agitada y temblorosa, como la demostrada cuando él la besó en aquel portal de enormes puertas de encino tallado en el cual se refugiaron de la lluvia una tarde de agosto, *recuerdas Catalina?* Para entonces ella ya no deseaba más que escucharlo decir dos palabras: te amo. Y ponía

trampas en sus preguntas para obligarlo a confesar, pero él se escabullía hábilmente y siempre se negó a decirle que la amaba. Se negaba en parte porque no estaba seguro de hacerlo y en parte porque pronunciar un te quiero era demasiado fácil. El amor, pensaba, era algo superior a las palabras. Además no quería comprometer a ciegas su condición de hombre libre y se detenía, se detenía, pensaba que no era suficiente el cariño de Catalina —como si el amor necesitara de otras cosas para probar su valor— y que al entregar su corazón arriesgaba amarrarse a un sentimiento tan intenso que podría destruirlo. Por eso, para saberse seguro, pedía y pedía y nunca daba nada en retorno y cuando ella le preguntaba coqueta por qué razón él deseaba estar con ella, Leobardo se reía nervioso sin atinar a responder. Se limitaba a decirle al oído, con palabras suaves, que estaba fascinado por su belleza inexplicable. Inexplicable no porque fuera difícil describirla físicamente, no. Su pelo tenía el color intenso y lustroso de una orquídea negra michoacana y era largo y exuberante como una cascada de noche oscura, sin estrellas ni luna. Su piel lo hacía pensar en la madera de los cedros recién derribados, olorosa a una esencia matizada por el tiempo, el viento y la lluvia; o lo hacía pensar en el color de las hojas doradas de los bosques, cuando en otoño comienzan a caer y en ellas se reflejan los rayos del sol al amanecer. Sus ojos eran grandes y profundos, como el universo mismo y poseían en su negrura luminosa el poder frío de la soberbia, pero eran endulzados por una chispa de pasión insondable que se adivinaba en su mirada a cada momento. Su nariz era delgada, larga y elegantemente aguileña, pero en lugar de romper el equilibrio de sus facciones le otorgaba a su sonrisa un contrapunto que formaba una atracción tan fuerte e irresistible como el deseo en una tarde calurosa

de verano. Su boca era grande, si y carnosa y en el labio inferior tenía una cicatriz sin nombre que siempre hizo a Leobardo pensar que había sido hecha a mordiscos traviosos en un instante de pasión desenfrenada.

Pero no era por eso que la belleza de Catalina permanecía inexplicable, no. Lo era por la emoción desbordada en el contraste de su piel de cedro con su pelo de noche y sus ojos de universo. Lo era porque en su combinación mágica las tres partes creaban un todo completamente único y diferente a la suma de las secciones. Lo era porque a pesar de la inquietud provocada por su hermosura ella inspiraba confianza inmediata en donde otra con sus mismos atributos quizá habría inspirado antipatía; intimidad, sensualidad y quietud, en lugar de provocar solamente el asombro desapegado que creaba en una obra de arte cuya técnica y ejecución fueran excelentes, pero vacía de emoción. Era inexplicable porque el total de la mezcla contenía la simpatía, el candor y la frescura de una inocencia capaz de contemplar sin dudas al futuro, además de la serenidad, la ironía y un ligero cinismo que era el sobrante de una vida agitada y rancia, una vida que llegaba a cierto punto sin poder mantener ninguna ilusión.

Era inexplicable porque todo eso era verdad, pero siempre una verdad a medias, como la vida. Lo era porque por muchas verdades acumuladas una sobre la otra él nunca lograría moldearlas en una sola que expresara fielmente la belleza de Catalina en toda su magnitud compleja e inacabable.

Había otra razón para callar. Aunque él se reía enternecido del candor de Catalina, se asombraba en secreto por la fuerza de la pasión que ese candor hacía crecer en él. Lo hacía sentir sabio, poderoso, gigantesco.

Al mismo tiempo el cuerpo de Catalina —que fue lo primero en atraer a Leobardo pues él no vio su sonrisa y no podía saber de su bondad, ni de su orgullo y tampoco de su dolor— lo iba empujando a la locura. Y cuando él la estrechaba en sus brazos lo hacía con una energía enorme que cimbraba al mundo y reducía a la vida y al cosmos a un pequeño centro de poder, ardiente y voraz, en el cual Leobardo era apremiado a hundirse y extraviarse, a perder la razón y dejarse guiar como un cordero a donde fuera con tal de probar ese dulce divino, ese almíbar de olores suaves, embriagadores. Iría a la piedra de sacrificios si era necesario.

Le daba miedo esa pasión. Por eso procuraba acariciar a Catalina con delicadeza, como si fuera una timidez igual a la de ella. Pero en el fondo él tenía miedo de perder el control, de ceñirla con demasiado vigor y abandonarse a la locura de ese deseo apabullante. Y ella tan enamorada. Y ella tan ciega a la desesperación de Leobardo. Era debido a ese miedo que él posponía decirle esas palabras y era por eso que él postergaba su respuesta a los llamados del cuerpo de Catalina. Se rehusaba a tomar la decisión y al hacerlo aceptar también la responsabilidad deslumbrante de amarla. Pero tampoco podía hacer lo contrario; era incapaz de alejarse de ella, de darle la espalda y confundirse entre los seres ambulantes, incógnitos, de la ciudad. Con todo, llegó el momento en que fue imposible resistir por más tiempo lo que se agigantaba inexorable entre ellos. Y la misma tarde en que ella le regaló su cuadro, cuando llegaron al cuarto de Leobardo dejaron a sus cuerpos completar sin muchas palabras, sin prisa y sin promesas falsas, lo que ambos habían reprimido por tanto tiempo. Al entrar en ella, al poseerla, Leobardo soltó por primera vez las riendas y sin darse cuenta aflojó las cadenas que lo ataban desde

el día mismo de su nacimiento. La amó, oh, en verdad la amó. La amó más que al universo, al sol o la luna y más que a la vida misma; la amó más allá de todas las cosas conocidas y por conocer; la amó sin medida, más que al pasado y más que al futuro. La amó más que a la gloria y más que a Dios. Más, mucho más. Así la amó.

Y al terminar, en ese momento vulnerable que parece producirse siempre entre dos cuerpos después de entregarse, ella escondió su cara sonrojada en el pecho de Leobardo para evitar que él contemplara sus ojos llorosos.

Se aferró al cuerpo desnudo de Leobardo para acercarlo al de ella y prolongar el contacto de sus pieles sudorosas, cálidas. El cuerpo de Catalina parecía querer fundirse al de él como si temiera quedarse sola de nuevo después de la intrusión de Leobardo en ella. Y en ese abrazo apremiante ella comenzó a llorar en silencio.

Luego de un rato empezó a hablar con lentitud, titubeante, sin saber qué clase de efecto tendrían sus palabras en Leobardo. Por un segundo él creyó feliz que ella iba a hablar acerca de ellos, de su amor ya completo, pero la voz de Catalina a veces entrecortada, a veces sardónica, siempre furiosa, lo sacó del error. Ella escupía las palabras como si quisiera tirar con ellas un bocado pesado que estuviera atorado en su garganta, como si sus recuerdos estuviesen vivos y la persiguieran intentando ahogarla.

De esa manera Catalina fue dibujando la silueta sin muchos detalles de una vida que Leobardo ignoraba y al escucharla él comprendió su error: Catalina no era lo que él creía, lo que él creyó con una certeza incuestionable; se dio cuenta apesadumbrado que su Catalina no existía pues ella no era otra cosa que un fragmento de su imaginación.

Ella comenzó por contarle acerca de su infancia transcurrida en una población llamada Costa Vieja, cuyas extensas playas solitarias eran bañadas por las olas verdes del Océano Pacífico. Habló acerca de la casa de madera pintada de blanco en donde ella creció en compañía y al cuidado de una tía lejana, llamada Olivia, quien fue la única que se ofreció a hacerse cargo de ella cuando los padres de Catalina murieron en un choque de autobuses que ocurrió cuando ellos se dirigían a la ciudad de México.

Le contó acerca de su niñez fugaz, pero muy querida pues ella la recordaba como un eterno correr descalza contra el viento que desmenuzaba la arena blanca y fina como talco de la ribera; y le contó de su adolescencia, cuando ella aprendió a pescar desde la playa usando hilo y anzuelo. Era una playa extensa en forma de cuernos de toro y por su posición el sol parecía salir en un extremo y ocultarse por el otro, donde se encontraba el pueblo en lo alto de una colina que dominaba la playa entera y a la selva y al río del otro lado de la franja color vainilla que dividía al mar de la tierra. Fue en esa misma playa en donde aprendió que los cangrejos podían ser adiestrados en ciertas cosas — como a quedarse quietos mientras ella los acariciaba— y en la cual se enamoró de un pelicano gris, viejo y herido que encontró una mañana tirado por la costa. Cuando ella lo vio desde lejos bajo el sol rojo del amanecer, la resaca y las olas jugueteaban con el cuerpo maltrecho del ave. Corrió hasta el pelicano y al encontrarlo aún con vida la recogió entre sus brazos y sin pensarlo dos veces corrió de regreso a su casa, donde lo curó. Lo llamo Tzitzu. El pelicano no se repuso del todo, pero gracias a los cuidados comedidos de Catalina vivió tres meses más y ella lloró por otros tres cuando finalmente Tzitzu murió una tarde de ventarrón.

Fue por esas fechas que el cuerpo de Catalina, de nalgas fuertes y senos dignos e indomables, principió a atraer las miradas acariciantes de los hombres del poblado. Entre esas miradas, la más insistente y codiciosa era la de Mateo Peñaraja, quien era el dueño del mejor hotel y comedor de los tres que había en Costa Vieja. El suyo era un edificio de dos pisos en forma de casco de hacienda y tenía un patio interior lleno de palmeras y naranjales, como todas las casas del pueblo. Lo que diferenciaba a su hotel era que Mateo había mandado traer alfombra de la capital para cubrir el mosaico original de los cuartos, pues a él le parecía horrible y provincial; quitó los ventiladores de aspa y puso máquinas de aire acondicionado; mandó instalar televisores de color aunque sólo se recibía un canal en Costa Vieja; y les puso teléfono a pesar de que aún no había líneas en el pueblo. Mateo Peñaraja era un hombre de mediana edad, viudo, seco en su trato y bastante egoísta. No obstante, tenía amplia fama de seriedad en sus tratos. Había hecho algún dinero trabajando por siete años como bracero en California y con todos sus ahorros compró la vieja hacienda y la remodeló al estilo norteamericano cuando regresó a Costa Vieja. (Leobardo escuchaba a Catalina y se imaginó a Mateo como un hombre de baja estatura, pasado de peso y de ceño fruncido, pero Catalina lo corrigió y le dijo que Mateo no era así).

Mateo era muy respetado por todos los habitantes de Costa Vieja debido a que él amaba a su pueblo por sobre todas las cosas. A diario se le podía oír hablando con sus clientes del comedor, prometiendo como hacía siempre que el día menos pensado el mundo entero descubriría la belleza arrebatadora de Costa Vieja y entonces, decía, el turismo internacional convertiría al pueblo en otra leyenda como lo eran Acapulco, Puerto

Vallarta, Cancún, Manzanillo o Playa del Ángel y llenaría de negocios y de dinero a todos los habitantes de Costa Vieja. Y con esa convicción inquebrantable Mateo se preparaba para lo que consideraba la ya inevitable y próxima invasión de visitantes; gastaba hasta el último centavo de sus exiguas ganancias en ampliar el hotel y en mejorar la calidad de las instalaciones de su comedor.

Todo el día se le podía ver yendo de un lado a otro ya fuera pintando y repintando con cal las manchas de humedad marina que aparecían en las paredes del edificio, o ya fuera plantando rosales que nunca se daban a pesar de ser sembrados en hoyos rellenos con tierra especialmente fértil. También se le podía ver poniendo conexiones nuevas para la luz en el patio o en un cuarto, o enterrando extensiones para la cafetería de la cocina, o haciendo caminitos de cemento por el jardín, o cocinando la comida que él mismo servía a los comensales... él hacía todo personalmente por dos razones: una, por su negativa a contratar a un solo empleado mientras no comenzaran a llegar los turistas en masa. La otra era que deseaba demostrar que no necesitaba de nadie. Principalmente quería probárselo a Pánfilo, su hermano menor. El muchacho se negaba a trabajar con Mateo y prefería laborar de mesero en una cafetería de los portales rosados en Morelia para así continuar con sus estudios de medicina que estaba realizando en la universidad estatal pues, como Mateo decía burlón, Pánfilo creía más importante el conocimiento que el dinero y por eso antepone la barrera de sus libros a los sueños tentadores de su hermano mayor.

Ante las críticas de Mateo, Pánfilo se encogía de hombros y respondía que él nada más deseaba

terminar su carrera y no quería tener problemas con nadie. (Leobardo se lo imaginó alto, pálido y delgado, pero Catalina le dijo que no importaba cuál era la fisonomía de Pánfilo). Lo importante para ella era que cada semana Pánfilo regresaba al pueblo costeño y llegaba siempre cargando un ramillete de flores para ella. Las entregaba haciendo una reverencia ridícula y con una sonrisa dulce en la boca, que a ella le hacía reír. Los dos habían crecido juntos, estudiando en la misma escuela religiosa, la única en el pueblo, hasta que comenzó a viajar a otras poblaciones cercanas y mayores donde le fue posible continuar con su educación. Pero antes de irse, él tuvo tiempo de sobra para enseñar a Catalina a nadar, a subir a las palmeras y robarles sus cocos y a cortarlos con el machete; le enseñó a atrapar iguanas o pericos multicolores a los que enseñaban a gritar palabras inexistentes, como capieh fi o tinmalin, que para ellos tenían significados especiales.

Después él partió, pero la distancia no afectó la amistad y cuando regresaba los fines de semana los dos pasaban las tardes tendidos en las hamacas colgadas en el portal de la casa de Catalina, donde podían ser vigilados discretamente por la tía Olivia, quien casi sorda y reumática no salía de la casa para nada, pero le gustaba sentarse junto a la ventana abierta. Ahí pasaba las horas haciendo tejido de punto mientras captaba cualquier cosa fresca que viniera de fuera.

Pánfilo y Catalina ignoraban a la tía mientras platicaban en voz baja, tan suave como la brisa y él le contaba a ella acerca de sus lecturas, sobre todo de esas que lo impresionaban: acerca de cosas políticas que ella no entendía y acerca de los planes que Pánfilo soñaba realizar cuando terminara su carrera. Primero, decía, pondría un consultorio donde curaría a todos los

enfermos de Costa Vieja y sus alrededores. Luego haría intensas campañas sanitarias para erradicar todas las enfermedades de contagio que abundaban en la zona de la sierra y finalmente formaría grupos de voluntarios para enseñar a los niños, desde muy pequeños, la forma como podían tener un cuerpo sano y como podrían mantenerlo así evitando muchas enfermedades cuya existencia en el mundo moderno era inexcusable.

Sin embargo a veces Pánfilo llegaba tan cansado y tan deprimido que las palabras se le enredaban y sus sueños se oían como pesadillas oscuras en las que todo su castillo se derrumbaba debido a que él no podría hacer nada para evitar las peores enfermedades de la sierra: la miseria y la ignorancia. Y en esos días tristes Pánfilo se acurrucaba en la hamaca, cerraba los ojos y se abandonaba a los cuidados y mimos de Catalina, de quien parecía depender completamente. Ella procuraba comunicarle su alegría, hacerlo sonreír de nuevo, inyectarle energía en su cuerpo a base de acariciar el pelo ensortijado del muchacho, de jalárselo, de bromear con él. Entonces, de repente y sin mayor trámite las ideas renacían y Pánfilo se iba incorporando en su hamaca mientras hablaba cada vez más entusiasmado.

—Educación es lo que el pueblo necesita, jeso es! Por ahí debo comenzar —decía Pánfilo recuperando sus sueños y ella aplaudía como niña en el circo, feliz al contemplar el cambio y sintiéndose orgullosa y ambos brincaban y reían y salían a correr descalzos por la playa.

—Babosadas —decía Mateo cuando llegaba a visitar a Catalina los lunes por la tarde —la educación no se come. Lo que necesita el pueblo es ponerse a trabajar. No hay de otra.

Cuando ella había cumplido los quince años Mateo fue a hablar con la tía Olivia para declararse pretendiente formal de Catalina y a partir de entonces él la visitaba todas las tardes de lunes a viernes y de cinco a siete, que eran las horas más flojas del negocio. Nunca se aparecía por ahí los sábados ni los domingos, días de visita de Pánfilo, pero los lunes llegaba impaciente a interrogar a fondo a Catalina para saber de que cosas platicaba su hermano con ella. La interrogación era hábil y paciente, tejida de tal forma que ella nunca sospechó nada malo al responder las preguntas de Mateo, quien invariablemente se oponía a las ideas expresadas por su hermano. Pánfilo, por su parte, prefería no hablar de Mateo. Los dos hermanos parecían estar profundamente enamorados de Catalina y ambos la cortejaban con la misma intensidad y con la misma persistencia tenaz, en una batalla callada y cortante en la que ninguno de los dos se daba por vencido. Catalina iba de uno al otro sin poder decidirse por ninguno de los dos, pero sintiéndose halagada por tanta atención y sin imaginar las terribles consecuencias de sus actos les permitió a los dos creer que ella los amaba.

De esta forma el galanteo doble continuó a lo largo de un año y no hubiera variado a no ser porque Mateo llegó una tarde mas temprano que de costumbre. Iba vestido en forma arrogante.

—Ya esperé bastante —dijo y de inmediato pidió a Catalina en matrimonio. Tuvo que gritar para ser oído por la tía. Catalina, mareada por lo brusco e intempestivo del anuncio, aceptó casi sin darse cuenta y Mateo se fue con los ojos muy abiertos y una sonrisa nerviosa.

Eso fue un viernes.

Al día siguiente llegó Pánfilo y Catalina no se atrevió a decirle nada de su compromiso con Mateo pues al verlo llegar con su ramo de flores y su sonrisa dulce ella se dio cuenta de repente que no quería perder a Pánfilo y su trato amable y divertido. Distráida por su descubrimiento dejó que él la besara y la acariciara como nunca antes se lo había permitido y luego, cuando Pánfilo le propuso huir con él y marcharse a Morelia, donde podrían casarse sin problemas, ella dio una respuesta aturdida pues no podía pensar con claridad debido al deseo que las caricias de Pánfilo habían despertado en ella. Él interpretó esa respuesta como mejor le convenía y al momento se despidió.

—Mañana vengo por ti a esta hora —prometió y se fue con la mirada airosa, brillante y caminando aprisa. Catalina habría de recordar esas veinticuatro horas de espera todo el resto de su vida. Cuando Pánfilo se marchó ella se metió temblando a la cama y trató de pensar serenamente, pero toda su esfuerzo sirvió para nada y la noche entera fue una pesadilla continua que se prolongó hasta que el cielo clareó y el sol trajo consigo nuevas dudas, aturdimientos empañados y llantos espontáneos a escondidas de la tía, a quien Catalina logró ocultar todo. Fingió comer, pero lo único que ansiaba era desaparecer de allí y no regresar nunca más. Era como si su mente y su voluntad hubiesen sido calcinadas por el fuego que había corrido por su sangre la noche anterior y antes de poder tomar una decisión en concreto oscureció de nuevo. Pánfilo llegó a la casa manejando una camioneta de carga que un amigo le había prestado para facilitar la huida. Catalina salió a recibirlo sollozando.

—¿Qué sucede? —preguntó Pánfilo.

—Nada, es que... no estoy lista, hay cosas, hay muchas cosas de las que necesitamos hablar y yo...

Pánfilo se acercó y besó la frente de Catalina.

—Todo va salir bien. Te lo juro.

Ella lo empujó con violencia y se fue a sentar a una hamaca donde comenzó a llorar con más fuerza. Pánfilo la siguió y sin dejar de acariciarle el pelo y besarle las manos le pidió cuarenta veces que dejara de llorar, que ya no sintiera miedo, que confiara en él y en su amor.

—Es que no me entiendes, no es eso, no es eso —respondía Catalina.

—Entonces ¿qué es? —preguntó finalmente Pánfilo. Entre sus accesos de llanto incontrolable ella trató de explicar pero en ese momento, inesperadamente, llegó Mateo y se plantó frente a ellos en forma súbita. Se había aproximado a la casa con la agilidad de una víbora pero su presencia tuvo el efecto de un toro enloquecido que salta a la arena cuando el torero está de espaldas. Catalina reprimió un grito y se quedó sin respiración cuando reconoció la sombra que los miraba fijamente desde los escalones de madera del portal.

Pánfilo volteó incorporándose y Catalina los vio reaccionar como si hubiesen sido enemigos toda su vida.

Los dos hermanos se midieron con la tensión y la rabia de coyotes furiosos frente a un trozo de comida y en sus ojos ella adivinó aterrada el reflejo del odio.

—Luis Mejía es muy bocón —dijo Mateo enigmático en voz curiosamente baja, esforzada y Catalina supo que él había estado bebiendo. Eso la

asustó aún más pues nunca lo había visto así. Después de una pausa, Mateo continuó

—Anda diciendo que te prestó la camioneta porque vas a robarte a una mujer.

—Dijo la verdad.

—Así que quieres mujer. Eso esta bueno. Pero Luis Mejía también anda diciendo que la mujer que quieres robarte es la mía.

—No es tuya. Catalina se va conmigo — respondió Pánfilo afirmando su quijada hacía adelante.

—¡Ah, caramba! Ya te sientes hombre suficiente para pelear conmigo. Vaya pues, ahora si estamos mejor. Primero quieres traicionar a tu hermano. Y ahora quieres matarlo. Porque nomás matándome te la vas a llevar. Andas muy querendoso chamaco —Mateo aprecia respirar con dificultad, como si tuviera las fosas nasales tapadas y Catalina podía escuchar el paso del aire cuando Mateo aspiraba y exhalaba. También lo veía parpadear con pesadez sus ojos bovinos inyectados de sangre. Catalina hecho a temblar en su hamaca sin atreverse a decir nada.

—Yo no quiero matarte. Eres mi hermano. Pero ahora soy un hombre y más vale que no intentes detenerme.

—¿Un hombre? ¡Ja! Un hombre no tiene por qué huir como ladrón, ni tiene que andar escondiendo lo que hace. Como tú. Tú no eres un hombre. Tú eres un escuincle pendejo que se siente muy macho de repente. Sí, vas a salir de aquí, pero pasando sobre, ¡hic!, mi, ¡hic! ¡hic!

Mateo fue interrumpido por un ataque de hipo que llegó cuando él agitaba las manos torpemente frente

a su cara y Catalina, en su llanto, casi se rie al pensar que Mateo parecía estar espantando moscas. Luego, eso la hizo sentirse más enferma. Mateo se recuperó.

—Tú no eres hombre, porque no sabes lo que es adorar a una mujer —dijo en voz aún más baja, como queriendo no decirlo.

Catalina tuvo deseos de gritar y callarlos y preguntarles si acaso no les interesaba saber a quien de los dos prefería ella, pero se asustó y calló pues de inmediato se dio cuenta que ella misma tendría que responder a su propia pregunta.

Como si hubiera adivinado el pensamiento de Catalina, Pánfilo la señaló sin voltear a verla.

—¿Y ella? —preguntó revelando cierta tristeza en la voz.

—¿Ella? Ella no sabe lo que quiere. Ella nomás sabe de pantalones. Eso sí que le gusta. Le gustan los pantalones de hombre —dijo Mateo con una sonrisa boba.

—¿Si? Pues en ese caso ella ya sabe de los míos —dijo Pánfilo con veneno en la voz. Mateo volteó a ver a Catalina y ella lo vio enconcharse adolorido por las sospechas que cruzaron como agujas por su cerebro. Por un momento Mateo se tambaleó tanto que pareció caer. Buscó el apoyo de la baranda de madera, se compuso y enderezó la espalda. Catalina quiso gritar que no era cierto, que eran puras mentiras lo que él pensó, pero en ese momento la puerta de la casa se abrió y salió la tía Olivia, quien había estado en la cocina horneando, un pastel. Como estaba casi sorda no se había enterado de nada y muy contenta saludó los hermanos. Les dijo del pastel que estaba a punto de

poder servirse y les dio a escoger entre café con leche o atole de vainilla para acompañarlo.

—Nada, señora, nada —dijo Mateo con brusquedad.

—¿Con nata? Bueno. Y para usted Pánfilo, ¿igual?—Pánfilo asintió

—Bueno, ahorita vengo —dijo la tía y se regresó a su cocina. Catalina comenzó a reír suavemente y luego siguió llorando sin hacer ruido. No quería ni respirar. Estaba terriblemente avergonzada y no podía decir nada pues no sabía qué decir, no sabía cómo deshacer el lío ni cómo detener a los hermanos y hubiera deseado mejor morir que soportar el verlos peleando por ella.

—Maldita sea, nunca me imaginé que tú también la querías tanto como yo. Carajo, Mateo, somos hermanos —dijo, Pánfilo en tono conciliador.

—No mientas. Tú lo sabías. Te subiste al toro, ¿no? Ora te aguantas los reparos – respondió Mateo con toda la furia que había logrado contener hasta ese momento. Su cuerpo se tensó y pareció arrojar sobre su hermano, pero en lugar de hacer eso se dirigió al interior de la casa y fue derecho a la vitrina del comedor, donde la tía Olivia guardaba una botella de comiteco que ella bebía a sorbitos pues decía que era bueno para aliviarle los dolores de la reuma en días de temporal.

Mateo agarró la botella, vio a contraluz su contenido y con dificultad desenroscó el tapón. Se sirvió medio vaso. Volteó a ver a Pánfilo y Catalina, quienes lo miraban desde la puerta, dijo salud y bebió el líquido dulce de un trago

Luego miró el fondo del vaso vacío por largo rato.

—Hermanos, dices. Si, somos hermanos. Y yo tampoco quiero matarte. Pero a ella no te la llevas —dijo con la voz, baja de nuevo, sin dejar de mirar el vaso. Luego lo aventó al aire, lo pescó al caer y se sirvió más comiteco.

Pánfilo no respondió. Se acercó a la vitrina, agarró la botella y se llenaba un vaso cuando la tía Olivia salió de la cocina con una bandeja con cuatro tazas. Al ver a los hermanos dentro de la casa se detuvo desconcertada.

—¿Ah! ¿Vamos a brindar? Bueno. Ahoritita les traigo el pastelito, ¿eh? Todavía no está, pero no se tarda ni cinco minutos —dijo y se metió de nuevo a la cocina.

Mateo y Pánfilo siguieron bebiendo al parejo, de prisa. Parecía como si ambos quisieran demostrar al otro que sentían el mismo furor, el mismo dolor, pero tenían más fuerza, mejor carne y huesos más gruesos.

—Si, somos hermanos —repitió Mateo—. Pero eso no te quita lo cobarde y rastrero— dijo con sequedad mirando de frente a Pánfilo, quien recibió el insulto y se tambaleó a su vez. Catalina lo vio palidecer y vio como los nudillos de la mano que sostenía el vaso se le ponían blancos.

—Pues ya sabes. Nomás hay una forma de saber al cobarde del valiente —respondió en un susurro metálico.

—¿Y qué gano rompiéndote la cara? No. Luego tendría que matarte por pura desconfianza —dijo Mateo y los dos permanecieron callados por un rato. De

repente Mateo soltó una risita traviesa. Pero si te sientes tan hombre...

—¿Qué?

—Vamos al Salto del Ciego.

Pánfilo no dijo nada por varios minutos, como si no entendiera. Nerviosamente caminó por el cuarto hasta detenerse junto al sillón donde Catalina se había sentado y en el cual trataba de empequeñecerse para que los hermanos no repararan en ella.

Pánfilo le acarició el pelo. Ella cerró los ojos y agachó la cabeza.

¿Y luego qué? —preguntó Pánfilo.

—Si lo hacemos juntos, nomás habrá lugar para uno allá abajo. Mateo volvió a reírse, pero ahora como si lo que decía fuera una trastada de niños. Pánfilo miró de reojo a Catalina, regresó a la vitrina donde Mateo se recargaba indolente y se sirvió el resto del comiteco.

Lo bebió lentamente, como pensando la proposición de su hermano y luego puso el vaso de regreso en la vitrina.

—Vamos pues —dijo en tono cansado, pero resuelto.

Mateo, quien lo observaba atento, dejó su vaso junto al de Pánfilo. Su rostro estaba tranquilo y de su embriaguez no quedaba rastro. Por el contrario, a cada momento se veía más sobrio. Le ordenó a Catalina que los acompañara, pero cuando ella se negó a hacerlo, Mateo no se puso a discutir.

Agarró un puñado de cabellos de Catalina y la sacó a rastras de la casa.

Entre él y Pánfilo la subieron al cajón trasero de la camioneta de Luis Mejía y la amarraron de las manos a la rueda de repuesto. Ellos subieron al frente, con Pánfilo al volante. Partieron velozmente.

Como en una alucinación Catalina podía ver por el vidrio sucio a los dos hermanos hablando tranquilamente como si fueran a un día de campo y hasta hubo un momento en que Pánfilo, quien había permanecido serio, comenzó a reírse de algo dicho por Mateo, quien también se reía y fue en ese instante que Catalina sintió un pavor enorme.

Comenzó a patear el vidrio que los separaba, pero ellos no respondieron a los golpes y no voltearon siquiera a verla. Aterrorizada al sospechar lo que iba a suceder, gritó por ayuda pero nadie pareció escucharla.

La camioneta abandonó el pueblo.

Salió a la carretera costera y en un rato llegó a un recodo del litoral.

El recodo tenía la forma de una pequeña bahía y estaba como a diez kilómetros de Costa Vieja, oculta por una montaña y cientos de palmeras que tapaban el camino de terracería para llegar a la playa.

Pánfilo siguió el camino hasta el final, metió la camioneta directamente a la arena de la ensenada y siguió por ella hasta detenerse frente a una enorme formación rocosa que sobresalía donde terminaba la pequeña bahía.

El acantilado partía de la montaña, siendo parte integral de ella y continuaba como si fuera un ariete embistiendo mar adentro por unos veinte o treinta metros para luego acabar abrupto entre las olas. Esa parte asentada en el mar y que recibía de lleno el embate de las olas tenía toda la base rodeada de arrecifes cuyas

rocas eran filosas como cuchillas de carnicero y enmarañadas como nidos de gavilanes. Pero en esa cadena de escollos había una abertura, un eslabón perdido que dejaba un hueco de tres a cuatro metros de largo y cinco o seis metros de profundidad.

Ese era el Salto del Ciego. Allí era donde los bañistas aventureros de Costa Vieja probaban su valor saltando desde lo alto del cantil. O lo intentaban, pues el que se equivocaba del lugar preciso del salto o calculaba mal el clavado al hueco, terminaba ensartado o desmembrado por los bajos de coral. Los hermanos Peñaroja se bajaron en silencio de la camioneta y se alejaron unos metros de ella sin prestar atención a los ruegos y súplicas de Catalina.

—Párate aquí —ordenó Mateo a Pánfilo mientras él se hincaba para quitarse las agujetas de sus zapatos. Pánfilo obedeció. Se colocó al lado de Mateo y se quitó la camisa blanca que vestía. Luego pareció pensarlo mejor y se la puso de nuevo sin abotonarla. Mateo se incorporó y amarró la muñeca de Pánfilo a la suya propia. Primero usó una cinta y luego, encima de esa, la segunda. Así fue como quedaron unidos uno al otro.

Catalina los veía hacer sus preparativos terriblemente espantada, pero incapaz de hacer algo más que gritar. Y gritaba. Gritaba hasta desgarrarse la garganta. Pero en balde.

Ellos apretaron los nudos de la segunda agujeta. Ella forcejeaba con los nudos de la reata que la sujetaba a la rueda. Mateo sacó su navaja del estuche que llevaba colgando del cinturón y la abrió con un movimiento brusco.

Catalina comenzó a usar sus dientes en la reata.

Pánfilo jaló a Mateo por la muñeca y fue a buscar atrás del asiento de la cabina del vehículo hasta encontrar el machete platanero que Luis Mejía usaba para destajar cerdos. Los dos hermanos se colocaron frente a frente, con las manos unidas y cada uno empuñando sus respectivas armas con la mano contraria y ensayaron a cortar las cintas de los zapatos, pero no lo hicieron: únicamente querían comprobar que llegado el momento podrían hacerlo con plena libertad de movimiento.

El sobreviviente al salto dependería de su agilidad para que el muerto no lo arrastrara consigo al fondo del mar y esa era la verdadera importancia del ensayo; ambos necesitaban memorizar cada movimiento en su más mínimo detalle. Catalina seguía forcejeando cuando los vio alejarse hacía el acantilado bajo la luz de la luna en cuarto menguante que iluminaba apenas los cuerpos y las huellas de los pies sobre la arena humedecida por las olas.

Ella los siguió con la mirada, impotente y los vio subir por las rocas, los dos hermanos moviéndose al unísono y con un poco de torpeza; los vio averiguar el camino con los pies mientras se aferraban con las manos a las piedras salientes del acantilado y los vio ponerse de acuerdo para salvar un obstáculo particularmente difícil. Los vio detenerse frente a una enorme roca y ella intensificó su labor. Ligeramente a la derecha del cantil, al otro lado de la bahía, a la distancia, alcanzó a distinguir las luces de Costa Vieja. Cientos de focos brillantes en la oscuridad cubrían las laderas de las colinas sobre las cuales el pueblo de pescadores había sido construido, dándole un aspecto parecido al de la

isla de Janitzio en día de muertos, cuando los cirios colocados tejen una alfombra profunda y destellante en las cuevas del islote en el lago.

Frente a Catalina el mar suplía al coro fúnebre con un rítmico batir y romper contra las rocas y la playa de la bahía.

Y Catalina vio todo eso, pero cuando los hermanos reanudaron el ascenso ella ya no alcanzó a ver en su pavor que a lo lejos el océano estaba completamente tranquilo y en lugar de ser el mar hermético e irascible de costumbre parecía en cambio una apacible laguna en un día sin viento. Y no vio que en su superficie inalterada y serena se reflejaba sin distorsión alguna, brillante y blanca, la luna. La oscura claridad de la noche hacía que el océano perdiera sus cualidades misteriosas e insondables y se viera como un espejo, como un gigantesco espejo de obsidiana negra en el que se reflejaba la vida eterna del universo, con sus astros y sus galaxias en movimiento perpetuo. Catalina no vio esa vida y ese movimiento pues lo que sucedía en el acantilado era todo lo contrario; ahí todo se había detenido. Tezcatlipoca se había disfrazado de Eros para engañar a los hombres y hacerlos creer que no era muerte, sino vida, lo que en unos momentos rompería esa calmada superficie de mantos con bordados espléndidos que se extendían con lasitud y desinterés por todo el horizonte visible, desde el lugar donde dos hombres se encaraban a lo desconocido con la frente en alto.

Catalina no podía reparar en ese océano— espejo, ni en los trucos de los dioses, porque en sus incesantes forcejeos y mordiscos ella había logrado aflojar las cuerdas. Dos o tres jalones mas y soltó sus manos. Entonces brincó a la arena y la sintió tibia en sus

pies y corrió por ella hasta las rocas. Pero era demasiado tarde: Pánfilo y Mateo ya estaban en la cima y caminaban hacia el extremo final de los cantiles, buscando en el mar directamente abajo alguna serial que les permitiera descubrir dónde estaba el hueco entre los muros de coral.

Catalina los llamó, suplicándoles que regresaran, pero el viento marino se levantó en ese momento y ahogó su voz. Y fue ese mismo viento lo que agitó las ropas y los cabellos de los dos hermanos y los hizo verse a la lejanía pequeños y desprotegidos, como si fueran dos aves revoloteando en busca del albergue ofrecido por la montaña contra los huracanes. De pronto Pánfilo se detuvo y señaló hacia abajo, hacía un punto entre las rocas de la batiente. Mateo se asomó y pareció asentir. Los dos se vieron cara a cara por un instante eterno, se dieron un abrazo prolongado y luego se acercaron a la orilla del precipicio.

Ahí hicieron otra pausa infinita, inmortal.

Se volvieron a mirar y abrazar y de repente, al mismo tiempo, se hundieron en el vacío.

Catalina sintió que la arena se la tragaba, pero antes de perder el conocimiento ella creyó ver en el mar la imagen de los dos cuerpos cayendo hacia esa llanura escabrosa, móvil y acariciante que los esperaba con su suave fragor al pie del acantilado.

Catalina cayó en la arena. Cuando despertó estaba a punto de amanecer. Enloquecida se negó a ver el mar y corrió al pueblo para refugiarse en su casa, en su cuarto, donde se encerró sin escuchar los gritos de su tía Olivia.

De ahí se rehusó a salir por seis meses. Su tía le mentía cuando ella preguntaba en su delirio por

Pánfilo, por Mateo y Catalina se mentía a si misma en sus sueños inquietos, en los que se soltaba corriendo por la playa ardiente en busca de un pelícano viejo y bondadoso. Pretendía no saber y pretendía no recordar nada de esa noche. Perdió peso con rapidez. El doctor que llegó de otra ciudad cercana para examinarla no pudo localizar la causa de su debilidad, de sus fiebres constantes y sus desvanecimientos cada vez que intentaba salir de su cuarto.

Extrañado, el doctor la envió a Morelia primero y luego a la ciudad de México, donde le hicieron muchos exámenes sin resultados hasta que ella sola comenzó a sentirse mejor. Y aun así Catalina tardó varios años en recuperar algo parecido a la salud. Y fue allí en la capital, donde la conoció Leobardo.

Catalina estaba temblando severamente de pies a cabeza cuando terminó su historia y lloraba y gemía y Leobardo la miraba enojado. Era tanta su furia, que llegó al extremo de levantarse de la cama para observar mejor a Catalina sin tener que rendirse al impulso de abrazarla. Ella pareció no darse cuenta del abandono y siguió acurrucada, temblando entre las mantas, diminuta e indefensa como una recién nacida, pero a Leobardo no le importó nada. No le importó la fragilidad de Catalina, ni le importó tampoco la oleada de ternura que lo tambaleaba. Le importó sentirse defraudado y espantosamente solo. Sentía que ella le había mentido con su silencio anterior y si la miraba con aversión era porque de alguna forma él se odiaba a si mismo por amarla. Para él era como si ella hubiera asesinado a sangre fría y sin compasión a Mateo y a Pánfilo y por eso la miraba como si ella fuera un criminal ensangrentado que fingiera dolerse de sus acciones, como si ella estuviera mintiendo de nuevo, pero ahora

de otra forma, con lágrimas en lugar de besos, con llanto en lugar de silencio. Si él había tenido dudas a encadenarse a ese amor que sentía por ella, en ese instante se disiparon. De un jalón sacó a Catalina de la cama y le ordenó que se vistiera. Ella asintió en silencio. Con la mirada baja se vistió y salió del cuarto sin decir ya nada.

Leobardo vio la puerta cerrarse y el peso de su soledad corregida y aumentada resultó abrumador. Con rabia examinó su habitación pulgada a pulgada: miró la cama desvencijada que había sostenido números incógnitos de amantes en su colchón amarillento y sobre sus muelles vencidas pero que también los había cobijado a ellos dos y sintió asco. En la cabecera de madera alguno de los huéspedes anteriores de la pensión había pegado una calcomanía con el retrato del Che Guevara y la calcomanía había permanecido ahí como un Cristo de cabecera, sin que hubiera sido tocado por los sucesivos habitantes del mísero cuarto.

A un lado de la cama estaba el librero que Leobardo había construido con tres tablones de pino de segunda y seis tabiques de concreto prensado. Enfrente, la mesa burda y rota que cojeaba del lado derecho y cuyas uniones se estaban separando y acumulando polvo sin cesar. En el centro del techo deformado por la humedad que se colaba del cuarto de arriba, el único foco desnudo y amarillo, sin pantalla de protección. Junto a la puerta por la cual Catalina había penetrado en gloria y partido en desgracia estaba el ropero, un mueble barato de dos puertas. Una tenía un espejo de medio cuerpo empañado y astillado en las orillas; la otra tenía cerradura. Ahí dentro Leobardo guardaba sus amuletos de la suerte. A saber: una cadena de plata que fue el regalo de cumpleaños que su primera amante le dio; un

libro antológico de obras de teatro cuya primera de forros había sido autografiada por un famoso director de teatro español; una moneda japonesa con su correspondiente perforación al centro y... y ya.

Ni siquiera en amuletos de suerte podía él considerarse afortunado. Quedaban los libros acumulados devotamente en el librero junto a su cama, pero ellos solos no eran capaces de enaltecer las condiciones de su vida. Sus ojos volvieron a toparse con la cama revuelta, olorosa aún a Catalina.

Enardecido, tomó una navaja y rasgó el colchón hasta que no sobraron mas que trizas desperdigadas por toda la habitación.

Se tardó un mes en conseguir los papeles necesarios y en recaudar todo el dinero que sus amigos y familiares pudieron prestarle. Después, Leobardo comenzó su huida. Porque había sido eso: una huida, pensó al mismo tiempo que metía otra vez su mano sana bajo su cuerpo para tratar de sacar la piedra que molestaba su espalda. De nuevo falló, pero en ésta ocasión recurrió a otro movimiento más simple. Con los tacones de sus zapatos arrastró su cuerpo hacía adelante centímetro a centímetro hasta que liberó a su espalda adolorida. El terreno seguía siendo bastante irregular en el lugar donde finalmente se detuvo, pero por lo menos ya no tenía los picos ni las puntas de un momento antes.

Si, una huida. Como el acto de quitarse el dolor de la espalda, pero con una diferencia: el otro dolor no se fue ni desapareció por mucho que quitara el cuerpo o lo moviera de lado a lado, de país en país y de un continente a otro.

Al contrario. Pareció crecer incontenible desde esa tarde en que Catalina cerró tras ella la puerta del

cuarto en la pensión. Tampoco habían disminuido ni la soledad ni esa lejanía tan definitiva sentida por primera vez cuando Catalina hablaba con voz apenas audible de los hermanos Peñaroja, enroscando el cuerpo desprotegido entre las mantas.

Desde entonces esa soledad infinita y ese abandono atroz estuvieron con él persiguiéndolo como una pesadilla indiscernible de la realidad. Por eso la importancia de su descubrimiento unas horas antes —¿o eran días?—; comprender o aceptar sin restricciones su amor por Catalina había sido quitarse finalmente la careta y enfrentarse abiertamente a la verdad. La amaba. Punto. Sin pedir nada en lo absoluto a cambio. Y estuvo a punto de decírselo a ella cuando esperaban frente a la entrada de las grutas, pero cuando Leobardo se movió hacia ella el guía de turistas abrió súbitamente las rejas que tapaban el paso a las escaleras descendentes.

De inmediato el grupo de excursionistas gritó entusiasmado y todos se abalanzaron hacia adelante en un solo movimiento espontáneo. El movimiento de los cuerpos empujó a Leobardo, arrastrándolo y arrancando a Catalina de su lado. Por minutos la perdió de vista y esos minutos fueron para él siglos angustiosos pues repentinamente temió perderla de nuevo, ahora para siempre.

Siguió a los muchachos en su carrera precipitada por los escalones y las plataformas de concreto, abriéndose paso a codazos y buscando la cara de Catalina por entre las de los estudiantes formados obedientemente en hileras a lo largo de los corredores iluminados con focos de colores. Ahí vio a Rubén y a Vanessa, quienes lo llamaron sonrientes, pero él no los atendió: Catalina estaba adelante, a la cabeza de la fila.

Leobardo detuvo su carrera para acercarse paso a paso, con aire indiferente. Ella estaba parada junto a otro guía, uno con voz de barítono y acento costeño quien en ese momento principiaba a señalar con el haz de la lámpara de mano las estalactitas y las estalagmitas que como bosque pétreo llenaban las cavernas. Iluminadas por las luces de colores proyectaban sombras alargadas cuyas siluetas tenían parecido con personajes cuyas vidas habían conseguido alguna clase de fama: allí estaban los rostros de presidentes, de asesinos, de héroes, de actores y Catalina escuchaba con atención las palabras del guía. El hombrecillo, vestido apropiadamente de uniforme de color ambiguo —café o amarillo— iluminó una estalactita muy especial; por un lado era una cara de facciones armoniosas y por la otra era una calavera descarnada. Catalina alzó la cabeza y la inclinó hacia un lado en busca del ángulo preciso para ver lo sugerido y cuando pudo reconocer ambas imágenes en las sombras sacudió su espesa cabellera negra y soltó unas risitas excitadas.

Y fue así, con ese entusiasmo de niña floreciente en tu voz y en tu cuerpo, que te vi de nuevo, cariño, sintiendo la pasión indomable de antiguo.

La vio apoyada en el barandal, el cuerpo inclinado hacia adelante, mirando curiosa y alerta las figuras del bosque pétreo y el cosquilleo caliente que recorrió su sangre lo hizo pensar en todo lo existido entre ambos, lo hizo pensar en el tonto equivoco, el orgullo infantil, la exigencia desmedida que los había alejado y al hacerlo comprendió que aún no era demasiado tarde, pues podrían rehacer lo que ambos pretendían ya haber olvidado. Era suficiente con comenzar de nuevo en el punto donde los dos se habían

detenido, pero ahora siendo honestos consigo mismos. Bastaba con dejar de callar y de mentir; bastaba con afrontar sin miedo lo que eran y lo que sentían. Era suficiente con dejar a sus cuerpos tomar vida propia y les indicara qué hacer.

Así él podría liberarse de las ataduras que lo habían torturado por tanto tiempo. En unos segundos Leobardo encontró su papel transformado: dejó de ser dueño para convertirse en sirviente. Sucedió con tanta rapidez que volvió a sentir miedo por esa debilidad manifiesta para controlar esa fuerza que lo impulsaba hacia adelante, hacia Catalina. Pero mandó al carajo su miedo y se dejó llevar.

Despacio se acercó a ella y la detuvo del brazo cuando el grupo comenzó a moverse en seguimiento del guía, quien pasaba a la siguiente sección. Ella lo miró con una sonrisa seca en un rostro.

—Creí que ya te habías ido —dijo sarcástica. Leobardo no respondió. De reojo vio que los turistas, entre ellos Rubén y Vanessa, dejaron atrás ese tramo del camino subterráneo. Abrazó a Catalina por la cintura y la obligó a recargar su cuerpo contra la baranda de metal que bordeaba el camino de concreto. Ella se agitó, aún molesta por el incidente en la carretera, pero Leobardo la aquietó con el peso de su cuerpo y la besó y la miró en los ojos estrechándola hasta que ella sintió su deseo. Desconcertada, permaneció paralizada por unos segundos. Leobardo la besó de nuevo y en esta ocasión sintió cómo ella dejaba de luchar y aflojaba su cuerpo. Luego comenzó a responder a las caricias de Leobardo. En esos momentos el grupo que se alejaba llegó al siguiente recodo y sus cuerpos desaparecieron tras unas rocas. Leobardo estaba pendiente de ellos, escuchando sus voces, risas y silencios y calculaba la distancia que

los separaba mientras besaba a Catalina. Mientras Rubén y Vanessa no los echaran de menos, todo estaría bien. El guía no tardó en apagar los faros de la sección del corredor donde la pareja permanecía y los dejó en penumbras. La única luz que evitaba la oscuridad total provenía del reflejo de los faros en la siguiente sección. Leobardo sacó el lapicero lámpara que había llevado a propósito con él, creyendo que habría de encontrar desiertas las grutas, como años antes.

La encendió y jaló a Catalina de la mano con una excitación traviesa producto de su idea arriesgada y por las risitas ahogadas de Catalina comprendió que ella había adivinado esa idea de inmediato. Pero no dijo nada y se dejó llevar. Se agacharon para pasar por debajo de la baranda de metal y abandonaron el camino. Siguieron una vereda apenas discernible por entre las estalagmitas, detrás de cada cual Leobardo besaba nervioso a Catalina en busca del lugar apropiado.

—Estás loco —susurró ella al oído de Leobardo sin intentar detenerlo.

—Estamos, mamacita. El juego es de dos — corrigió él. Y continuaron avanzando por la vereda descendente hasta que ya no escucharon ningún ruido, excepto el de sus respiraciones agitadas. Con el haz de la lamparilla Leobardo buscaba algún lugar sin tanta humedad, pero pronto se dio cuenta que era inútil su exploración: las rocas estaban cubiertas de gotas milenarias, cuyo goteo había conformado las rocas mismas al caer del techo de la caverna, taladrando y perforando y petrificándose. En la superficie de las rocas se refractaba la luz y éstas parecían piedras preciosas, clandestinas y secretivas como las cuevas que las alojaban.

Por fin se dio por vencido en su búsqueda y se detuvieron cuando el aire enrarecido resultó demasiado pesado para respirar libremente. Decidió no seguir adelante. Hizo a Catalina recargar su espalda contra lo que semejaba un tronco de árbol y con dedos torpes, entumecidos por el frío de las cavernas y por su propia ansiedad, la ayudó a soltar los botones y broches de las ropas que cubrían el cuerpo tembloroso. Al hacerlo, sus dedos tocaron la carne cálida y firme de y la sensación fue curiosamente dolorosa y reconfortante a la vez, como si en ese momento él recibiera una inyección narcótica para calmar el suplicio.

—Trata de no gritar —murmuró él cuando advirtió que los sonidos se propagaban interminables y amplificados en el eco de las bóvedas.

—Sé gentil —pidió ella a cambio.

Él sonrió. Sabía que no sería gentil, que nunca podría serlo pues en esas condiciones ya muy poco dependía de él; se encontraba con un pie en el umbral de perder la necesidad de pensar y reflexionar. Sonrió vanidoso al pensar que si en ese momento él estaba siendo dominado por algo superior a él, esa misma fuerza la dominaba a ella y en ese círculo él se imaginaba vencedor pues el venero primario era el suyo. Hasta en los verbos usados se revelaba esa sensación de poderío; hacía suya a Catalina, la poseía; ella se entregaba a él. Leobardo nunca había intentado descifrar o nombrar esa fuerza nacida en lo más profundo de su ser ya que el deseo, ese deseo avasallador y dominante, era algo que él prefería olvidar una vez pasado el momento pues cuando se presentaba él perdía todo lo demás; orgullo, sueños, aspiraciones, ideas, todo quedaba sepultado bajo esa avalancha de sensaciones afiebradas y afectaba su capacidad para escoger entre

vivir sin poder desahogar ese fuego que hervía en su sangre, o morir inmediatamente después de la liberación final. Su mente se vació y todo el resto de su ser estaba concentrado a presión en ese punto, en esa humedad caliente y acogedora que lo llamaba una y otra vez con cantos míticos e irresistibles. Y aunque fuera por unos minutos, unos minutos tan sólo, las palabras eran inútiles para justificar o explicar siquiera esa urgencia que unía los dos cuerpos en su composición básica, convirtiéndolos en la materia original de la humanidad, despojándolos de sus vanidades, de sus pecados y aciertos, de sus mentiras, sus miedos y sus verdades, dejándolos desnudos, sin protección, sólo ella y él y nadie más entre sus seres pues en ese instante eran divinos y nada podía alcanzarlos.

Dios estaba soñando. Y los soñaba a ellos.

Cuando comenzó el terremoto Leobardo se disolvía en Catalina y se abrazó con fuerza a ella, aferrándose con desesperación a lo único que podía evitar su caída al infinito.

Pero la sacudida no fue sentida tan sólo por él.

—¡Dios mio! —gritó Catalina escapándose del abrazo. Los dos cayeron de rodillas y Leobardo pensaría después que lo que oyeron y sintieron a continuación no fue un terremoto: fue un inmenso gemido proveniente de las entrañas profundas de un monstruoso animal. Fue un lamento gigantesco de una bestia herida revolcándose en dolor. Ni ella ni él habían escuchado antes algo parecido a ese rugido horrible que los envolvió y sacudió y arrojó de un lado a otro repetidamente.

Leobardo buscó el cuerpo de Catalina, lo cubrió con el suyo en una acción refleja y al hacerlo sintió el tronido de los huesos de su mano derecha al

romperse. Con la izquierda protegió la cabeza de Catalina hasta que todo terminó y del estruendo surgió un silencio absoluto, quizá más aterrador. Leobardo no osó moverse por largos minutos, temiendo que todo comenzara de nuevo.

—¿Estás bien?—preguntó a Catalina.

—Sí. ¿Y tú?

—Creo que me rompí la mano—respondió Leobardo. Se hincó con cuidado al lado de Catalina para palpar con la izquierda su mano derecha. Efectivamente estaba rota y colgando, como si fuera un cordel. Tocó la muñeca y reconoció al tacto la punta de un hueso que había traspasado la carne. Se imaginó el daño y fue entonces cuando sintió por primera vez ese dolor agudo, prolongado y profundo como un grito en la noche, que lo atormentaría de ahí en adelante. Mordió sus labios para no gemir. Oyó a Catalina reprimiendo el llanto.

—Busca la lámpara —ordenó. La oscuridad era total ya sin el reflejo de los faros en otras partes de las grutas. Leobardo se dio cuenta que era una oscuridad totalmente diferente a cualquier otra, pues estaba vacía de color, de forma, de volumen... estaba llena de nada. Oyó las manos de Catalina moviéndose por el suelo; olió el perfume femenino y escupió una bocanada de polvo; oyó la respiración nerviosa de Catalina, los sollozos angustiados que ella trataba de contener en la garganta, los roces de sus ropas y los broches al cerrarse. Se estaba vistiendo.

—¡Te dije que buscaras la lámpara, no que te vistieras!— Gritó enfurecido. Ella lo obedeció y en unos minutos encontró la lamparilla. Se incorporó con ayuda de Catalina, quien se metió un extremo de la lamparilla entre los dientes y se quitó las medias para improvisar

con ellas un torniquete. Amarró fuerte el brazo de Leobardo, pero de poco sirvió y él siguió sangrando. Después examinaron alrededor de ellos sin reconocer nada: las estalactitas desprendidas de la bóveda habían bloqueado el sendero por el que ellos descendieron y en la confusión ambos habían perdido por completo el sentido de la ubicación.

—No importa. Tenemos que salir que aquí — dijo Leobardo. Y comenzaron a caminar. Caminaron por pasadizos estrechos y quebrados, por cavernas espaciaosas con las bóvedas cubiertas de murciélagos chillantes a su paso. Y caminaron por otras cavernas llenas de dedos rocosos que colgaban del techo y nacían del suelo como si se tratara de manos de piedra abiertos para atraparlos y en cualquier momento cerrarse para aplastarlos. Caminaron despacio y rápido, sin desanimarse y sin dejar de gritar por ayuda, brincando y eludiendo todos los obstáculos que se les presentaban en su camino. Esto es, no se desanimaron hasta que la energía de las baterías en la lamparilla se agotó. Cuando esto sucedió, para Leobardo fue como si con la energía se hubiera acabado su esperanza de sobrevivir. Catalina lloró en silencio y él se sintió traicionado por la lamparilla. De un golpe contra las rocas la hizo pedazos, pues en su débil espada de luz él había hincado todas sus expectativas de encontrar la salida de esa trampa creada por las circunstancias, por las estúpidas circunstancias. Leobardo abrió los ojos y trató de ver la silueta de Catalina, pero no pudo. Estiró la mano y buscó en la oscuridad hasta encontrar la rodilla de Catalina, quien estaba sentada junto a él y la acarició despacito, como queriendo confortarla, como queriendo decirle en ese gesto cariñoso que lo perdonara pues no había sido él quien los había colocado en esa situación ridícula, sino las circunstancias.

Circunstancias. Esa era otra cosa que él no podía dominar. Tan solo podía hacer con ellas, un delicado acto de equilibrio al caminar por la delgada cuerda floja de la vida. En el preciso momento en que se inclinaba demasiado hacía un lado, el balance se descomponía y su cuerpo caía al vacío. Y lo había hecho: se había inclinado demasiado arrastrado a Catalina con él y ahora estaban allí temblando de frío, miedo y fiebre.

—Ya no te voy a rogar, me entiendes? No puedo cargar contigo, Leobardo. Pero tampoco puedo dejarte aquí como si fueras un animal. Tienes que hacer un esfuerzo. Tenemos que hacer algo. Necesitan saber que estamos vivos.

¿Y por qué lloraba Catalina? ¿Lloraba debido a que no se atrevía a dejarlo solo? ¿O quizá ella también había adivinado que él iba a morir en ese lugar y ella tendría su cadáver como compañía? Era mejor aceptar la verdad. Él iba a morir. Lo supo cuando tropezó en la oscuridad y cayó sobre su mano rota y una piedra abrió esa herida en su frente.

Sintió entonces esa helada emoción que debe envolver a los condenados a muerte. No era angustia ni miedo, sino una profunda calma, fría y seca. Como manta de aire parecía cobijarlo y elevarlo del suelo cada vez que lo pensaba. Ese era el final para él.

Voy a morir.

Estando a punto de ser fusilado. Así comenzó su testamento Melchor Ocampo. Leobardo lo había leído mucho tiempo antes y sólo ahora podía entender lo que Melchor Ocampo sintió en esos momentos. Estando a punto de ser fusilado. Estando a punto de dejar de pensar, de respirar, de sentir dolor, alegría o amor.

Estando a punto de convertirse en un cuerpo cuya sangre se haría gelatina, cuya sangre comenzaría a apestar en unas horas y principiaría a corromperse, a decaer, a aglutinarse y llenarse de gusanos y convertirse en polvo.

Voy a morir Catalina.

Y lo único que podía sentir era esa terrible tranquilidad. Era desesperante. Le hubiera gustado rebelarse al pensar que la muerte llegaba tan callada como un soplo para hacer un canje injusto: le daba un vacío negro a cambio del sol, el viento y la lluvia. Y no podía rebelarse ante lo odioso de ese trueque tan absoluto e irreversible. No podía rebelarse ante su muerte inminente, pero sí lo indignaba pensar que moriría como un perro, como el perro de la carretera.

Hasta entonces él había tenido la ilusión secreta de que el hombre, —él— era algo superior a los animales y por consiguiente su muerte debería ser diferente a la de ellos.

Pero ahora se daba cuenta que no era cierto: la muerte era la misma para todos y todo. Se aferraba al gemido aquel de Catalina pues sabía que ese grito sería también su propio epitafio. Había hecho esfuerzos para pensar en el color de una rosa recién mojada por la lluvia o por el rocío de la mañana: o pensar en las flores de las azaleas en primavera, o el olor de la madera del ocote, o el aroma del océano cuando la marea revuelve la arena de la playa, o los colores del oriente al amanecer en invierno, o en una tarde lluviosa en el bosque. Su mente estaba atascada en ese instante preciso en que el perrito volteó a ver la máquina que un momento después lo mató. Esa era la única diferencia entre ellos dos. Leobardo no podría ver de frente a su asesino. Era indignante. Y era indignante también tener

que pensar en la muerte cuando en realidad el deseaba pensar en la vida.

Una idea confusa lo asedió; acaso esa contradicción interna fuera porque la alternativa a vivir, la verdadera alternativa, era morir. Las opciones eran dos y solo dos: vivir, o morir. Dos opciones independientes, pero inseparables. Al escoger la vida aceptaba lo inevitable de la muerte. Al escoger la muerte aceptaba lo fugaz, lo transitorio de la vida. Pero si escogía la primera opción, si escogía la vida, debía angustiarse la sola posibilidad de que su decisión de vivir fuera inútil. Después de todo el vivir no dependía de su voluntad. Finalmente se horrorizó; estaba a punto de ser destrozado con la misma frialdad que él sintió hacia el cachorro. Con la indiferencia de una máquina. En ese segundo se imaginó a Dios como una máquina desdeñosa y aburrida con sus creaciones siempre imperfectas. Y ahora sólo quedaba la muerte. Eso era todo.

La muerte. Iracundo, sintió deseos de ganarle la partida y suicidarse, pero comprendió que eso no era ganarle la partida, sino seguirle el juego. Estaba aceptando a la muerte con la misma pasividad del cachorro. No por inocencia, como aquel, una inocencia totalmente incapaz de reconocer la diferencia entre una y otra opción. Además se estaba engañando. Sí quedaba otra cosa. Quedaba Catalina. Y si ella no era suficiente alternativa a la muerte, ¿qué podía serlo?

—Ayúdame —pidió agarrando la rodilla de Catalina y en su mano quiso transmitirle su firme resolución. Ella lo tomó de la mano y lo soportó hasta que Leobardo se puso de pie. Pasó su brazo por sobre los hombros de Catalina y la apretó contra su cuerpo.

—Te amo —dijo con una seguridad enorme, desconocida. Y en ese abrazo los dos dieron el primer paso, tambaleantes en la oscuridad.

Fin

Espejo de Obsidiana